



TOC

TRASTORNO OBSESIVO COMPULSIVO

V. LIBERTAD

©2019, Valentina Libertad

Contacto: libertad.escritos@gmail.com

Paso 1

Nino

De entre todas las formas posibles que existen para comenzar una historia de amor, nosotros sin duda, escogimos la más extraña. Si bien no me arrepiento de ninguna de las miles de vergonzosas situaciones que viví antes de conocerlo a él, debo confesar que muchas veces llegué a pensar en mentir sobre cómo se originó todo. Si, modificar algunas cosas, nada tan grave, solo un poco de adornos por aquí y por allá que me permitieran narrar sin sentir que hablaba de una descriteriada irresponsable, aunque he de asumir que eso era en esos días. Por desgracia, obviar la vergonzosa realidad de aquel tiempo restaría sabrosísimos detalles que, estoy segura, ninguna persona quisiera pasar por alto.

La noche en que todo comenzó fue como cualquier otra de día viernes — como cualquier otra, al menos para mi yo de célebres veintiún años—, cargada de excesos y locura. A esa edad me resultaba difícil imaginarme vivir de otra forma, sobre todo porque solo tenía una prioridad en la vida: divertirme. Y es que no concebía alternativas a esa energía que me desbordaba los sentidos. Estaba segura de que no existía nada que llenara mi mundo más que el ruido taladrante de las fiestas en mi cabeza, o de las canciones que adoraba cantar a todo pulmón e incluso la sensación nebulosa del alcohol una vez que llegaba a mí. La monotonía de una vida aburrida y vacía no era para una persona como yo, que había nacido para ser el alma de la fiesta donde fuera que estuviera.

Por lo mismo, lidiar con la resaca o con los pequeños remordimientos que brotaban de mis constantes borracheras, cada vez resultaba más fácil. Sí, a veces pensaba en mis padres que con esfuerzo sobrehumano pagaban mis estudios, y por ende, mi bohemia. Sin embargo, no duraba mucho el sentimiento de culpa, tal vez porque ellos no sabían nada de mi buena vida y mi poca vergüenza. Por

ello y como gran acto humanitario, evitaba visitarlos para no mentirles de frente y limité mis llamadas, volviéndolas cada vez más escasas y distantes. Los amaba, claro que lo hacía, pero sabía que la decepción aguardaba paciente su turno a mis espaldas. Y nadie anhela decepcionar a sus padres.

Aquel viernes descontrolado, y luego de cerrar el último bar cerca de las tres de la mañana, me encaminé junto a mis aliados de siempre hacia una casa que no conocía aunque pertenecía a uno de mis mejores amigos: Tomás. Pólvora y gasolina, eso éramos al estar juntos. Una perfecta y destructiva dupla que potenciaba la locura de todo aquel que nos acompañara. Nos hicimos amigos el mismo día en que nos presentamos al ingresar a la Facultad de Arquitectura, hacía ya casi cuatro años, y podría asegurar que ambos recordábamos muy bien aquel instante, pues éramos sin dudar, el reflejo exacto del otro. No en términos físicos, por supuesto, partiendo del hecho de que él era un guapo muchacho y yo una desaliñada jovencita. Aunque en lo desaliñados tal vez si nos parecíamos.

Su casa estaba al otro lado del río Bío Bío, en un barrio acomodado, lleno de gente buena, con familias cien por ciento funcionales y bien constituidas, y por supuesto, cachorros insoportables y engreídos en las ventanas de las casas, que eran todas individuales, nada de casas pareadas ni grupitos de jóvenes en las calles. En ese barrio, vivían familias decentes, con hijos decentes y mascotas decentes. Antes de entrar, miré a Tomás y reí. Todo el ambiente era pulcro, demasiado ordenado para no pertenecer a un escenario de un catálogo de decoración, con ambiente sobrio, minimalista y aburrido. ¿Cómo mi querido amigo, ese desastre de persona, podía venir de un lugar así? Él no calzaba con esa casa. Él era como yo, un desequilibrado muchacho de pelo rizado que bebía alcohol con los pies sobre la mesa.

Una vez dentro, Tomás no nos pidió silencio, pero nos hizo pasar con rapidez hasta su patio, donde había una pequeña terraza ideal para una noche de fiesta. Éramos siete, pero solo recuerdo bien a Francisco, Andrea y una chica más de un curso inferior al nuestro y dos tipos que ni idea tengo de dónde salieron pero que aportaron muchos packs de cerveza. Fue imposible negarse.

Con rapidez, las cervezas comenzaron a avanzar entre nosotros mientras nuestras risas inundaban el lugar tratando de diferenciarse de la música ya bastante alta. Tomás y yo todavía estábamos alejados el uno del otro, hasta que la primera pareja abandonó la fiesta, dejando un espacio vacío junto a mí en el enorme sofá.

—¿Quieres otra? —preguntó Tomás acercándose una botella.

Le sonreí. Sabía que ese sofá no se estaba moviendo y que era mi borrachera la que provocaba tanto alboroto en mi cabeza. En ese punto, sabía que debía detenerme, porque además de una horrible resaca, continuar con el alcohol solo provocaría un final que ambos conocíamos. Siempre era igual una vez que nos embriagábamos: Tomás o yo nos poníamos cariñosos y de alguna forma no tan misteriosa volvía a caer rendida a sus besos y ¡bum! el caos.

—Bien, pero solo una.

¡¿Solo una?! Pensé mientras —con una gran sonrisa— asentía para aceptar, sin que me importara el haber estado enumerando los contras de recibir una cerveza más. Me regañé a mi misma una y otra vez al mismo tiempo que destapaba saboreando mi deliciosa botella de 350cc con 6,6° de alcohol. Me prometí que sería la última, pero esa última se transformó en una, y otra, y otra. Como siempre. Así, sin notarlo, Tomás comenzó a acercarse. Primero jugó con mi cabello, luego elogió mi perfume, y en cuestión de segundos, lo tenía intentando besar mi cuello.

Busqué huir de su trampa, pero el dulce olor amaderado que emanaba de su cuello me pedía regresar. Aun así, fui fuerte y lo aparté. Tomás me miró a los ojos y me susurró al oído que era una aburrida. Tal vez lo era, pero si no paraba, estaba segura de que en un rato estaríamos acurrucados en un sofá. No es que no me agradara, pero sentía que la ambigua relación que manteníamos, aunque había comenzado como un juego, adquiriría formalidad a pasos agigantados y, la seriedad no estaba entre mis intereses. Al menos no en ese momento.

—Tomás, ¿el baño? ¿dónde está? necesito ir —pregunté para zafarme de sus brazos.

Tomí me dio las indicaciones demasiado cerca de mi oído, y hui. Mareada subí la escalera y entré a ese baño ridículamente limpio. Su aspecto era tan esplendoroso, que daba pena solo pensar en usarlo, pero como de verdad no podía aguantar, no tuve más opción que sentarme ese radiante inodoro. Creo que nunca estuve en uno así de limpio. Cuando acabé, mojé mi rostro y el espejo, hermoso y en perfecto estado de conservación, me devolvió mi horrible reflejo. Estaba despeinada, ojerosa, con mi labial disparejo y el delineador gastado pues había manchado sin piedad mis ojos. Era un fiasco. Un mapache ebrio. Cada cabello parecía tener vida propia. Me lamenté, y de pronto, las paredes comenzaron a moverse. Oh, que novedad. Me había pasado de copas. Salí del baño tanteando mis bolsillos para buscar mi celular y llamar un taxi, al mismo tiempo que intentaba recordar el lugar en donde estaba el interruptor cuando sentí sus manos.

—¿Qué estás haciendo?—protesté.

Tomás me había seguido y estaba demasiado insistente. Su hipnótico olor a cerveza me llegaba de todas partes. Lo aparté en forma decidida y él comenzó a reír. Estaba tan ebrio que era incapaz de notar mi desagrado. Volví a intentar apagar la luz, él una vez más se me acercó y con algo más de fuerza lo empujé. No lo hice a propósito, aunque más tarde agradecí el incidente que acompañó mi fallido intento de fuga. En el forcejeo juguetón para escapar de mi amigo, un hermoso jarrón de cerámica cayó al suelo, provocando un fuerte ruido seguido de una luz frente al pasillo que nos obligó a separarnos. Levanté la vista asustada y segura de que me encontraría con una madre furiosa, sin pensar que aquel hombre frente a mis ojos me haría alucinar como estaba haciendo. Por un instante, todo en mí se alejó de la superficie para flotar en el aire como una adolescente enamorada.

Sus ojos negros me miraron de forma profunda, algo molesto tal vez, y aunque suene ridículo y repetitivo, estoy segura de que podía ver a través de mí. Claro, el problema es que había visto ya demasiadas películas de amor, porque de inmediato recordé lo que sucede en las historias de *Disney* y me preparé para

que aquel estupendo y valiente caballero me salvara del ruin villano que me asechaba. Para mi pesar, ocurrió algo distinto: aquel perfecto hombre me miró casi con espanto y arrojó un furioso “*hasta qué hora debo aguantar tanto ruido*”. Luego retrocedió unos pasos, cerró su puerta y entró a una habitación. Me quedé ahí, como una estúpida, de pie, encandilada por esa belleza sobrehumana que tenía cosas más importantes que hacer que salvarme.

Claro está que de forma mágica mis ganas de huir desaparecieron, y como era de esperarse, esa noche no volví a casa. Efectivamente terminé por dormir en la cama de Tomás, pero a diferencia de lo pronosticado, él durmió en el suelo, lejos de mi enamoradizo cuerpo. Me costó conciliar el sueño, un poco por lo borracha y un poco por lo vivido, por eso asumo que fui la última en quedarme dormida, aunque para sorpresa de mi estimado compañero, fui la primera en despertar. Desde temprano comencé a interrogar a Tomás para reunir información sobre mi nuevo descubrimiento, aunque lo único que obtuve fue su nombre y su edad. Manuel, veinticinco años, hermano mayor de Tomi. Y como no fue suficiente para mí, tímidamente me quedé a desayunar.

—¿Y esta señorita? —preguntó Claudia, madre de esos curiosos hermanos, de rostro joven pero cansado.

Era hermosa, lo que de alguna forma me hacía comprender lo bendecida que estaba la genética de esa familia. Sus ojos eran del mismo negro que Manuel, pero el cabello lo tenía rizado y claro como Tomás. Toda una belleza exótica que de seguro era la envidia del barrio. Ni hablar de que su talla obviamente era una menos que la mía.

—Se invitó sola —respondió cariñosamente mi amigo, con el tono burlesco que utilizaba en medio de nuestras recurrentes discusiones.

—Soy Nino —saludé, extendiendo mi mano.

Me se senté de forma delicada a la mesa, haciendo el mayor de mis esfuerzos para lucir perfecta y encantadora. Una mozueta adorable para cualquier suegra. Sobre el comedor, Claudia había distribuido tazas y cubierto para tres personas, por lo que supuse que, o no estaba contemplada o mi

anhelado joven no bajaría a desayunar junto a nosotros. Antes de comenzar a disfrutar el té, disimulando cuanto pude mi resaca, Claudia comenzó un bombardeo de preguntas hacia mí y, en el momento en que el reloj dio las diez en punto, los pasos de Manuel comenzaron a bajar. En cuestión de segundos estuvo en la cocina y antes de que pudiese mirarlo para sonreír, sentí mis mejillas de un vergonzoso color rojo y la terrible mirada de Tomás.

Verlo ahí, en la entrada, fue una imagen demasiado bella para mí. Incluso si hubiese muerto en ese instante, habría tenido la certeza de que había sido feliz. Mi príncipe, recién bañado, con su pelo negro todavía mojado rozando la perfección de su blanca piel impecable y pura, parecía un personaje de cuentos para niñas. De hecho, si su piel hubiese comenzado a brillar como la de Edward Cullen, juro por Dios que no me habría sorprendido. Era hermoso. Podría haber pasado mi vida contemplándolo, por lo que mis ojos lo recorrieron sin mucho disimulo antes de que me decidiese a saludarlo. Tomé la mejor sonrisa de mi repertorio de coqueterías y formulé el más ridículo "*buenos días*" que alguien pueda imaginar. Aun así, él no respondió. Se dio la vuelta, abrió un cajón del estante, sacó una taza, una cuchara y me observó inexpresivo. Temblando, crucé mi vista con la de él.

—Ese es mi lugar —dijo entonces, con una amabilidad forzada y una mirada de furia.

Su voz sonó tan odiosa como bella. Me disculpé, me moví un lugar y Manuel se sentó a mi lado sin mirarme ni por un segundo. Su madre le sirvió una aguada leche y salpicó un poco su mejilla algo nerviosa por lo que acababa de ocurrir. Yo, que era valiente, osada y coqueta y que conocía mis movimientos a la perfección, intenté algo que sabía era arriesgado, pero era una oportunidad y un recurso infalible. Jamás un hombre se había resistido a mi modo encantador, por lo que de forma decidida tomé una servilleta, y con todas mis armas de seducción a flor de piel, me acerqué a su rostro y lo limpié. Le sonreí con timidez esperando su respuesta, pero no hubo. Ahí terminó —y fracasó— mi intervención.

Manuel me miró con una expresión que mezclaba la rabia, el asco y la sorpresa. Jamás alguien me había hecho sentir tan mal. Su mirada habría bastado para entender que no estaba interesado en mí, pero esa escena destrozó mi corazón y mi autoestima. Fue lo más humillante que me ha pasado en la vida. Ni caer borracha a un charco en mi propia fiesta de cumpleaños era comparable con eso.

—¿Esta es la clase de persona que traes a la casa? —dijo dirigiéndose a su hermano—. No te vuelvas a acercarme a mí —me dijo a mí, furioso. Lanzó sus cubiertos y se fue.

Hubo un incómodo silencio. Yo, impactada, estaba a punto de llorar. Sin embargo, las lágrimas no eran parte de mi vida. Tuve la intención de levantarme para mantener lo poco que me quedaba de dignidad, pero la madre de ambos se acercó de forma afectuosa para tomar mi mano.

—Muchas gracias por pensar en él. Es un hombre muy lindo. En el fondo es amable y respetuoso, pero es diferente a ti —sentenció ella, con una cálida sonrisa en el rostro.

Los miré con atención tratando de descifrar lo que sucedía a mí alrededor, pero me fue imposible. ¿En qué podía diferenciarse él a mí? Era guapo, seguro que sí, pero tampoco era necesario ser tan crueles conmigo y hacerme notar que mis encantos no estaban a su altura. Ellos notaron mi confusión y, tras una pausa igual de incómoda, Tomás y su madre decidieron hablar.

—Él está loco, de verdad —agregó Tomi, y lo hizo con total seriedad aun cuando Claudia le devolvió una mirada molesta.

De inmediato comencé a angustiarme al pensar que tal vez ese tan adorable hombre era nada menos que un asesino en serie o un depravado, qué se yo. Pensar en locura, en esos años, solo me remontaba a payasos asesinos o novias psicópatas. Tomás notó como la consternación aumentaba en mi mente y continuó:

—¿Has oído hablar del T.O.C.? ¿Trastorno Obsesivo Compulsivo? Bueno, él lo tiene, y es grave. Tiene una fijación con la limpieza, el orden, la seguridad,

la perfección en todo lo que hace. No solo no puedes tocarlo, Nino. No puedes cruzarte en su camino, ni tomar nada que le pertenezca, ni interrumpir sus rituales y mucho menos pensar en acercarte. Si él no te conoce, eres un peligro. Y estoy seguro de que no tiene intenciones de hacerlo.

Al escucharlo, fui incapaz de reaccionar. Estaba impresionada. ¿Una persona tan hermosa era así de inalcanzable? No podía y no quería conformarme. *Tal vez, pensé, al menos podría disculparme.* En ese minuto, de alguna misteriosa forma, ya deseaba permanecer a su lado aunque fuera a la distancia, aunque mi motivación, siendo honesta, era un poco de curiosidad.

Le rogué a Claudia que me permitiera disculparme con su hijo por abrumarlo de esa forma. Ella dudó y lo discutió con Tomás, quien ofreció acompañarme para asegurarse de que no cometiera otro desastroso error. Así lo hicimos, tal como me comprometí. Golpeé despacio una, dos, tres veces, y Manu no salió ni respondió a ninguna de ellas. Claro que sabía que estaba ahí, y también sabía que no quería escucharme. Por eso, lo obligué.

—Lo siento, no lo sabía. La próxima vez no me equivocaré —grité junto a su puerta.

Porque estaba segura de que habría un segundo, tercer, cuarto intento. Me despedí de todos en esa casa, y sin anunciarlo en voz alta, me autoinvité para una siguiente visita.

No me importaba el largo camino que debería recorrer si deseaba entrar en ese difícil y aislado corazón.

Paso 2

Manu

Desde el día en que abandoné la universidad y me encerré en casa, mis noches se volvieron una búsqueda constante de explicaciones. Hasta ese exacto minuto en que me crucé con ella, llevaba seis años preguntándome cuándo mi vida se había vuelto de verdad insoportable. Sin embargo, por más esfuerzo que ponía en ello, no lograba establecer el momento preciso en que terminé por alejarme de todo y de todos, para refugiarme en la seguridad de mi cuarto y el cuidado agobiante de mi madre.

Si bien había ciertos puntos de inflexión que logré identificar con el paso del tiempo, como los cambios que empecé a vivir al entrar en la adolescencia, la cruda realidad era que nunca fui uno de esos niños que el mundo entero adora. Jamás, en toda mi existencia, fui capaz de sociabilizar de forma fluida con las personas que me rodeaban. Siempre me angustió la percepción que el mundo pudiese tener sobre mí y, cualquier tipo de responsabilidad, se transformaba en una exigencia que no me dejaba lidiar conmigo mismo. Tal vez por eso logré refugiarme en el arte, pues de alguna manera, solo aquello que creaba desde lo más profundo de mí ser lograba tranquilizarme al mismo tiempo que agradaba a los demás. Mis pinturas no me juzgaban ni se burlaban de mí. Estaban ahí *por* mí. Yo las creaba, y ellas me lo agradecían.

De esa forma, el concurso plástico en el que mi padre año a año me obligaba a participar, se instaló como uno de los grandes vencedores entre los hechos que formaban parte de los responsables de mi autoexilio. Adoraba pintar, pero no fui capaz de lidiar con la exigencia de pseudoexpertos que buscaron mostrarme un camino que solo logro desconectarme por completo de aquello

que tanto amaba. Hui de la presión, de los cursos de dibujo, de las técnicas de acuarela, de los talleres de óleo, de sus tutorías particulares de bocetos, de su afán por la competencia, de su necesidad de ser los primeros aunque tu arte no signifique nada. Era un adolescente aún, pero sabía que esa necesidad de huir era peligrosa, y pedí ayuda. Por desgracia, mi padre no fue capaz de entenderlo.

Él no era un mal hombre, de eso estoy seguro. Tan solo su nivel de empatía no era el suficiente para lidiar con un hijo como yo. Él era distinto, era un superhombre: un prototipo perfecto de lo esperado por la sociedad. Un macho alfa, mujeriego, que no soportó tener un hijo perdedor incapaz de jugar al fútbol o de tomar cervezas en una fiesta. Para nadie fue fácil, pero para él era imposible soportar mis conductas repetitivas, o ver que necesitaba lavar mis manos una y otra vez. Vivir en una casa que no se podía modificar era un calvario para él, y ni hablar de lo terrible que debió ser el estar seguro de que nunca una mujer se fijaría en mí. Por eso, la tarde en que cumplí quince, desapareció para siempre, dejando como recuerdo una única foto del día en que nací: el único momento en que podía estar seguro de que me amó.

Con todo aquello en contra, todavía existía algo más difícil para mí; incluso más que quedarme solo, más que la angustia de los pensamientos catastróficos que me invadían uno tras otro, más que la certeza de que para mí solo existían esas cuatro paredes que me apartaban del mundo: yo presente, y provoqué, la destrucción de mi familia. Y aunque no odiaba a mi padre, sobretodo todo porque dudaba que hubiese abandonado a mi madre por gusto, el despertar cada mañana y observar el rostro cansado de mamá, o lidiar con su mirada culposa cuando sabía que deseaba abrazarme y no podía, o lo imposible que me resultaba consolarla en los momentos en que se detenía frente a mí preguntándose en qué había fallado, qué pudo hacer mal y qué sería de mi cuando ella ya no estuviera para solucionar mi vida, se convirtió en un recordatorio constante de que él nos había abandonado, dejando a mi madre con la carga más grande que pueda existir para una mujer: dos hijos a cuestas y uno de ellos incapaz de valerse por sí mismo, a pesar de ser un hombre. La vi quedarse sola, alejarse de sus amigos,

de su familia, dejar de trabajar, de maquillarse, de salir. Mi madre cerró las puertas de nuestra casa para enclaustrarse junto a mí y protegerme de mí mismo. Eso, sin duda, era lo peor de todo.

No solo sentía angustia al ser consiente de mi responsabilidad en la situación familiar, pues la vergüenza y la tristeza solían acompañarme cada día, encontrado nuevas formas de hacerse presentes para nublar mi raciocinio y aumentar la frustración de sentirme incapaz de relacionarme con mi madre, mi hermano, o con cualquier persona. Me dolía tanto o más que a ellos, porque en serio los necesitaba. Deseaba su cercanía y ansiaba de sobre manera que existiera una persona capaz de arriesgarse a romper mi burbuja, que irrumpiera en mi mundo y me ayudara a salir, porque la confianza en mí mismo la había perdido hacía ya muchos años.

No imaginaba, ni por un segundo, que esa persona aparecería en casa la misma noche en que sentía mi vida tambalear bajo mis pies. Aquella semana y con esfuerzo sobrehumano, ideamos junto a Tomás una salida al cine para nuestra madre y una de mis tías —la única que seguía intentando sacarla de casa—. Lo planificamos de forma minuciosa para no preocuparla: Tomás prometió que estaría preocupado por mí en todo momento, y yo, debí ser merecedor de un Óscar gracias a mi gran mentira: juré que me sentía bien, que estaba tranquilo y que nada malo ocurriría pues no tenía intención alguna de moverme de mi habitación. Me preparé mentalmente para verla salir y, mientras me preguntaba sin cesar si estaba seguro, sentí la real necesidad de pedirle perdón por hacerle tanto daño. Ella temblaba casi tanto como yo, pero la obligué a salir y respirar lejos de mí. No solo se lo merecía, sino que lo necesitaba.

Una vez que salió de casa, revisé trece veces —eso correspondía, pues si hubiese sido domingo, me habría conformado con once— las puertas, ventanas, el gas y el agua para asegurarme que nada muy grave nos pudiera suceder. Tomás, mi irresponsable y preocupado hermano, golpeó mi puerta para avisar que un par de amigos estarían con él esa noche. No podía negarme. Era viernes, y todo aquel que lo conociera, sabía que eran casi sagrados para él. Además, era

su casa. ¿Qué más podía hacer? Me parecía algo completamente justo, pero sobre todo, saludable, pues aunque lo necesitaba, odiaba que la casa girara en torno a mí.

—Mantenlos alejados de mi cueva —pedí, con mi nula autoridad de hermano mayor.

Tomí sonrió y prometió que estarían en el patio y cuando mucho en la cocina, y que él mismo limpiaría todo antes de dormir. Él siempre se había preocupado por mí, así que no tuve más alternativa que encerrarme y escuchar a toda esa tropa de personas ridículamente felices entrar. Oí sus pasos, sus risas, sus cantos, el sonido de sus vasos al brindar. Esos vasos que eran míos. ¡Usaba esos vasos! Traté de pensar que Tomás los mantendría alejados, pero luego sentí el sonar los cubiertos y ¿si tocaban los míos? Iba a tener que desinfectar todo, pensé mientras mi cuerpo comenzaba a temblar. Me levanté de la cama y respiré profundo para calmarme, pero lejos de hacerlo, comenzó el caos: en mi mente, sus sucias manos esparcían gérmenes por las paredes de mi casa mientras, sin que mi hermano lo notara, robaban nuestras cosas y nos dejaban en la ruina. Sabía que todo eso era producto de mi imaginación, lo sabía, por eso caminaba de un lado a otro contando hasta diez, hasta que el aire comenzó a hacerse escaso y mi corazón a agitarse. Pensé en llamar a mamá, y no me detuvieron mis ganas de que ella se relajara, sino la distancia entre mi puerta y el teléfono, que incluía de forma obligatoria pasar por esa sala llena de desconocidos impuros. La frustración comenzó a invadirme por completo, y mientras caminaba hacia mi cama, un ruido sordo de loza quebrada sonó frente a mi puerta. Me obligué a no visualizar la escena, pero como siempre, mi cerebro no obedeció. Antes de siquiera pensarlo, ya estaba siendo atacado con los fragmentos de loza, tierra y bichos derramados a mis pies.

Abrí la puerta al borde del colapso, encendí la luz del pasillo, y cambió mi vida.

Lo primero que vi fueron sus ojos, y como ellos se centraron en los míos. En cuestión de segundos, mi respiración se detuvo para comenzar a calmarse.

Dejé de temblar y mi corazón se disparó. El caos de mi mente guardó silencio, y los gérmenes que se esparcían por la habitación, se esfumaron. Todo, más allá de mi control, se volcó hacia ella, y de pronto en mi mundo no existió nadie más. Ella, envuelta en los brazos de mi hermano, parecía pedir ayuda. ¡Cómo me habría encantado poder hacerlo! Sin embargo, no sabía quién era y no podía pretender que algo en mí podría ayudarla. Además, era muy probable que se tratara de la novia de Tomás, o mucho más factible, que su figura solo fuera el desesperado intento de mi imaginación por salvarme del pánico que me asechaba.

No supe qué decir. No supe qué hacer. Y me odié.

—¿Hasta qué hora debo soportar este ruido? —bramé, incapaz de esbozar otra frase.

Tras mi ridículo momento de ira, entré a mi habitación desesperado por ver lo que mi traviesa mente creaba. Para mi asombro, lo único que permanecía en mi cabeza era aquella curiosa pieza de arte: su rostro perfecto, sus ojos cafés, su pelo oscuro, su piel morena, sus ropas de colores y su semblante luminoso. Antes de que pudiese olvidarla, tomé un lápiz y la dibujé, no una, sino cientos de veces. No quería dejar de pensarla. Por primera vez en muchos años, tenía una imagen hermosa en mi mente. No quería que volvieran los tics, no quería volver a pensar en desorden, en suciedad o en casualidades absurdas que solo me provocaban terribles muertes. Esa noche supe que solo deseaba aquel rostro en mi cabeza.

Por supuesto que mi descubrimiento me provocó un insomnio encantador, sin embargo, lo único que sentía que podía hacer para retribuir a mi agotada madre, era comer junto a ella. Al despertar esa mañana, y luego de mi ritual de limpieza, baño y orden, respondí a su llamada para el desayuno. Como siempre, bajé la escalera a las diez en punto y entré a la cocina, donde mi hermosa musa aguardaba sonriente. Nuestras miradas se cruzaron, y mientras mi rostro palidecía aún más, el de ella se tornaba cada vez más rojo. No pude sonreír. Tomé mis cubiertos, los lave con sumo cuidado, y la observé con seriedad, pues

ese fue el peor de los comienzos: Ella estaba en mi lugar.

Volví a temblar. La miré, y la culpa también volvió. Incluso ella, perfecta y todo, no podía ocupar mi territorio en la mesa.

—Ese es mi lugar —reclamé.

Ella no me contestó y se movió un asiento hacia la izquierda. Estaba roja, y supuse que la ira comenzaba a invadirla. Mi temblor se agudizó y, tanto Tomás como mi madre lo notaron. Siempre lo notaban, por lo que evitaban que me cruzara con cualquier desconocido. Mamá también se puso nerviosa, por eso derramó parte de la leche de almendras orgánicas que acostumbraba beber y me salpicó. Me enfurecí, pero no con ella, conmigo, pero nadie lo notó. Hubo silencio, demasiado a mi parecer, y mis manos comenzaron a perder el control. Sin embargo, lo peor vino después, cuando una osada mano tocó mi rostro intentando limpiarlo.

Ella, la intrusa, con una mirada demasiado dulce para ser real, secaba las gotitas de leche de mi mejilla izquierda con una servilleta. Me recorrió un escalofrío y sentí que moría. La maldije en secreto. ¿Qué le pasaba a esa chica? Odié a mi madre por permitirle estar ahí, odié a Tomás por traerla, me odié a mí mismo por no ser capaz de controlarme, y la odié a ella, aunque nada era su culpa. Estaba claro que mi hermano no le había explicado el protocolo de conducta a tener cuando estoy cerca. ¡Y odié que existiera un protocolo para acercarse a mí! Pero ¿por qué? ¿Por qué tenía que tocarme? ¿por qué tenía que arruinarlo de esa forma? *¿Sabes hace cuánto tiempo nadie me toca?* pensé, furioso.

—¿Está es la clase de persona que traes a la casa? —dije a Tomás—. No te vuelvas a acercar a mí —le dije a ella, y escapé.

No era su culpa, sabía que no lo era, pero había sido demasiado para mí. Esa mañana asumí que su rostro en mi cabeza era suficiente, pues me era imposible lidiar con lo demás. Subí de prisa a mi habitación en busca de paz para que mis manos dejaran de temblar, me senté frente a mi escritorio, y la dibujé. Mis lápices que yacían abandonados por años, recorrieron sus facciones con la

delicadeza de las caricias que jamás mis manos serían capaces de entregar, y poco a poco, comencé a recuperar la calma. Qué hermosa y fantástica droga era esa desconocida mujer de cabello despeinado y sonrisa maliciosa. Jamás existió medicamento que lograra tranquilizarme como ella. Me detuve a observarla, plasmada en un retrato, y noté la tristeza que reflejaba su mirada. ¿La había hecho sentir mal? ¿por qué?

—¿Sería posible que estuvieras intentando acercarte a mí? —murmuré. Pero, ¿por qué alguien perfecto querría acercarse a un ser defectuoso como yo?

Absorbido por esos ojos castaños e intensos, comencé a perderme, hasta que unos golpes en la puerta me devolvieron a la realidad. Supuse que era Tomás quién me buscaba, preocupado por mí y sintiéndose culpable. Que círculo vicioso y sin sentido era vivir con alguien como yo. Intenté contestar, pero mi voz desapareció con ella y sus miles de rostros dibujados sobre mi mesa. Entonces, la oí:

—Lo siento, no lo sabía. La próxima vez no me equivocaré.

A través de la puerta, una dulce, potente y segura voz me obligó a escuchar. Hablaba de disculpas, y de próximas veces. Entendí con eso que ya estaba enterada de que no éramos iguales, aunque seguía sin saber qué clase de relación la unía a mi hermano. Tuve el impulso de abrir, y hasta avancé para pedirle disculpas por arruinar su cita, pero mis manos fueron incapaces de girar la manilla.

Había perdido una vez más. Derrotado, volví sobre mis pasos hacia mi escritorio, a mi droga perfecta, a mi calmante recién descubierto.

Aunque sin duda, esa mañana quise confiar en ella, y en su próxima vez.

Paso 3

Nino

El fin de semana que siguió a mi fallido intento por conocer a Manu, confirmé que Tomás me odiaba. Por desgracia, debo reconocer también que merecía todo su rencor, pues desde el mismísimo lunes en que nos vimos en la facultad, comencé a insistir para que me invitara una vez más a su casa, aunque como era de esperar, no hubo promesa o argumento que lograra convencer a mi amigo: juré que tendría cuidado, que no cruzaría palabra con su hermano y, si era necesario, ni siquiera lo miraría. Mis motivos no eran un misterio. Solo deseaba una oportunidad más con él, pero Tomás no estuvo de acuerdo, y nunca logré adivinar si su negativa era motivada por celos o por la responsabilidad que sentía de proteger a Manu. Por esos días, solo estaba segura de una cosa: Tomi me quería lejos de ahí.

Sin embargo, darme por vencida nunca fue algo sencillo para mí y, por gracia del destino, y como todo aquel que me conociera sabía, la timidez no estaba dentro de mis atributos, por lo que la única solución posible estaba a nada de ser real: debía auto-invitarme, y probar a esa familia que era una mujer de fiar. Por ello, aquel viernes mi propósito fue uno distinto. Esa tarde no me vestí para salir a beber o a bailar, pero busqué entre mis vestidos el más hermoso: el que usaba para cantar cuando aún Tomás, Francisco y yo éramos parte de la misma banda. El resultado siempre era favorable cuando vestía esos maravillosos lunares blancos que adornaban la tela oscura, y más cuando ataba mi cabello largo y rebelde en una exagerada cola. Sumen a ese look formidable mis labios maquillados con un fucsia que podía ser reconocido desde la otra punta de la ciudad, y *voilà*, misión cumplida. Lo siguiente fue atravesar el río sin

tanto glamour, utilizando mi descuento de estudiante en el pasaje de la micro, la que parecía derrumbarse cada cien metros.

En minutos, me encontré frente a la casa de Manu, con mi mejor tenida y ni una pizca de vergüenza. Rogando porque Tomás no me eliminara de sus contactos por mi comportamiento, toqué el timbre, y en cosa de segundos lo tuve frente a frente, sorprendido, molesto, y sin intenciones de dejarme entrar.

—¿Nino? ¿qué haces aquí? —preguntó al verme.

Ya casi había asumido mi derrota, por lo que mi plan era inminente: de forma astuta y rápida, me metí a su casa y desde dentro le rogué una oportunidad. Tomás dudó, pero creo que le causó algo de gracia verme tan decidida, porque finalmente decidió aceptar y colaborar con mi misión, no sin antes darme el sermón que desde un comienzo debí conocer.

—No lo toques, Nino, ni toques sus cosas —susurró, antes de que ambos entráramos a la sala—. ¡Mamá, una *invitada* a almorzar! —gritó hacia la cocina, con un no muy disimulado énfasis en que de invitada no tenía nada.

Claudia, atónita, asomó su cabeza por la puerta para verme, reflejando en su rostro la mezcla de agradecimiento y lástima que mi presencia le producía. No era difícil suponer lo que pensaba, pues nada podía asegurarle que valía la pena arriesgar la cierta estabilidad de su hijo por una niña entrometida como yo. Su corazón de madre sabía que si todo terminaba mal, se enfrentaría a un escenario que no deseaba volverá ver. ¿Pero y si acababa bien? ¿Y si poco a poco lograba a sacar a Manu de su encierro?

Claudia se acomodó el cabello, limpio sus manos en el delantal de cocina que llevaba puesto y sonrió con esfuerzo.

—Ya casi está listo el almuerzo —dijo, y me invitó a pasar.

Me estaba dando una oportunidad, y no iba a defraudarla. Antes de entrar a la cocina en dónde se ubicaba el comedor de uso diario, le agradecí de forma honesta para asegurarle tácitamente que cuidaría de su hijo. Con extremo cuidado me senté, procurando no volver a ubicarme en el lugar de Manu. Una vez allí, respiré profundo, recordé por completo el protocolo y me concentré en

no repetir la escena de la semana anterior. Claudia y Tomás se miraron para buscar la aprobación del otro antes de llamar al que parecía ser el consentido de la casa. Oí sus pasos, la puerta de su habitación cerrarse, y su andar pausado por la escalera, a un ritmo tan diferente del que mi corazón tenía.

No conté los segundos, pero puedo asegurar que el mundo se detuvo cuando atravesó el umbral de la puerta con su caminar suave y algo torpe. Estaba igual de hermoso, con unos jeans que a mí no me habrían entrado ni aunque embarrara mi cuerpo en mantequilla. Sí, me fijé en su ropa, en la camisa a cuadros que llevaba y en esa camiseta blanca que lo hacía parecer un niño bueno, y me recliné por eso. Yo no era una persona que se dejara llevar por el aspecto de un hombre, pero es que era inevitable no perderse en la hermosura de ese ser humano. Además, ¿qué otra cosa podía decir sobre él si no lo conocía? Claro que podía estar idealizándolo, pero me daba igual. Su imagen perfecta, se grabó en mi retina para siempre.

Intenté sonreír, pero Manuel me miró evitando mis ojos, solo para comprobar que no ocupaba su lugar. No dijo nada, pero se sentó a mi lado, derecho y elegante. Su madre le sonrió con ternura, Tomás se ubicó frente a mí y la rutina comenzó. Claudia se volteó para servir la comida, y yo, aproveché de saludar.

—Lo lamento, pero no me había podido presentar. Soy Ninoska, puedes decirme Nino.

Manuel se volteó en cámara lenta, impresionado, y sonrió. Sonrió. ¡Sonrió! Y la perfección de sus dientes iluminó su rostro. Me sentí diminuta ante su expresión, y noté que tanto Tomás como su madre, estaban igual de extasiados al verlo. Quise preguntarle qué le sorprendía tanto, por qué se sentía tan feliz con un simple saludo, pero me contuve. Tenía que ser prudente si deseaba verlo sonreír una vez más.

—Manuel —respondió.

Su temblorosa voz llenó mis oídos. Era dulce, gruesa y tímida. Lo agradecí, aunque junto al resto de su expresión me sugiriera, de forma suave, que no deseaba hablar más. Claudia me sonrió agradecida, y extendió un plato hacia mí.

Todos comimos una deliciosa pasta. ¡Hasta el brócoli sabía bien preparado por Claudia! Por lo mismo, no entendí que Manuel se abstuviera de comer tamaña maravilla, y prefiriera un aburrido y poco glamoroso guiso de verduras.

Comimos con tranquilidad, y al terminar, Manu se quedó para la sobremesa, donde los anfitriones, Tomás y su madre, no paraban de hablar. Parecían contentos de tenerme ahí, con ellos. Como era de esperarse, se divirtieron contando entretenidas anécdotas sobre su infancia, en especial sobre la infancia de Tomi, porque de Manu, no se dijo habló, en absoluto. Solo al final, cuando su madre, en medio de una explícita petición de nietos, dijo sin darse cuenta algo que agradecí para siempre.

—El día que mi Manu me haga una suegra y abuela, será el más feliz de mi vida.

Tomás miró de inmediato a su hermano, sin entender del todo si aquello había sido a propósito, o tan solo un error típico de las madres. El silencio se hizo obvio y el rostro tranquilo de Manu se volvió sombrío y triste en forma automática. Solo en ese momento, y a pesar de que se había mantenido al margen de la conversación, su voz suave se hizo notar.

—Deberías soñar con cosas más factibles, como un crucero en el atlántico o ganar la lotería —dijo en tono lastimero.

—¿Por qué dices eso, quieres dar pena a nuestra invitada? —replicó Tomás, tratando de suavizar sus palabras con un tono burlesco—. Ya sabemos que estas un poquito loco, y que nadie quiere casarse con uno —agregó.

Y mi gran bocota no guardó silencio.

—Yo lo haría.

Mi voz sonó como una declaración de amor. Siempre me pasaba lo mismo cuando sentía que cupido tocaba mi puerta. De hecho, creo que tenía diez años cuando le confesé a mi profesor de inglés que quería casarme con él. Había hablado sin pensar. Otro silencio incómodo se abrió paso en la mesa. Manu palideció.

Me había equivocado. Había defraudado a Claudia, a Tomás, y a mí misma.

Manu no volvió a mirarme, y el aire de pronto se me hizo demasiado pesado. Tenía que hacer algo, y rápido. O escapaba de ahí saltando por la ventana y desaparecía para siempre, o lo echaba a perder todavía más. No era necesario leer el futuro en una bola de cristal para adivinar lo que mi ingenio decidiría: tomé un lápiz labial de mi bolsillo, y sobre una servilleta, escribí mi número de teléfono.

—Toma, si llegas a los 30 soltero, no dudes en llamar —sentencié, dejando el papel sobre la mesa.

Manu miró la nota, me miró a mí, y rio. Y su risa fue aún más adorable que él. Al mismo tiempo, pude ver los rostros sorprendidos de Tomas y Claudia. Tras ese despliegue de dulzura, Manu se levantó con amabilidad y se fue, olvidando el papel en el mismo lugar en que lo dejé.

Maravillados, Tomás y su madre me comentaron el largo tiempo que había pasado sin que Manu sonriera. Me sentí feliz de haber sido en parte responsable de aquello. No solo por la demostración de ternura, sino porque sentí que una barrera, por pequeña que fuera, había sido destruida para mí. Aún si eso no quería decir nada, estaba contenta, y como mi error no resultó tan grave, le supliqué a Tomás que estudiáramos algo. Nunca, jamás, había tenido tantos deseos de estudiar, y nunca, jamás, lo había hecho con él, incluso cuando éramos compañeros de carrera. Sin embargo, esa era la excusa perfecta para subir a los dormitorios, y si la suerte estaba de mi lado, tal vez podría verlo de nuevo.

Pero nada de eso ocurrió, por más que alargué mi embustero estudio con forzadas salidas al baño solo para pasar frente a su pieza. Al llegar la hora de volver a casa, con la excusa de despedirme, pedí permiso a Tomás para golpear la puerta de Manu. Él lo meditó un momento, pero aceptó, una vez más, poniendo como condición, el acompañarme.

Golpeé dos veces y Manu abrió la puerta, me miró algo avergonzado, pero sonrío, inmóvil.

—Me voy, fue un gusto —dije.

Él continuó de pie. Su delgada figura lo hacía parecer un hombre débil. Tan

distinto a mí, que era fuerte como un roble. No esperaba que me contestara, pero lo hizo.

—Nos vemos —murmuró.

No sé si su tono de voz se deshizo porque se sentía nervioso, o porque sencillamente era así de delicado cuando estaba en un lugar seguro, como su cuarto. Antes de que cerrara la puerta, nos miramos. Quise quedarme a vivir ahí, para verlo cada día, pero mi deseo era demasiado extremo y evidenciaba esa característica un tanto demente que aguardaba en mi interior.

Tomás no dijo nada al ver la reacción de su hermano, ni emitió juicio sobre mi evidente interés. Aun así, me acompañó en silencio hasta la calle, en donde pude abrazarlo para despedirme. Fue ese el momento en que todo entre nosotros acabó. Él lo supo de inmediato, pero yo lo había asumido el día en que había conocido Manu. De forma suave, besé su mejilla para decirle adiós, e hice mi acto más cruel.

—¿Tú hermano tiene teléfono?

Fui la villana de la historia en ese punto, pero debía hacerlo. Tomás me observó descolocado. Ni siquiera él, que me conocía tan bien, se imaginaba algo así.

—Eres increíble —gruñó.

Con rapidez tecleó el número de Manu y me lo envió. Antes de voltear para marcharme, observé esperanzada la ventana del cuarto de Manu.

Él estaba allí. Su fina silueta tras la cortina me insinuaba que deseaba verme. Y aunque tal vez no era esa su real intención, decidí que valía la pena engañar un poquito a mi corazón. Descarada como era, me despedí hacia su habitación y le lancé un beso.

Tomás me odiaba. Estoy segura de que lo hacía. Pero no iba a dar pie atrás, menos cuando todo indicaba que iba por buen camino.

Paso 4

Manu

Esa tarde, Nino apareció en casa despilfarrando toda la magia que emanaba su presencia. Nada combinaba en su figura, ni su pelo violeta con su piel, ni su vestido de lunares con sus zapatillas rojas. Toda ella era un caos elaborado de forma cuidadosa y delicada, que al unirse en su cuerpo curvilíneo creaba una imagen que solo inspiraba una adictiva alegría. No la conocía, pero deseaba mantenerme cerca solo para contagiarme de su curiosa sonrisa que lo iluminaba todo junto a su desvergonzada forma de moverse y hablar. Si bien mi círculo de personas conocidas se había reducido a mi familia, era innegable el hecho que nunca vi ser humano más seguro de sí mismo que ella. Nino parecía no temer a nada, y eso me incluía.

Por lo mismo, todas sus palabras parecían un descarado intento por integrarme a esa relación extraña que tenía con mi hermano. Me sonreía, me preguntaba cosas y, para sorpresa de todos, logró mantenerme interesado por largo tiempo, soportando incluso la culpa que me provocaba oír a mi madre hablar de su único hijo normal, porque de mí, nada podría haber dicho que no acabara en llantos o reproches, como su camuflado intento de sugerir que en algún minuto podría llegar a ser padre. No era necesario tocar el tema, menos cuando todos en esa habitación estábamos seguros de que aquello no era más que un sueño. Sin embargo, Nino salvó en minuto con un peculiar sentido del humor: de su bolsillo, sacó un labial fucsia que asumí era el que llevaba puesto, y escribió un número de teléfono para dejarlo sobre la mesa, al mismo tiempo que me proponía llamarla si al cumplir treinta años seguía soltero. Debo admitir que fue algo ridículo y que el hecho de que me riera en su cara tal vez resultó de

mal gusto y grosero. Pero no podía disimular.

Tras ello, hui a mi cuarto, desde donde oí sus movimientos con atención mientras la pintaba entre mis papeles. Deambuló entre risas por la sala y la habitación de Tomás, hasta que sus golpes en la puerta me hicieron notar que el atardecer ya estaba haciéndose presente. Tardé en reaccionar, pero logré levantarme y abrir la puerta para escucharla decirme adiós y partir. Qué afortunado era mi hermano al tenerla como compañía, pensaba mientras imaginaba sus pasos descendiendo por la escalera al mismo tiempo que deseaba haber sido un poco menos yo y más Tomi.

Pero éramos distintos. No lo envidiaba, por el contrario, todo lo que él me provocaba era una profunda admiración y respeto. Tomi tenía todo a su favor, pero yo era yo, y solo podía sentarme a contemplarlo mientras acumulaba vergüenzas en mi vida, de las cuáles el ochenta por ciento se deben al TOC y el veinte por ciento a mi estupidez. No sé si ambas condiciones vienen siempre unidas en pack, pero yo las desarrollé de forma excepcional.

Fue por ello que no noté la luz del sol en mi ventana, que hacía evidente mi silueta apostada en pleno a la contemplación de la gracia de Nino. Me quedé helado al tiempo que mi mente trazaba las miles de alternativas catastróficas a mi humillación

—Ella me vio.

Retrocedí.

Retrocedí.

Retrocedí.

Hasta que mi espalda se estrelló con la pared contraria.

Pensaré que soy un psicópata, me repetí, con la intención de asegurarme que me sintiera lo suficientemente humillado como para jamás volver a intentar algo como aquello. Me encargué, con mucho esmero, de hacerme sentir mal por todo: por dejar el número de teléfono de Nino abandonado sobre la mesa, por reírme de ella, por no decirle que aunque sus colores eran extraños, me fascinaban. Había salido mal, todo, todo, todo estaba mal, y en medio de mi rito

de autoflagelación mental, Tomás golpeó mi puerta. No respondí, por lo que con suavidad abrió, y asomó su cabeza para pedir permiso para entrar.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Yo seguía apoyado en la pared, con mi respiración algo agitada, pero todavía bajo control. Tomi notó mi nerviosismo, y avanzó despacio, con la precaución minuciosa que había adquirido después de vivir por veintiún años junto a mí. Tomi, mi querido hermano, había aprendido a no tocar nada, pues desde muy pequeño interiorizó el protocolo para lograr convivir conmigo. Nos queríamos mucho, incluso cuando sabía que jamás podría acercarse realmente a mí. Por supuesto que había costado. Todavía soy capaz de recordar su llanto a gritos para que lo abrazara o le cediera alguno de mis juguetes. ¿Cómo no iba a amarlo si él era capaz de perdonar todos esos malos momentos?

—Bien, supongo —contesté, avanzando con rapidez para ocultar las miles de Ninos dibujadas sobre la mesa.

Tomás siguió con la mirada mi paso apresurado, aclaró la voz, y comenzó a hablar disparates inentendibles.

—Le gustas. Supongo que lo notaste —dijo él, y ya la conversación comenzó a dejar de tener sentido.

—¿De qué hablas? —murmuré.

Mis manos comenzaron a temblar e intenté disimular apretando mis dedos entre ellos, con fuerza.

—De Nino.

¿Nino? ¿En qué minuto habíamos comenzado a hablar de ella? ¿Tomás se estaba burlando de mí? El temblor de mis manos aumentó, y sin quererlo, comencé a reír, aunque la realidad era que solo deseaba llorar. ¿Qué más podía hacer ante una broma tan cruel? ¿Qué más, si sentía que mi propio hermano se burlaba de esa forma de mí?

—No es broma, Manu. En serio le gustas, y debes hacer algo al respecto. Ya eres un hombre y ella es una mujer, no puedes dejar que las cosas avancen con esa ambigüedad. Nino es mi amiga, y tampoco quiero que sufra. Si no estás

interesado en ella, debes decírselo de forma clara.

Continué riendo. En ese minuto tenía veinticinco años y, ninguna mujer, jamás, me había siquiera mirado. Nunca, en mi vida, había escuchado la palabra gustar dirigida a mí. ¿Por qué Tomás me hacía eso? ¿Por qué me humillaba así? ¿Por qué presionar una herida como esa? No encontraba respuesta. Mi hermano no era así, y no entendía lo que ocurría. A esa altura, mis manos ya no paraban de temblar, y mi risa se nubló, mezclándose con las lágrimas que fui incapaz de controlar.

—Lo siento, tampoco era mi intención que te pusieras así, en serio lo siento. ¿Necesitas algo? Agua, ¿traigo agua?

Tomás comenzó a ponerse a nervioso. Intenté controlarme para calmarlo a él, más que a mí mismo, sin embargo, el esfuerzo eso solo me provocó más angustia. Traté de fijar la mirada en él, pero apenas podía abrir mis ojos. Temblaba cada vez más, y a medida que la preocupación de mi hermano aumentaba, el control sobre mi cuerpo disminuía. Estaba avergonzado. Mi respiración parecía ser incapaz de llenar mis pulmones de aire. Me senté, intenté pensar en Nino, en sus ojos, en su risa, pero no pude. Me ahogaba, moría, con Tomás frente a mi pidiéndome perdón y llamando a mi madre. Lo siguiente fue ella entrando a toda velocidad a mi cuarto, cogiendo guantes y alcanzándome un tranquilizante y un vaso de agua, el que derramé porque mis manos ya no respondían. Era un pésimo hijo. Obligaba a mi madre usar guantes porque despreciaba su contacto. Obligaba a mi hermano a pedirme perdón por algo que no era capaz de entender. Poco a poco, perdí la noción del tiempo, ignorando el momento en que la crisis terminó.

Desperté pasada la media noche, con ellos a mi lado. Mamá trataba de disimular su preocupación, y Tomas seguía repitiéndome que lo perdonara. Quise incorporarme, pero estaba demasiado mareado. No pude hablar, sin embargo, permití que en ese instante la calma regresara a paso lento entre nosotros. No sé con exactitud cuánto tiempo transcurrió, pero al momento en que la voz me volvió al cuerpo, fui capaz de decirles que no se alarmaran, que había

exagerado, que me había confundido. Mi madre estaba aterrada, y todos conocíamos muy bien la razón.

Por fortuna, todavía existía algo que podía hacer para dejarla tranquila.

—Mamá, dame un momento, por favor. Quiero volver a dibujar.

La mirada de mi madre se iluminó. Sabía lo que pensaba. Su hijo, su pequeño artista, quería volver al color. Una hermosa sonrisa se dibujó en su rostro y cogió la mano de Tomás para salir en silencio de la habitación. Todavía estaba mareado, pero necesitaba verla. Con algo de esfuerzo me levanté para ir a mi escritorio ordenado a la perfección: cada lápiz con su punta prolija y afilada, los colores alineados con cuidado, todos del mismo tamaño, mis hojas impecables, blancas y negras. Pinturas organizadas, pinceles secos y limpios. ¿Por qué partiría esa noche? ¿Serías sus ojos los elegidos para aliviar mi angustia? ¿O su sonrisa? ¿O sus dientes? ¿O sus labios?

Comencé a pintarla, y con cada línea intenté responder las miles de preguntas que jamás le haría.

¿Tomás tiene miedo de que me enamore de ti?

¿Por qué me haces esto, Nino?

¿Sabes que jamás podría tomarte de la mano?

¿Sabes que jamás recibirás un beso?

¿Sabes que nunca podré llevarte al cine?

¿Sabes que no puedo salir a ningún lugar si mi madre no me lleva en su auto que es desinfectado apropiadamente para que no tenga una crisis?

Al terminar, ya no me corrían lágrimas. La frustración de tener veinticinco años y depender de mi madre para todo se alejaba con cada hoja. Pero faltaba lo más importante. Tenía que ser claro, conmigo, y con ella, tal como Tomás lo había dicho. Bajo el último dibujo, escribí lo único que en ese momento podía sentir: *No me hagas esto, Nino. No quiero cargar con un nuevo rostro triste en mi conciencia. Me da pánico saber que la próxima persona afectada puedas ser tú.*

Sin duda, estaba en medio del caos. Nada de lo ocurrido aquel día parecía

tener lógica, menos aun cuando de un cajón olvidado sonó un mensaje. Con extrema precaución, tomé el teléfono celular que mi madre me había regalado la navidad anterior. Jamás lo había usado, solo cumplía con mi compromiso de tenerlo encendido en caso de alguna emergencia. Pero ¿quién me habría escrito, si ni siquiera yo sabía mi número? Y más importante. ¿Cómo se revisaba un mensaje?

Miré la hora, y mi sorpresa fue aún mayor, pues el reloj estaba a punto de dar las cinco de la mañana. Volví a abandonar el teléfono, ordené mi habitación y me preparé para dormir, sin embargo, en cuanto cerré los ojos, un nuevo mensaje me distrajo. Me incorporé, y la curiosidad ganó. Miré fuera de mi cuarto y noté que la luz de Tomás seguía encendida. Con mi teléfono en mano atravesé el pasillo y lo llamé. Tomi se asustó al verme, por lo que antes de cualquier cosa era necesario que me disculpara con él. Cuando pude formular mi pregunta, fue él quien comenzó a deshacerse en disculpas.

—Lo siento Manu, de verdad —repetía con voz preocupada, mientras tomaba su cabeza nervioso, pidiéndome que me mantuviera tranquilo.

—¿Qué pasa? ¿qué es? —insistí.

Tomi meditó antes de contestar, pero su respuesta no era en absoluto preocupante.

—Le di tu teléfono a Nino. Te envió un mensaje, pero mañana le diré que no vuelva a molestarte, lo prometo, y lo siento de verdad.

—¿Qué dice el mensaje? ¿Cómo puedo leerlo?

Tomi me enseñó la pantalla mientras la cálida sensación que Nino me provocaba volvía a hacerse presente.

"Hola, lo siento, ¡es muy tarde! Aún estudio, porque tengo un terrible certamen mañana. Ya sabes, este es mi teléfono, supuse que no tomarías mi papel así que está aquí por si deseas guardarlo. Uno nunca sabe si llegará a los treinta soltero"

Lo leí divertido imaginando su expresión sin poder evitar comenzar a reír. ¿Es que ella no conocía la vergüenza? Mi hermano me observo confundido, y no

lo culpaba.

—¿Quieres responderle? ¿Quieres que te enseñe? —agregó, con extrema precaución.

Acepté con entusiasmo, y esa madrugada, aprendí como usar mi teléfono celular.

Me sentía increíble, primero porque toda confusión con mi hermano había quedado atrás: él no tenía de qué preocuparse, pues no me acercaría a Nino más que por esa curiosa atracción que su divertida existencia me provocaba; y segundo, incluso cuando había tenido una de esas horrendas crisis, había sonreído. Había pintado. Y le había escrito aunque solo fue para decirle que había guardado su número de teléfono. Si eso no era maravilloso, entonces nada lo sería.

Paso 5

Nino

La noche en que Manu respondió mi mensaje, marcó un antes y un después en nuestra relación de amistad, porque he de aclarar que no había nada más entre nosotros, y era muy difícil que otra cosa sucediera, considerando lo problemático que resultaba acercarse a él. Pero daba igual, pues solo tener la fortuna de intercambiar algunas palabras con Manu me hacía feliz. Además, aclaro que mi voluntad para insistir no estaba, en absoluto, dañada.

Así, poco a poco comencé a volverme una visita frecuente en casa de Tomás, en un intento por aprovechar al máximo esa pequeña ventana que se abría para mí. De forma paciente invertí mi gran cantidad de tiempo libre en cálidos almuerzos y amenas charlas a la hora del té, a tal punto, que incluso Claudia se sorprendía si de pronto faltaba una tarde sin avisar. Ella también lo disfrutaba, no solo porque existiera una mujer que pretendiera a su hijo mayor, sino porque llevaba años presa de la rutina. Por lo mismo, me esforcé en alegrar las tardes que pasábamos juntos, aunque en general mi sola presencia era suficiente para contrastar con su parsimonia característica, en especial mi risa algo –demasiado– escandalosa y mis vestimentas que tan extrañas se veían al lado de Manu o su madre. Por otro lado, no sabía en qué medida Tomás se sentía a gusto teniéndome ahí, pero sí estoy segura de que asimiló de buena forma el que mis ojos dejaran de buscarlo a él, pues incluso se preocupó de orientar la forma en que me acercaba a su hermano para que el resultado de mis visitas no lo desestabilizara.

Fue él quien me habló acerca de la crisis de Manu y sugirió que, ya que iba en serio, me lo tomara con más calma, pues consideraba que iba demasiado

rápido teniendo en cuenta que Manu no entabla relación alguna con otras personas desde hacía ya muchos años. Yo, que por supuesto no quería volver a agobiarlo de esa manera, limité mis interacciones a saludos y despedidas, aunque con mucho cuidado –y poco disimulo– me dediqué a estudiarlo, por lo que en cosa de días me sentí capaz de describirlo por completo y con los ojos cerrados. Sin embargo, no solo aprendí a deleitarme con cada rasgo de su cuerpo, también descubrí que Manu no hablaba de su pasado, que confiaba a ciegas en Tomás, que se avergonzaba si me descubría observándolo y cuando eso ocurría, desaparecía de inmediato en su habitación.

Me especialicé entonces en mantener mi distancia y, como recompensa a mi gran esfuerzo, obtuve conversaciones cada vez más largas y menos escapadas. Fue en una de nuestras charlas en el estar, tras una de mis siempre asertivas preguntas, que la situación dio un giro que me hizo retroceder al punto de partida. En una de las paredes, un hermoso cuadro irradiaba la alegría de un pequeño niño junto a su madre y, al consultar si se trataba de alguno de ellos, el ambiente se volvió tenso y oscuro. Manu, silencioso, se retiró. Esa era otra de las tantas cosas que aprendí de él: en su casa, muchos temas se trataban con delicadeza para protegerlo. Lo que no imaginé, es que una simple pintura podía generar una reacción de ese calibre.

—Somos Tomás y yo —dijo Claudia con una sonrisa melancólica en el rostro, y sus ojos casi se nublaron antes de continuar, con la voz quebrada y ensimismada en la belleza del cuadro—. Manu nos pintó cuando tenía 16 años.

—¿16 años?! —exclamé sorprendida—. ¡Pero si es una pintura muy hermosa! ¿Aún es capaz de pintar así? —pregunté al mismo tiempo que me levantaba de mi asiento para observarla mejor.

—No lo sabemos, aunque probablemente su don siga intacto. Lleva casi seis años sin hacerlo. A veces dibuja un poco, pero los últimos cuadros que hizo solo eran paños teñidos de negro. El color abandonó sus pinturas cuando sus crisis aumentaron. Al poco tiempo dejó de estudiar, suspendió su tratamiento y se deshizo de todos los cuadros que alegraban esta casa. Éste, fue el único que

logré conservar.

Tomás se quedó en silencio mientras su madre con tristeza narraba aquella historia. ¿Qué había hecho que Manu acabará de esa forma? ¿Por qué sus hermosas pinturas acabaron en la basura o se transformaron en oscuras telas?

Me era difícil asociar la emoción de esa pintura con él, por lo que contemplé por largo rato el detalle de las pinceladas todavía presentes en el cuadro, haciendo un último esfuerzo por encontrar una parte de Manu ahí. Sin embargo, el silencio comenzó a reinar, y supuse que la hora de despedirme llegaba. Esa tarde subí sola a su habitación, golpeé con suavidad y mientras el abría, miré con rapidez dentro de su nido en busca de algo que conectara al Manu artista con aquel que parecía ausentarse del mundo, y la encontré. Allí estaban aún los rastros de aquella afición que en algún momento parecía haber disfrutado. Sobre un escritorio, justo bajo la ventana, descansaban un sinfín de lápices de colores en perfecto orden, listos para ser utilizados, al igual que una cuidadosa colección de pinturas, acuarelas, oleos y pinceles, todos organizados por tono y tipo, de forma armónica y preciosa.

¿Podía ser que el Manu artista estuviera esperando ser despertado?

—¿Pensé que ya no pintabas? —dije entonces, apuntando a su escritorio y creyendo que hacía mi mejor jugada. No para conquistarlo, sino que para empujarlo hacia el mundo real, hacia lo que él alguna vez amo.

—Ya no lo hago —respondió él, tranquilo y sonriente.

—¿Crees que vuelvas a hacerlo algún día?

—Tal vez —murmuró, me miró a los ojos y la ternura me invadió.

Manu parecía tan frágil y puro. No podía ser un hombre real.

Sonreí, y volví a pensar que hacia lo correcto.

—Si eso pasa, por favor hazme un retrato. Siempre he deseado tener uno — pedí.

Manu retrocedió unos pasos y su rostro tranquilo se desarmó frente a mí. Me había equivocado. Había traspasado de nuevo los límites y no quería imaginar lo que ello podría provocar en él. De verdad era estúpido pensar que

nadie más intentó lo mismo antes. Me disculpé una y otra vez, y volví a casa tan rápido como pude. Sin intención de abrumarlo, cerca de la media noche, envié un mensaje para asegurarme de que estuviera tranquilo.

"Lo del retrato era una simple broma. Por favor no te compliques con eso o tu familia me matará".

Esperé paciente la respuesta, pero jamás llegó. Lo más triste de todo, es que yo sabía que jamás habría una. Aun así, decidí darle unos días antes de volver a su casa con el fin de que todo volviera a la normalidad, aunque el día en que intenté hacerlo, Tomás me lo impidió, asegurándome que Manu no les hablaba ni les permitía entrar a su cuarto desde la tarde misma en que le pedí una pintura.

¿Se había terminado todo? ¿Incluso sin que algo hubiese comenzado realmente?

Mis teorías eran: o me había excedido a tal punto que Manu decidía remarcar la distancia y terminar con sus intentos de vida normal, o me odiaba. Ambas eran terribles, pero desde el fondo mi corazón prefería que me odiara a que volviera a encerrarse o dejara de sonreír por mi culpa. Me daba pánico provocar un retroceso y, aunque violara mi promesa de ir con calma, le escribí cuando se cumplieron catorce días desde mi metida de pata:

"¿Me odias?"

"Jamás", respondió Manu en cuestión de segundos, lo que dejaba como alternativa solo una de mis teorías.

"¿Entonces volveremos a hablar?", pregunté.

"Lo siento, pero estoy ocupado", sentenció.

"¿Es mi culpa? Puedes decirlo, soy muy fuerte."

Como Manu dejó de contestar, la mañana siguiente tomé mi mejor sonrisa y me dispuse a obtener respuestas en forma personal, o al menos a intentar enmendar mi grave error. Toqué el timbre una y otra vez, pero nadie salió. Tras veinticinco minutos, ya decidida a regresar a casa, Tomás y su Madre aparecieron en su auto.

—Ya deja de venir sin avisar —gruñó él, con su gentileza característica.

—Solo quería saber de tu hermano —contesté algo cabizbaja.

Ellos no dijeron nada, pero compartieron una mirada preocupada y triste antes de permitirme pasar.

—Sube tranquila.

Dijo Claudia, demostrándome que de alguna manera, ya tenía la confianza necesaria para subir sin escolta a la habitación de Manu, aun cuando no acababa de equivocarme antes de cometer un nuevo error. Al llegar arriba, ni siquiera golpeé la puerta. Solo hablé, fuerte y claro.

—Estoy aquí Manu, ¿hablemos? —dije con suavidad—. ¿Estás enojado? ¿Por qué no me hablas, quieres que me vaya? ¿Me odias? Solo dímelo, esto es en realidad muy vergonzoso, no molestaré otra vez. ¿Estás bien? ¿Manu?

Por desgracia, no hubo respuesta. Esa mismo día me despedí de Claudia pensando que jamás volvería a verla, pues por dignidad, aquel había sido mi último intento. No recordaba que me hubiese dolido tanto el corazón como aquella tarde, si hasta Tomás decidió caminar junto a mí preocupado por lo que acababa de ocurrir. Cuando estuvimos en la parada, Tomi me abrazó como en los tiempos en que solo nos disfrutábamos el uno al otro.

—Dale tiempo, ¿quieres? —murmuró en mi oído.

—No lo entiendo, Tomás, me cuesta demasiado.

—Nosotros te lo advertimos.

Él tenía razón. Conocía muy bien el panorama cuando decidí acercarme a Manu, y sabía que sería difícil, pero también estaba segura de que iba bien encaminada. Jamás imaginé que me botarían así. Ante esa triste escena, sólo tenía una cosa que hacer, y no era llorar —las lágrimas no me gustaban en absoluto—. Antes de llegar a casa, hice una parada en el supermercado, compré cinco litros de helado, unos cuantos chocolates, tres cervezas y caminé directo a casa.

Por siete días, esa fue mi dieta base, hasta que el día veintiuno desde que mencioné la pintura de la discordia, asumí que jamás volvería a saber de él. Ya nada podía hacer si Manu no deseaba hablarme, y aunque seguía sintiéndome

culpable, decidí que esa noche intentaría volver a mi vida antes de él. Volví a casa tras la última clase de la semana discutiendo conmigo misma si dormiría o saldría de fiesta, no sin antes devorar lo último que me quedaba de helado. Subí arrastrando los pies por la escalera que unía los cinco pisos de mi edificio, anhelando mi cama, una ducha tibia y tal vez una cerveza. Entré al pasillo que conducía a mi departamento, cubierto de un antiguo papel mural, para encontrar un inesperado regalo junto a mi puerta. Era un paquete enorme, y estaba segura de que no era mi cumpleaños. Lo examiné mientras una corazonada me hacía rasgar nerviosa el delicado papel que lo envolvía. Fue allí que el envoltorio semiabierto me mostró mis propios ojos brillando en una delicada y luminosa pintura. Por primera vez, las lágrimas me parecieron la mejor respuesta, y al mismo tiempo que terminaba de abrirlo, buscaba entre sollozos el teléfono de Manu en mi celular. Una vez que marqué, las lágrimas corrieron libres por mi rostro.

—¿Dónde estás? —pregunté ansiosa.

—A dos cuadras de tu casa, frente al supermercado —indicó él, con la calma que lo caracterizaba.

—Voy de inmediato. No te alejes —respondí.

Tras ese breve dialogo, me eché a correr deseosa de alcanzarlo, de decirle que esa pintura era lo más bello que podía pasarle a una persona, que era un genio, que me sentía hermosa si veía ese cuadro, que... no lo sé, quería decir tantas cosas que me fue imposible hilar mis pensamientos al verlo. Estaba ahí, de pie junto al auto de su madre, perfecto y delicado, y lo quería para mí, a mi lado, para siempre. Cuando pude reaccionar, corrí otra vez, pero sin ser capaz de detenerme, lo abracé. Sabía que no debía hacerlo, que estaba cometiendo un error, ¿pero de qué otra forma podía hacerle llegar mis sentimientos? ¿De qué otra forma Manu entendería lo que aquel gesto significaba para mí, si las palabras ya no me eran suficientes?

Me abracé a él con más fuerza, aun con lágrimas en el rostro pues sabía que pronto tendría que soltarlo. El cuerpo delgado de Manu temblaba, y el latido de

su corazón atravesaba su pecho y se sentía en el mío. Tuve miedo de echarlo a perder nuevamente provocando una crisis en él, por lo que relajé mis brazos para desprenderme de su cuello. Solo allí, sentí sus manos moverse despacio y todavía más temblorosas que antes, solo para abrazarme.

Abrí los ojos sorprendida con lo que acaba de ocurrir. Más atrás, Claudia lloraba en el asiento del auto. Despacio, me solté de su abrazo para observarlo. ¿Podía todo aquello ser mejor?

—¿Quieres ir a mi casa? —pregunté—. Puedes ayudarme a buscar un lugar para el cuadro.

Solo decirlo me hizo sentir una farsante, porque sabía la cantidad de cosas que haría quedándome sola junto a él si fuera otra persona. Pero era Manu, y estaba segura de que ese abrazo no se repetiría en mucho tiempo.

Manu meditó su respuesta unos segundos, y sonrió conmigo.

—No te volveré a tocar, Manu. Sólo fue un impulso que no logré controlar. Lo prometo —susurré, intentando sonar confiable.

Manu dejó escapar su risa nerviosa, y aceptó.

Él y yo, jamás volvimos a ser como antes; aquella pintura fue lo que nos cambiaría para siempre.

Y fui feliz.

Inmensamente feliz.

Paso 6

Manu

La tarde en que Nino decidió cruzar la línea que nos separaba, fue, debo reconocerlo, un fiasco. En un comienzo estaba bien, el momento era agradable y yo disfrutaba por completo la nueva sensación que me provocaba estar cerca de ella. Era increíble que mi voz temblara cada vez menos si deseaba hablarle, o que el solo mirarla me diera alegría. Íbamos bien, yo iba bien. Hasta que Nino mencionó la pintura que reposaba sobre la pared a un costado de mi madre.

Huir fue una respuesta intuitiva para mí, pues no deseaba ver la expresión de mamá al recordarlo, sabiendo lo difícil que le resultaba evocar esos días en que todo rastro de júbilo fue arrojado a la basura. Me levanté sin ser capaz de dar explicaciones y esperé con paciencia en mi habitación a que Nino golpeará como cada tarde, solo para decir adiós con su genuina sonrisa, y en efecto, no pasó mucho tiempo hasta que la oí subir. Me levanté de mi escritorio con el corazón acelerado, listo para acudir a sus tres golpecitos en la puerta, como si aquello hubiese sido la más íntima interacción de una pareja enamorada. Aunque claro, por supuesto que no contaba con su imprudencia. Abrí la puerta, le sonreí, me sonrió, se atrevió a mirar hacia mi cuarto y arrojó con tanta seguridad el "*por favor hazme un retrato*" que nos cambió para siempre, que pude confirmar que la loca era ella, no yo.

No respondí, asustado por lo atrevido que resultaba que una desconocida removiera con tanta facilidad mi pasado. Nino, por el contrario, notó de inmediato mi nerviosismo, supongo que tuvo miedo de provocar una nueva crisis por lo que apuró su despedida y desapareció. Por mi parte solo recuerdo que la vida transcurrió en cámara lenta mientras retrocedía hasta volver a la seguridad

de mi escondite, a mi escritorio y a sus miles de bosquejos con Ninos por todas partes.

¿Y si era capaz de exteriorizar mi imagen preferida? ¿Y si la perfección de Nino podía salir de mi cabeza y plasmarse en una colorida tela?

Solo imaginarlo bastó para tomar mi decisión, porque estaba seguro de que no existía otra manera de agradecerle su mirada tranquilizadora. O tal vez la había, de seguro la había, pero no para mí. Yo solo sabía expresarme de una forma y, esa mujer que no combinaba en absoluto los colores que vestía, había abierto la puerta de mis emociones sin importarle siquiera el cómo pudiera afectar eso a mí estancada vida; me fascinaba. Por todo ello, y porque Nino era la única persona a mi alrededor que no giraba en torno a mi TOC. Gracias a ella volvía a ser un hombre. Tal vez uno más de entre los cientos que posiblemente conocía. Pero no importaba, pues a su lado, volvía a sentirme vivo.

Resolví entonces compartir mí preciada droga, cumpliendo la petición de la carismática mujer que se apoderaba de mis compulsiones para hacerlas desaparecer, pero no iba a hacerlo fácil: ese sería mi primer retrato desde que abandoné el arte —y el a mí—, y tenía que ser especial. Me decidí a pintar a la Nino que mi cabeza recordaba, o idealizaba, daba igual. Mi intención era que ella lograra sentir lo mismo que yo cada vez que la miraba y, solo podría lograrlo si no la veía hasta que estuviera lista.

Esa misma noche comencé. El problema es que a medida que avanzaba, noté que me tomaría más tiempo del imaginado, considerando que llevaba años usando solo el negro y el gris en mis dibujos, y no, con ella no podía. Nino era toda rosa, verde, naranja, violeta... tanto, que perdí la cuenta de las telas desechadas antes de encontrar el dibujo perfecto y los colores exactos. Así mismo, durante todo el tiempo que tarde en pintarla, prohibí la entrada a mi habitación, por lo que nadie supo qué hacía allí dentro hasta que estuvo acabado. Fueron casi tres semanas de trabajo hasta poder dar con el resultado que deseaba. Tal vez habría podido tardar menos, pero Nino por alguna extraña razón comenzó a inquietarse, generando que ya mi ansiedad normal se disparara.

A dos semanas de su petición, ella me envió un extraño mensaje en donde suponía que la odiaba. Intenté explicarle, pero su visita al día siguiente me dejó con la sensación de que ni ella ni yo nos estábamos entendiendo. Esa tarde a través de mi puerta la escuché hablar cosas que no logré comprender del todo, puesto que jamás había dicho o insinuado que su maravillosa presencia me molestara. Solo para poder terminar mi labor la dejé ir, aun cuando deseaba verla, estar con ella y oírla reír. Sin embargo, era incapaz de romper mi propia promesa, por lo que, confiado en que probablemente solo necesitaría unos días para sorprenderla con la pintura, la observé alejarse a través de la ventana, aunque esa vez, Nino no volteó para observarme.

La tarde en que terminé de pintar, recurrí a la única persona que podía apoyarme para llevar el retrato donde su nueva dueña. Mamá entró y, antes de que pudiera decir cualquier cosa, comenzó a llorar, emocionada. Claro, era comprensible, pues hacía casi seis años que yo, su hijo mayor, no salía de casa en forma voluntaria. Fue difícil, pero el deseo de hacer feliz a Nino y de salir victorioso de ese desafío autoimpuesto me dio el valor necesario (y las toneladas de desinfectante que mamá vació en el auto).

Seguimos las indicaciones de Tomás al pie de la letra, y al llegar al edificio, una oleada de temblores me invadió. No sé cuánto tarde en salir del auto, pero lo hice. Con guantes y cargando el cuadro entré en la recepción donde no había conserje ni un ascensor en buen estado, lo que en el fondo era un alivio. Subí temblando de pies a cabeza por la escalera y con la precaución de no tocar nada en el camino. El departamento 52 estaba al final del pasillo, y por supuesto, sin nadie en él. Ella era tan sociable, tan alegre, que de seguro estaría fuera con sus amigos. Después de todo ¿qué joven, a excepción del espécimen que yo representaba, está en su casa un viernes por la tarde?

Una vez en la puerta de su departamento, respiré profundo a través del pañuelo que cubría mi nariz. Había pasado un largo tiempo sin ir a lugares que no conocía y, ese gran paso me hizo sentir capaz de cualquier cosa. Cualquiera, excepto llamar a Nino y avisarle de mi presencia.

Dejé el cuadro, y me fui.

Mamá me esperaba a dos cuadras, en el único lugar donde había conseguido estacionar. No sé por qué, pero caminé despacio, tal vez con la intención de tentar a la suerte y permitir que la vida me sorprendiera y me cruzara con ella, algo que por desgracia, no ocurrió. Desanimado di con mi madre, y segundos antes de subir al auto, oí el teléfono, y luego su dulce voz emocionada, diciéndome que la esperara y que no me moviera de aquel lugar. Mamá no entendió porque me detenía. Me voltee, creo que avancé un par de pasos y la vi frente a mí, agitada y con los ojos cubiertos de lágrimas. Deseé hablarle, explicarle la demora, que había pasado tiempo sin pintar, que quería usar solo su recuerdo, pero antes de que pudiera decir una palabra, ella estaba abrazándome con fuerza.

Una persona real estaba rodeándome con sus brazos, y era ella. Y no estaba temblando, al contrario, mi cuerpo la recibió de forma automática, como si hubiese estado esperando por ella toda la vida. No sé cuánto duró, pero sentí que fueron años los que estuve pegado a Nino. Solo en el minuto en que recordé que la realidad era que me soltaría en poco tiempo, comencé a temblar. Fue ahí que sentí sus sollozos, pero no fui capaz de descifrar qué le provocaba tanta pena. Quizás supuso que era la responsable de los temblores que comenzaban a crecer en mis manos y por eso se apresuró a soltarme, no lo sabía, pero no quería separarme de ella. No solo era el ansiado contacto físico que cualquier persona necesita para sobrevivir. Eran sus manos, su olor, la humedad de sus lágrimas en mi pecho: toda una persona, completa, viva, sintiendo y viviendo mientras se abrazaba a mí. No podía terminarlo. Desesperado por mantenerme junto a ella, la abracé, y por alguna razón deseé comenzar a llorar. De pronto me invadían todas las emociones existentes, sentía al mismo tiempo amor, pánico, alegría, tristeza, rabia. Veinticinco años de vida se abalanzaban como locos por mi cuerpo, evitando que las órdenes de mi cerebro primaran sobre la fascinación de volver a vivir. No importaba el hecho de que en su ropa estaban los gérmenes de innumerables personas, ni que su cabello acumulaba la contaminación de la

ciudad, ni que sus manos podrían estar sucias. Aquella tarde, mi cuerpo quiso correr el riesgo.

Pero ese momento eterno llegó a su fin cuando Nino, suavemente, se liberó de mi abrazo para mirarme y sonreír, al mismo tiempo que secaba sus lágrimas.

—¿Quieres venir a mi casa? Puedes ayudarme a buscar un lugar para el cuadro. No te tocaré —dijo para que me sintiera tranquilo.

Aunque en el fondo, deseaba que lo hiciera. Que me tocara mil veces más, hasta que no existiera nada más que la abrumadora sensación de su corazón latiendo junto al mío.

—Vamos —acepté, casi por inercia, absorto aún en la emoción del momento.

Por primera vez, desde que había dejado la universidad hacía seis años, entré a una casa que no era la mía, dejando partir sin mí a mi aterrada madre.

—Toma tus documentos, llámame si me necesitas, yo te vengo a buscar de inmediato. Ah, te dejo mi Visa, úsala solo si es urgente. ¿Estarás bien? ¿Seguro? Ok, nos vemos. Nino por favor, cuida de él —suplicó antes de retirarse. Aunque estoy seguro que deseaba que Nino la invitara a ella también.

Estaba nervioso, pero pensé que ese momento iba a ser mucho peor. Por fortuna, la compañía de Nino me daba la tranquilidad que necesitaba. Junto a ella avanzaba más rápido que con los cientos de sicólogos y psiquiatras que había conocido en toda mi vida.

Subí a su hogar llevando el cuadro de Nino en brazos, ella abrió la puerta despacio y antes de que pudieran entrar, comenzó a disculparse.

—Está un poco desordenado, lo siento. Ya sabes, es que como vivo sola —murmuró con una sonrisa casi diabólica. Tan solo mencionó el desorden y comencé a sentir el espanto de la incertidumbre. Aunque lo peor vino después, cuando di un paso dentro de su hogar.

Me quedé de pie horrorizado ante lo que veía.

—Nino, yo... lo siento, pero...

¡Dios Santo! ¡Eso no era solo desorden! ¡Ella jamás ha limpiado ese

maldito lugar! ¡No sólo yo, cualquier persona cuerda se habría puesto histérico en un lugar así! Estaba a punto de perder la cordura. Habíamos llegado tan lejos que no quería echarlo a perder. Entonces habló mi TOC por primera vez y Nino me observó preocupada mientras un brillo malicioso aparecía en mis ojos.

—Tengo que ordenarlo —dije entonces, como si aquello fuera el mayor desafío a enfrentar en mi vida—. Dame un delantal, un pañuelo para el pelo, una mascarilla, si no tienes, otro pañuelo. Ah, limpios, por favor. Escoba, bolsas de basura, también necesito cloro...

—¿En qué ayudo yo? —preguntó ella con cara de estar disfrutándolo.

—Solo dime dónde guardar todo y lava la loza —ordené.

De pie en el centro de ese descuidado hogar, observé el panorama cual guerrero a punto de librar su peor batalla. Ese pequeño departamento estaba convertido en un asqueroso basural. Sobre el lavabo, un cerro de loza sucia, potes de helado, envoltorios de dulces, papeles en el suelo, el baño mojado, la ropa sobre el piso, bajo su cama... ¿Bajo su cama? Ruborizado noté la diminuta ropa interior anaranjada que yacía olvidada bajo ella. Lo único que pensaba, era que si no moría ahí por una crisis, era porque estaba curado. Lo primero que hice fue asear el baño, seguí con su dormitorio para terminar con la cocina. Exhausto, una vez terminada mi labor, me acerqué a Nino que me observaba con ternura.

—Ya está listo. Necesito ducharme rápido, ¿podrías prestarme algo para ponerme, por favor? —supliqué, y acto seguido, Nino estalló en carcajadas.

Lloraba de risa mientras la observaba sin entender el motivo. Más tarde, asumiría que se trataba de su ropa. ¿Será que Nino me imaginó vistiendo el vestido de lunares? Yo, que era un tanto más alto que ella —una joven toda rosa, verde, naranja, violeta—, estaba de pie, rechinando de limpio en ese departamento que brillaba luego de aquel operativo sanitario, con un buzo fucsia que no me llegaba hasta los puños y mucho menos hasta los tobillos. Nino seguía riendo a carcajadas.

—Será mejor que pares o la próxima vez te pinto con bigotes —la regañé ruborizado.

—Mientras haya una próxima, puedes pintarme como quieras —respondió ella sonriente.

Ella solo lograba avergonzarme más. ¿Cómo podía hablar así sin siquiera ponerse nerviosa? Nino era una descarada y eso me encantaba. Me senté frente a ella y antes de que el silencio se hiciera presente, Nino habló:

—¿Quieres comer algo? —preguntó, dejando otro de mis problemas en evidencia. La alimentación era otro incómodo tema. Muy, muy incómodo para mí.

—¿Qué tienes? —dije tratando de sonar cortés.

—Lo típico: algunas sopas de fideos, un poco de yogurt, helado, pan, queso, flan... ¿Te gusta el flan? Ah, y un poco de pizza de ayer, ¿quieres? —Nino se veía tan emocionada, que consideré que aquel no era el momento adecuado para hablar sobre químicos, transgénicos y esas cosas.

—Gracias Nino, pero solo consumo algunos alimentos.

—¿Eres alérgico a algo?

—No es que sea alérgico, es que nadie en su sano juicio debería comer sopas de fideos.

—Pero yo como todos los días —respondió ella.

Y entonces fui yo quien comenzó a reír. Descuidada y sin preocupaciones, así era Nino. Tan extraordinaria y tan distinta a mí.

—Nino, yo consumo solo alimentos con certificación orgánica. Además soy vegano.

—¿En serio? ¿Y pan? Tengo pan. Es de campo. Mi mamá me envía pan todas las semanas.

—Lo siento, en serio, pero solo como si están hechos con harinas o cereales integrales. No como ningún producto refinado.

—¿En serio? ¿Y qué comes?

—Fruta, vegetales y algunos alimentos especiales.

—¡Entonces está solucionado! Aquí cerca hay unos hippies que tienen una tienda y venden muchas cosas raras que de seguro te encantarán ¡Vamos antes de

que llegue tu mamá! —gritó entusiasmada.

Agradecí su preocupación, pero debía ir de a poco. Salir de compras era algo que era muy difícil para mí, y es que si hay algo sucio en este mundo, es el dinero. Pero Nino era astuta, más si se trataba de mantenerme tranquilo.

—Mejor espérame aquí, iré yo. Repíteme que alimentos consumes.

—Certificación orgánica, integrales, nada procesado.

Nino salió de allí repitiendo en voz alta como una niña "*certificación orgánica, integrales, nada procesado. Certificación orgánica, integrales, nada procesado*".

Mientras la esperaba, busqué un lugar para el cuadro y recorrí su diminuto espacio, hasta que di con el sitio perfecto: su escritorio. Así, cada vez que se abrumara con sus estudios, podría descansar en su mirada tal como yo lo hacía. Impresionado por todo lo vivido, contemplé la habitación de Nino. Estaba ahí con tanta confianza, orgulloso de mi mismo y deseando que aquel día fuera eterno.

Minutos más tarde, Nino volvió, aunque un poco triste, con un chocolate pequeño y una leche de almendras en sus manos.

—Lo siento Manu, no sabía que comprar. Habían muchas cosas que no conocía y todos eran tan rubios —dijo decepcionada.

Comenzó a reír. Ella me hacía bien.

Comimos juntos, frente a frente. Nino me regalaba a momentos tiernas miradas y hermosas sonrisas. Me prometió que me visitaría ese domingo, ya que aún tenía mucho que estudiar.

Esa noche volví a casa contando cada segundo hasta ese día.

Ella me hacía bien.

Paso 7

Nino

No es que Manu no me gustara lo suficiente, sino que tan solo no había notado por completo lo mucho que lo hacía, hasta ese domingo en que lo visité, cuando sentí la flecha traviesa de cupido clavarse en mi corazón, en forma lenta y dolorosa, para que no lo olvidara jamás.

Como acostumbraba, me presenté en su casa para la hora del té. Lo normal, siempre era que Tomás o su madre me hicieran pasar directo a la cocina donde se encontraba el comedor diario, y que Manu bajara al escucharme llegar para sentarse con rapidez en su lugar de la mesa, junto a la ventana que daba hacia el patio y muy cerca de mí. Pero esa tarde, Claudia abrió la puerta con un entusiasmo para nada característico en ella. Me saludó con un sincero abrazo y me hizo un gesto de silencio con sus manos para llevarme a hurtadillas hasta el patio de su casa, donde se encontraba una habitación de madera con enormes ventanas. Muy despacio hizo que me acercara hasta ahí, mientras me explicaba que aquello era el taller de Manu, el que se mantenía cerrado hacía ya varios años. Esa tarde, la puerta estaba entreabierta, y por aquel pequeño espacio asomé mi cabeza para observar el mágico lugar en donde alguna vez creó sus hermosos cuadros, y lo encontré, bañado por la luz del sol que entraba desde las amplias ventanas dispuestas en las cuatro paredes que lo conformaban. Una vez más, no lograba descifrar si todo a su alrededor era magia, o yo en mi más profunda admiración por él creando maravillas con su imagen. Allí, luego de años de abandono, de pie y brillando entre todo ese desorden que no calzaba con él, estaba Manu, con ropa deportiva y un pañuelo de flores de colores sobre su cabeza, que seguro era de su madre. No podía ser real, pensé, mientras recorría la elegancia que transmitía mirando el lienzo en blanco, jugando con sus manos

llenas de pintura.

Me emocioné casi tanto como Claudia al verlo, a tal punto, que tuve que cubrir mi boca y esconderme para no chillar de alegría. Pero quería volver a verlo, necesitaba hacerlo y grabarme para siempre ese recuerdo. Hice un último intento por controlarme y me asomé una vez más, incapaz de hablar y embobada por la perfección de la escena. Fue tanto mi embelesamiento, que Claudia comenzó a reír sin poder controlar la dicha que le provocaba el ver a su hijo como un joven normal. La risa de esa madre feliz sacó a Manu de su abstracción, quien se acercó radiante hasta la puerta.

—¡Viniste! —me dijo, enseñando sus perfectos dientes en una amplia sonrisa capaz de enamorar a cualquiera.

—Por supuesto, no puedes fallarle a un obsesivo compulsivo, ¿no es así?

Manu se notaba alegre y sus ojos parecían reír con él. Entusiasmado, me invitó pasear por ese paraíso privado, en donde sus sentimientos fluían para plasmarse en una tela. Manu caminaba delante de mí, sin dejar de hablar y, debo decir que disfruté como nunca la belleza de esa delgada espalda y la seductora perfección de su cuello; pero además, aquella fue la primera vez que escuché la voz de Manu hablar de forma tan segura y apasionada sobre algo. Envuelta en la fascinación de aquel íntimo momento, noté que sus manos todavía estaban cubiertas de pintura. Ese chico no paraba de sorprenderme.

—¿Qué hay con eso? —pregunté, indicándole los restos de pintura que teñían sus dedos. Manu observó sus manos y sonrió—. Están sucias, muy, muy sucias —recalqué.

—No lo sé —respondió él, sin borrar la sonrisa de su rostro—. Nunca me ha molestado si están cubiertas de pintura. Tal vez por eso puedo pintar, o quizás porque me gusta demasiado mi cuerpo solo lo acepta —dijo, en lo que supuse, era un tierno intento de coqueteo.

Intento o no, no iba a pensarlo dos veces, así es que con rapidez metí mi mano en un tarro de pintura mientras él aún hablaba de dibujos, técnicas y cosas de las que realmente no entendía mucho. Manu avanzaba a pasos largos y

distraídos, por lo que mi mano traviesa acariciando la suya lo sorprendió de sobremanera. Yo estaba preparada mental y físicamente para soltarlo en el minuto en que lo notara incómodo, pero no fue necesario. Manu se detuvo, se quedó en silencio, miró sus manos y sonrió. De forma tierna jugó con sus dedos entre los míos por unos segundos, con la mirada fija en lo que era su primera vez acariciando las manos de una mujer. De pronto, el nerviosismo se apoderó de él, volteó su dirección y me invitó cordialmente a salir de allí, sin mirarme, pero aún con más amabilidad de la que ya lo caracterizaba. Era el mejor momento para intentar sobrepasarme.

—Manu ¿te gustaría ir conmigo a algún lugar un día de éstos? Hay una hermosa playa cerca de aquí, no va mucha gente y podríamos estar tranquilos ¿qué dices? —pregunté.

Él se limitó a mirarme y, sin volver a hablar, continuó su camino para entrar en silencio a su casa. Se bañó, cambió su ropa y bajó para cenar, manteniéndose casi inmóvil por el resto de la tarde. Me resultaba increíble que tras esa tierna intimidad que acabábamos de alcanzar, Manu volviera a ser intocable una vez más. Pero debía acostumbrarme, pues ese tipo de situaciones de seguro eran del todo normales junto a él. Por ahora, el solo hecho de tocar su piel a través de la pintura me había hecho feliz, por lo que disfruté su taciturna compañía sin reproches. Cuando anuncié mi despedida, fue Manu quien se ofreció para acompañarme hasta la puerta. Tomás, Claudia y yo nos miramos asombrados. ¿Podía este día tener todavía más sorpresas?

De pie en el umbral, mirándome nervioso por algunos centímetros sobre mí, Manu repitió mis palabras para hacerlas suyas:

—Conozco una hermosa playa cerca de aquí, no va mucha gente ¿Te gustaría ir? —su voz tembló un poco y su mirada no se fijó en mis ojos hasta que me escuchó aceptar.

¿Cómo podría decir que no, si iría feliz con él a cualquier parte?

Manu sonrió como un niño, casi como si deseara agradecerme por aceptar una cita con él. Quise saltar y abrazarlo, pero me contuve, limitándome a rozar

con delicadeza una de sus manos.

—¿Te espero el sábado? —preguntó él para confirmar.

—¡Perfecto! Estaré aquí *cómo* a las 4 —respondí.

No comprendí en aquel momento la razón, pero Manu me miró confundido y cerró.

Esa tarde volví a casa siendo feliz. Y así me mantuve, hasta el día en que lo volvería a ver.

El momento de nuestra cita llegó y me preparé como nunca. Si bien jamás me sentí perfecta o única, supe, mientras anudaba mi cabello frente al espejo, que estaba hermosa. En ese minuto, asumí que de alguna forma amaba a Manu, y que si él no me volviera tan loca como lo hacía, de seguro me habría enamorado de mi misma. De tanto arreglarme, salí algo retrasada, y eso, sumado a al lento tráfico acostumbrado cada vez que alguien va con prisa, me hizo llegar a casa de Manu casi a las cinco de la tarde.

Bajé del autobús corriendo nerviosa, segura de que mi galán estaba odiándome por completo. Fue Claudia quien me abrió, con rostro sonriente y tranquilo. Eso era otro aspecto que cambió en los días en que Manu y yo nos comenzamos a acercar: Claudia se veía algo más relajada, incluso bajo la evidente preocupación que le provocaba ver adentrarse a su hijo en un mundo que él desconocía, y para el que según ella, no estaba preparado. Aun así, lo disimulaba y me recibía con total amabilidad. Esa tarde me hizo pasar mientras me comentaba lo alegre —y nervioso— que se veía Manu con nuestra cita. Me recomendó una vez más ser paciente, protegerlo, y bajo ninguna circunstancia, orillarlo a alguna situación que no le resultara segura. Tras el dulce sermón — que me hacía parecer una mujer saliendo con un niño de diez años—, me llevó hasta la puerta de salida hacia el patio trasero, me dio un fuerte abrazo y sonrió.

—Está en su taller —me dijo, sugiriéndome que fuera en su búsqueda.

Tras ello, desapareció en la casa. Fue agradable sentir que la confianza en mí aumentaba, por lo que me acerqué al taller con una sonrisa de entusiasmo

difícil de ocultar. Intenté abrir, golpeé la puerta en reiteradas ocasiones, lo llamé, incluso rodee el taller para encontrarme con todas sus ventanas cerradas.

—Manu, ¿estás aquí? ¡Ya llegué! —grité una última vez para asegurarme de que no estuviera allí.

La única alternativa, era que se encontrara en su habitación. Con toda calma volví sobre mis pasos y entré en la cocina, pues de seguro, ni Tomás ni Claudia habían notado que Manu ya no se encontraba en su taller. Yo, ingenua, no le di importancia a la situación y me acerque para avisarles, pensando que en minutos me reuniría con él. Ambos estaban sentados todavía junto a la mesa, disfrutando una taza de té, como la buena familia que eran.

—Claudia, Manu no estaba en el taller, estaba cerrado, yo...

Ni siquiera alcance a terminar cuando madre e hijo se abalanzaron sobre la escalera para bajar corriendo hacia el patio sin darme explicación alguna. Me quedé helada tratando de no hacer que mi imaginación volara, porque lo único seguro, era que algo malo estaba a punto de ocurrir. Los seguí aterrada, tratando de alargar el espacio que me separaba de los gritos desesperados de ambos.

—¡Manu, abre! —gritaban histéricos.

Claudia golpeaba la puerta y no dejaba de pedirle que saliera de allí. Tomás, por su lado, forcejeaba la puerta con desespero. Me quedé de pie tras ellos, hasta que lograron entrar. La puerta quedó tumbada frente a mí, sin embargo, fui incapaz de mirar. Creo que nunca en mi vida pasé tanto miedo como aquella tarde, en la que los sollozos se mezclaban con suplicas de calma, intentos frustrados por mantener la respiración, y golpes furiosos sobre una mesa. Tenía miedo de la escena que se desarrollaba ahí dentro, tenía miedo de imaginar la situación en la que me podía ver involucrada, pero sobre todo, tenía miedo de Manu.

—Está bien mamá, cálmate un poco —escuché decir finalmente a Tomás.

Solo ahí fui capaz de acercarme y observar con asombro una faceta de Manu desconocida para mí. Su verdadero rostro, tal vez.

—Hijo, vamos arriba, cálmate —murmuraba su madre, todavía con el

rostro cubierto de lágrimas.

Manu estaba sentado en una silla, afirmando sus brazos en una mesa en la que habían sido derramadas sus pinturas, y que habían teñido su ropa y su piel. A su lado, su madre luchaba con ella misma tratando de controlar el deseo de acariciar a su hijo para que se calmara. Pero Manu no reaccionaba ni se quería levantar. Impresionada miré a mí alrededor: ya no quedaban cuadros en sus atriles, todo estaba en el suelo, manchado, roto, desordenado. Con mucho cuidado me acerqué a él, pero Tomás me impidió tocarlo.

—Manu, ¿qué pasó? ¿estás bien? —pregunté de rodillas, tratando de ser dulce y respetuosa con lo que acaba de ocurrir.

Por supuesto, Manu no me miró, y de alguna forma se refugió en su madre y cubrió su rostro con sus manos temblorosas mientras repetía que me alejara:

—Vete Nino, no me mires, no me mires, no me mires, no me mires, no me mires...

Sentí como las lágrimas invadían mis ojos, por verlo así, y por ser incapaz de ayudar. Tomás, al verme y sin una gota de cortesía, me sacó de ahí y me dejó en la calle.

—Te avisaremos cuando esté mejor. Ahora vete, por favor —murmuró.

Sin embargo, esa despedida sonó casi como una advertencia.

Aquel día comprendí que no importaba cuanto me acercara a él, pues jamás tendría derecho a acompañarlo. En esa familia, Manu era el centro de la atención, y yo, por desgracia, una amenaza constante a su rutina y su equilibrio.

La única verdad dicha aquella tarde, fue que no era nadie para saber qué ocurría. Que no tendría explicaciones jamás, porque claro, no es que alguna vez fuera a ser su novia o algo.

Tal vez, Manu realmente no estaba preparado para el mundo. O peor aún, su familia no estaba preparada para que Manu viera el mundo. Y lo que es incluso más terrible, es que era muy probable que yo no estuviera preparada para Manu.

Esa tarde no hubo cita, no hubo despedidas en la puerta, ni sonrisas tímidas, ni conversaciones vacías. Solo fui yo, deshecha, volviendo a casa. Yo, sin saber

de Manu, sin saber cómo estaba, sin saber si era siquiera la responsable, o si así eran todos sus días.

Ese día, definitivamente, no fui feliz.

Paso 8

Manu

En el momento exacto en que escuché la risa cómplice de mi madre, adiviné que Nino estaba ahí, junto a ella. Ya estaba feliz, pero verla lo superaba todo. Con rapidez me encaminé hasta la puerta, deseoso de sentir el alivio que me provocaba cada vez que miraba sus ojos. Estaba hermosa, como siempre, con un sweater de tres colores y su pelo cogido con una cinta de lunares. No parecía una mujer adulta vestida así, o tal vez yo era solo un aburrido pasado de moda. Al menos, esa terrible falta de estilo que me faltaba —mientras a ella le sobraba— no se sentía como un obstáculo. Aunque de seguro yo, todo sucio y con ese ridículo pañuelo en la cabeza, me encontraba muy lejos de combinar con ella. Aun así, me saludó con la misma alegría a la que ya me estaba acostumbrando.

Entusiasmado con su presencia la hice pasar de inmediato al taller para compartir con ella mi inspiración, y de alguna forma, agradecerle por impulsarme a pintar una vez más. Caminé delante de Nino enseñándole mis materiales y algunos bosquejos que esperaban ansiosos el color, mientras, de reojo, la observaba sonreír con cada una de las explicaciones que le daba. Seguí hablando hasta que ella notó mis manos sucias y, sin saber qué la impulsó a hacerlo, metió una de sus manos en el tarro de pintura y cogió la mía. Pensé que mi corazón se detenía, pero una vez más acepté correr el riesgo, y es que sentir sus dedos escurridizos entre los míos fue asombroso. Demasiado. Tanto, que deseé extender el tiempo para grabarme su calidez y la seguridad con que su piel se teñía de un azul brillante que hacía juego con sus zapatos. Estaba maravillado. Cada sensación al lado de Nino era desconocida para mí, y realmente me estaba

costando trabajo controlarme.

Incapaz de mirarla, feliz y asustado por lo que mi cuerpo entero comenzaba a sentir, escapé. Hui porque temía que Nino notara mi debilidad ante ella, o que en un movimiento descuidado le confesara que su presencia se había vuelto adictiva para mí. Hui porque temía que mis manos se descontrolaran y desearan acariciar su cuerpo por completo. Hui porque sentí otra vez el deseo de tenerla todavía más cerca, y porque sabía que me era imposible, y porque estaba huyendo cada vez más seguido de ella.

Nino avanzó tras de mí sin darle mucha importancia a lo ocurrido, y a pasos de entrar a casa, cuando mis manos comenzaban a temblar, escuché su delicada voz:

—Manu ¿te gustaría ir conmigo a algún lugar un día de éstos? Hay una hermosa playa cerca de aquí, no va mucha gente ¿qué dices? —dijo ella, con su sonrisa inquebrantable.

Nino no tenía muros conmigo, de seguro no los tenía con nadie. Me trataba como si fuéramos iguales, y no se cansaba de intentar que respondiera como cualquier otro hombre. Sumado al miedo que ya sentía, me invadió la vergüenza, sobre todo porque fuera ella la que propusiera una cita y no yo. Todos sabemos cómo funciona esto, yo era el hombre ahí, yo debía haberlo dicho. Solo la miré, y volví a huir.

Mientras ella hablaba animada con mi madre y mi hermano, aproveché de tomar un baño para, además de limpiarme, hacer que la tensión que sentía bajara un poco, aunque he de reconocer que bajo la ducha fría todavía podía sentir mi cuerpo arder. Nino y su invitación ocupaban todos mis pensamientos y eso me aterraba. Y es que no éramos nada más que dos personas conociéndose, y en lugar de disfrutarlo, solo podía imaginar el momento en que ella se cansara de todo aquello ¿Qué haría el día en que Nino decidiera continuar su vida sin mí? Ya que, en términos objetivos, yo no era nadie para ella. Al menos Tomás era su

compañero, o tal vez más que eso, ¿pero yo? Yo ni siquiera podía contestarle sin parecer un idiota. ¡Si ni salía de casa! Traté de respirar para formular una respuesta a su invitación que sonara lógica, pero la angustia se esparcía y no lograba pensar con claridad. ¿Iba a ser capaz de salir, de estar en un lugar abierto, en una playa? Tal vez. Sí, era probable si estaba junto a ella.

Todo estaría bien. Iba a aceptar.

Con mi respuesta clara, bajé para tomar el té, sentándome a su lado como correspondía. Seguía sintiéndome ansioso y cada minuto a su lado se convertía en una especie de tortura deliciosa. ¿Podía sentirme aterrado y feliz al mismo tiempo? Vaya que sí. Sentado junto a la mesa, casi puedo asegurar que mi voz no sonó en absoluto mientras comíamos algo, por ello, cuando Nino decidió irse, mamá y Tomás me miraron sorprendido, pues de la nada ofrecí acompañarla hasta la puerta. Juró que iba a responder de forma coherente. Pero lo que salió de mi boca fue su misma pregunta.

Nino, fantástica como era, en vez de reír o burlarse por mi estupidez, entendió mejor que yo que lo que pretendía hacer mi subconsciente, era haber demostrado que tenía ganas de haberla invitado primero, porque era yo quien necesitaba de ella y no al revés.

—¡Perfecto! Estaré *cómo* a las cuatro —dijo ella, sonriendo.

Y me bloqueó.

¿*Cómo* a las cuatro?

¿Qué quiso decir con eso?

¿Qué significa *cómo*?

¿Es a las cuatro?

¿O antes?

¿O después?

Intenté no preocuparme, confiado en que Nino sabría que conmigo no existe término medio: las cuatro son las cuatro.

Ella lo sabe, me repetí mientras cerraba la puerta y la veía alejarse.

Fue muy difícil para mí comprender que no era así. Que Nino aún no entendía del todo como funcionaba mi mente, y que tal vez jamás lo entendería, menos si todavía no era capaz de hablarle con honestidad.

Ese domingo me preocupé de arreglarme para verme algo más... ¿apuesto? Es vergonzoso asumirlo, pero sí, quería que me mirara, que pensara que con mucho esfuerzo podía intentar lucir casi tan genial como ella. Me duche tres veces, hice mis ejercicios de relajación, la pinté, la pensé, la soñé. Media hora antes de la hora acordada, ya estaba listo para verla, y como sabía que me pondría nervioso, fui hasta mi taller, que volvía a ser el mejor lugar para relajarme.

Si bien sabía que Nino no llegaría antes, la angustia se apoderó de mí desde el minuto en que cerré la puerta de mi estudio.

Eran las tres con cuarenta y cinco, y Nino no llegaba. *No está del todo mal, pues todavía no son las cuatro*, pensé, comenzando a retratarla sobre la mesa.

Dieron las tres con cincuenta, y ella todavía no estaba a mi lado. *Todavía no está del todo mal, pues aún no dan las cuatro*, repetí, poniéndome de pie para caminar un poco.

A las tres con cincuenta y cinco, Nino todavía no aparecía. Volví a sentarme, a respirar, y a imaginarla. Tenía que mantener la calma, pues aún no eran las cuatro.

A las cuatro en punto miré la puerta, y Nino no estaba ahí. Me quedé frente a ella, inmóvil, con la respiración agitada, esperando a que atravesara en cualquier momento el umbral y me saludara con esa bella sonrisa.

Pasé diez minutos mirando con atención, pero ella no aparecía. Miré el reloj de la pared, ya eran las cuatro con diez minutos cuando comencé a temblar. ¿Y si le había pasado algo? Abrí un tarro de pintura y garabateé con su nombre la primera tela que se cruzó conmigo.

A las cuatro con veinte minutos, arrojé la pintura a la misma tela. Mi cuerpo sudaba y mis manos no eran capaces de sostener un pincel.

Y en el momento en que dieron las cuatro con treinta minutos, me desplomé. Mi mente me traicionó repitiéndome que todo había llegado a su fin: "Ella ya se cansó de mí, ella me olvidó, ella tuvo un accidente, murió, se perdió, ella me odia, ella encontró a otro que no está contando los minutos, ella ya no me quiere, ella nunca me quiso, nunca seremos algo, nunca seremos amigos, ella ya no estará más".

Uno a uno cayeron a mi paso los atriles, las telas, las pinturas. Cerré las cortinas, cerré la puerta, y todo rastro de calma fue olvidada. La odiaba por hacerme eso y me odiaba por hacerme eso. Sé que caí, que destruí todo, que me hice daño golpeando la mesa y quebrando el reloj por hacer que me volviera loco de angustia, y que una vez más, provoqué que en casa todo girara en torno a mí.

Luego de brindar mi propio espectáculo y hacer que mi familia entrara en pánico, tomé un tranquilizante que me obligó a dormir, pero no a olvidar, pues cuando desperté, a diferencia de otras veces, recordaba todo lo ocurrido. La voz de Nino pidiéndome que le abriera, luego preguntándome cómo estaba, y mi fría respuesta exigiéndole que se fuera. Lo había estropeado yo, no ella, y todos lo teníamos muy claro.

Me incorporé de la cama pasada la media noche y desperté a mi madre que dormía a mi lado. No fue sencillo convencerla de que estaba bien, pero al menos logré que me dejara solo. En la oscuridad de mi habitación, comencé a idear la forma de disculparme con Nino por mi terrible reacción, pero el pavor de perderla inutilizaba mi cerebro. Mi respiración volvió a acelerarse y mis

pensamientos se nublaron más aún. Pero ya había decidido calmarme. Nino no me había fallado, tan solo había sufrido un retraso, por lo que todo dependía de mí y de mi capacidad de autocontrol. Me senté una vez más, conté hasta diez, respiré profundo y me concentré en ella. Así fue que di con la más obvia reacción y busqué mi celular: tenía que disculparme, y cuanto antes lo hiciera, mejor.

Primero la llamé impaciente, pero ella jamás contestó. Luego comencé escribir un mensaje tras otro, aunque los últimos solo eran desesperados intentos por recuperarla: *Nino, perdóname. Perdóname, perdóname, perdóname*, tecleé un día entero hasta perder la cuenta de los mensajes que envié, aunque por desgracia, jamás hubo respuesta alguna. El segundo día, al borde del colapso, escribí una última vez para rogarle que no me abandonara, que se quedara a mi lado, que fuera un poco más paciente, que lo sentía de todo corazón. Aguardé algunas horas y me di por vencido. ¿Qué más podía hacer? Nino tenía derecho a apartarse, más aún tras una escena como la acontecida. ¿Pues qué mujer se aventuraría a relacionarse con un hombre que por un simple retraso entraba en pánico? Ninguna. Yo la había asustado, estaba claro. Y sabía que el vacío que comenzaba a sentir, pronto se apoderaría por completo de mi cordura, o lo poco que quedaba de ella.

Pero no deseaba volver a caer. Quería sentir que los pasos que había avanzado no eran en vano. Que conocer a Nino, pintarla, sentirla y desearla no era una pérdida de tiempo. Valientemente, me aparté de mi escritorio, mucho más tranquilo de lo que podría haber imaginado, y caminé hasta el taller donde esperaba a que esos pequeños días felices se destruyeran, aun cuando conservaría el último retrato de Nino que estaba decidido a pintar.

Abrí la puerta deseando no haber estropeado todo lo que allí tenía, consciente de que aunque el final no era el que esperaba, había sido más que afortunado de conocerla. Ver mi estudio convertido en un verdadero caos fue igual de triste, pero tenía que lograrlo. Poco a poco comencé a levantar mis

materiales para llevarlos a su lugar, hasta que de rodillas limpiando el piso, encontré el teléfono de Nino. No pensé en nada, solo vi los 99+ mensajes que indicaba la pantalla y salí de allí, tal cual estaba, pues si mis mensajes no habían llegado, mi disculpa tampoco lo había hecho.

De la mesa de la cocina saqué un billete y lo metí al bolsillo, ignorando los gérmenes y las cientos de enfermedades que estaba a punto de contagiarme. Sin avisar a nadie corrí hasta la parada del autobús, y antes de subir, noté que no llevaba guantes. Un sudor frío recorrió mi espalda antes de hacer lo más valiente que he hecho en mi vida: tomé el pasamano, subí, y pagué a un desconocido. Ni siquiera tomé el cambio para sentarme mientras intentaba controlar las náuseas que sentía. Hacía más de seis años que no pisaba la locomoción colectiva, desde el día en que abandoné la escuela de Arte de la misma universidad en que Nino estudiaba. La verdad, no tenía idea alguna de si habían cambiado los recorridos o las paradas. Fue una verdadera odisea.

Aterrado recorrí los veinticinco minutos que tardé en salir de mi barrio, atravesar el río Bío Bío, y dar con una calle cercana a la del edificio de Nino. Caminé disimulando al máximo mi angustia, solo pensando en lo urgente que era disculparme. Pero Nino, como era de esperarse, no estaba en casa.

No estaba, y yo acababa de atravesar la ciudad para verla.

No estaba, y la habría esperado feliz si hubiese nacido como un hombre normal.

Pero era yo. Yo y el temblor que se esparcía por todo mi cuerpo.

Cerré mis ojos con fuerza frente a la puerta de su departamento, y salí de ahí.

Si eso no era una mi mayor aventura, entonces nada lo sería.

Paso 9

Nino

No fue agradable volver a la universidad después de lo ocurrido con Manu. Casi no había dormido por la angustia de no saber nada sobre él. De hecho, si no hubiese tenido esa terrible semana de trabajos de seguro me habría quedado en casa, lamentándome por perder mi teléfono y no ser capaz de contactarme con Tomás para recibir noticias sobre su hermano. Sin embargo, no tenía alternativa. Recuerdo que estuve toda esa mañana construyendo ridículas maquetas en la facultad, sin apenas tomar un respiro y concentrada a fondo en que la réplica del London Bridge a base de spaghetti resistiera a mi profesor haciendo presión sobre él; cuando Andrés, uno de mis compañeros de sección, se asomó a la puerta.

—Nino, te están esperando en la cafetería —dijo él.

Lo primero que pensé fue que Tomás venía a buscarme para salir en busca de fiesta aún cuando recién era lunes, y aunque me moría de ganas de hablar con él para saber de Manu, me tomé el tiempo de asegurar el extremo final de mi hermoso y comestible puente. Pasados casi quince minutos salí de la sala, y solo ahí me llamó la atención que Tomás no hubiese pasado directamente, sobretodo porque él no se caracterizaba por ser un hombre cuidadoso. Jamás se me pasó por la mente que podría haberse tratado de Manu, hasta que de frente a mí me encontré su rostro pálido y ojeroso. Al verlo, atravesé corriendo el pequeño espacio que nos separaba, preocupada por la sorpresiva visita y el evidente estado de perturbación en el que se encontraba.

—¿Qué pasó Manu? ¿estás bien? ¿dónde está Claudia?

—Nino, hola, estoy bien, gracias, vine solo —respondió en forma

mecánica, tal vez tratando de ocultar lo alterado que se veía y controlando al máximo el temblor de sus manos—. Tu teléfono, lo dejaste en mi taller — balbuceó a la par que extendía su mano con mi celular.

Con extremo cuidado lo recibí, para no tocar sus manos. ¿Solo estaba ahí para eso? ¿y él solo? ¿cómo había llegado?

—¿Quieres ir a mi casa? —pregunté, comprobando el nerviosismo en los ojos de Manu—. Allí te puedes cambiar de ropa con tranquilidad. Estoy a punto de terminar, dame unos minutos y estoy lista.

—¿Cuántos minutos? —inquirió él en tono serio y urgente.

—Diez —contesté.

—Diez —repitió él.

Le sonreí para transmitirle algo de paz y voltee de prisa para limpiar mi espacio de trabajo y salir de ahí cuanto antes. Todavía era incapaz de creer que Manu había atravesado la ciudad para entregarme el teléfono. ¿Qué tan extraño se podía llegar a comportar? ¿era eso de verdad un grado de demencia, o solo su actitud infantil producto de una familia que le impedía madurar?

Segura de que había tardado menos de diez minutos, caminé hasta volver a encontrarlo. Manu estaba de pie junto a la entrada de la facultad, ensimismado en su reloj.

—¿Cómo estás? —quise saber cuándo estuve a su lado ella. Él suspiró aliviado y me sonrió.

—Ocho minutos y treinta y dos segundos. Creo que estoy bien —respondió.

Había contado cada maldito segundo. ¡Cuánta ternura me inspiraba ese hombre!

Casi sin hablar comenzamos a andar hasta mi departamento. No pregunté muchas cosas, pues él se veía demasiado estresado y no sabía cómo calmarlo en caso de que una escena como la del pasado sábado se repitiera. En el mismo sepulcral silencio subimos la escalera y una vez que entramos, Manu, a punto de enloquecer, me rogó que lo dejara tomar una ducha. Si bien había mantenido de forma excepcional el orden, él desinfectó el baño antes de usarlo. Podría

haberme ofendido, pero su exagerada manera de actuar me encantaba.

Mientras él realizaba su ritual de limpieza conecté mi celular, y lo primero que vi fueron sus cientos de llamadas perdidas y mensajes de disculpa. Lo poco que logré entender, era que se responsabilizaba de estar enfermo, de ser el mismo, y aunque me alegró leer la desesperación con que me pedía no abandonarlo, no dejaba de parecerme triste el que considerara una vergüenza ser como era.

Todavía leía sus mensajes cuando lo oí salir del baño con un aspecto muchísimo más relajado. De inmediato me acerqué a él para saber cómo se encontraba, pero su imagen provocó que mis palabras se esfumaran. Se veía hermoso esparciendo pequeñas gotitas de agua que caían de su cabello empapado y con esa tenida naranja que además lo hacía lucir ridículo. Manu caminó algo incómodo hasta el sofá más grande, por ende, supuse que era una invitación tácita a acompañarlo. Despacio me acerqué a él, aun cuando ninguno de los hablaba, pero decidida a terminar con ese silencio tan poco amigable.

—¿Ya te recuperaste? —pregunté por fin, tratando de sonar lo más suave que pudiese, aunque poco a poco comprendí que esa suavidad brotaba de mi alma solo con Manu.

—Oh, verás... eso es lo que espero —dijo él, pero volvió al silencio. Visiblemente nervioso juntó sus manos para jugar con ellas, y en el momento en que me preparaba para romper el mutismo que comenzaba a enloquecerme, Manu volvió a hablar—. Nino, yo... hace mucho tiempo que no salía. Muchísimo. De verdad deseaba ir contigo, no imaginas cuanto quería ver el mar contigo, pero soy malo esperando. Cada vez que algo así ocurre, mi cabeza imagina desde un pequeño evento hasta la más grave catástrofe, y yo... yo no soy capaz de controlarlo. Sé que es mi imaginación, teóricamente lo comprendo, pero en mi mente toda clase de desgracias ocurrieron, y no lo soporté. Nino, no resisto ver pasar los minutos y que no llegues —confesó.

Manu no me había mirado para hablar, pero aun así, terminó por enamorarme, y mientras lo hacía, fui acercándome a tal punto que suponer dar

un paso extra no se me hizo tan arriesgado. Muy despacio, apoyé mi cabeza sobre su hombro, provocando en mi corazón la más hermosa de las sensaciones.

—Lo siento tanto —murmuré.

—¿Por qué, si no es tu culpa?

—Porque no lo sabía. Enséñame Manu, ¿sí? No quiero equivocarme más.

Manu sonrió, sin apartarse de mi lado, y guardamos silencio una vez más, aunque en esta ocasión, ya no era incómodo. Jamás imaginé que un acercamiento tan diminuto pudiera provocar tanto. Manu no temblaba ni se veía nervioso, y tampoco me pidió que me alejara cuando volvimos a hablar. Estaba encantada, y feliz habría extendido ese momento por siempre. Sin embargo, en medio de la dulce escena, un par de fuertes golpes a la puerta nos distrajeron. Eso sí puso nervioso a Manu, quién sin preguntarme, decidió abrir por sí solo.

—¡Manu! ¿Qué estás haciendo acá? ¡Mamá está histérica! ¡Llámalas de inmediato! —bramó la voz furiosa de Tomás.

Solo en ese minuto recordamos que había salido sin avisar y que muy probablemente su madre estaría a punto de volverse loca. Tomás, todavía en la puerta, le dio un sermón enorme sobre lo importante que era que se comportara como un adulto y no hiciera ese tipo de cosas —contradictorio ¿no? —, y solo cuando acabó, pudimos notar a las tres personas que le acompañaban, las que ingresaron al departamento haciendo un excesivo ruido. Todos ellos eran nuestros compañeros de carrera —y fiestas—, y porque los conocía y estaba al tanto de imprudentes que podían llegar a ser, me acerqué de inmediato a Manu, pues no deseaba que se sintiera abrumado por estar con personas que de seguro no se controlarían al estar con él. Sin embargo, para sorpresa de Tomi y mía, Manu pareció muy tranquilo con su presencia, saludándolos uno a uno, sin darles la mano, pero con amabilidad. Así, en cosa de minutos, éramos seis personas riendo en una pequeña sala de estar.

Sí, seis, porque Manu se incorporó a nosotros con total liviandad. Sé que no era difícil hacerlo con personas como Francisco, un mujeriego gracioso y fiestero y Andrea, que no era más que la dulzura personificada. Lo curioso fue

que Elisa, quien era mayor que nosotros por un año, de inmediato se notó interesada en Manu, coqueteándole abiertamente como si él fuera siquiera capaz de notarlo.

—¿Entonces este estropajo es tu hermano? —dijo Francisco refiriéndose a Tomi, sin parar de hablarle a Manu—. Qué mala suerte la tuya.

—No, Tomi es grandioso —contestó Manu..

—¿Tomi? —bromeó Francisco partiéndose de risa—. Ya, cuéntanos qué haces antes de que todos comencemos a llamarlo Tomi. ¿Qué estudias?

—No estudio.

—¿Por qué no estudias? ¿Trabajas?

Manu respondió con paciencia, hasta que decidió presentarse tal cual era y hablarles de su TOC. Tomi y yo guardamos silencio, dejándolo a él poner los límites que considerara necesarios dentro de su propia historia.

—Entonces, ¿no quieres que nadie te toque? —preguntó Francisco, con asombro.

—Algo así, pero no siempre es el TOC lo que lo provoca. En general nunca he tenido muchas habilidades sociales, y eso sumado a mi *condición*, da esto que pueden ver.

—Hombre pero, ¿y las mujeres? No me digas, en serio no me digas.

Manu rio nervioso, y Elisa no volvió a sacarle los ojos de encima.

—¿Y Nino? ¿Entonces ella no es tú novia? —agregó ella de inmediato.

En general siempre me ha costado sacar a flote mis miradas asesinas, pero esa tarde creo que sin duda podría haberla asesinado con solo mis ojos, claro, si ella al menos se hubiese dado por aludida. Y es necesario aclarar también, que jamás me gustó Elisa. Nada de ella, ni su aspecto de princesa, ni la forma en que se refería a los demás, y mucho menos el que se nos uniera, es decir, ¿qué teníamos nosotros que pudiese interesarle? Bien, teníamos a Francisco y eso era sinónimo de pase gratuito a todas las fiestas de la facultad, y luego tuvimos a Manu, que aparentemente se volvía un nuevo desafío para ella —como si no supiéramos que podía tener a cualquier hombre que deseara—.

Regañando conmigo misma, perdí el hilo de la conversación hasta oír la clara voz de Manu respondiendo.

—No, en absoluto —dijo él, firme y claro. Me quedé helada ante sus frías palabras, cargadas de realidad: no había nada entre nosotros—. Solo somos amigos, buenos amigos —agregó, tal vez para suavizar su declaración.

Confundida observé a Tomás, y él a su hermano de la misma forma. Al menos no era la única que parecía no entender hacia donde iba nuestra relación.

¿Pero qué podía hacer yo ante eso? Nada. Manu no me consideraba, incluso con la cercanía que habíamos logrado desarrollar entre nosotros, y esos diminutos gestos de confianza, que repetía una y otra vez en mi mente. Tal vez sería así para siempre y no tendría más opción que condenarme a quererlo sin segundas intenciones. Pero ¿estaba preparada para hacerlo?

Muchas veces mi madre me dijo que cuando uno ama de verdad, debe ser capaz de soltar para jamás apoderarse del destino del ser amado. Nunca entendí realmente a qué se refería, y realmente deseé no comprenderlo del todo todavía.

Y como si ella hubiese adivinado lo que pensaba, se volteó, complacida por lo que acababa de escuchar, y sonrió.

—Me alegro tanto por Tomás —contestó.

Todos la escuchamos de principio a fin. Manu le sonrió, Tomás la observó molesto, y yo guardé el más culpable de los silencios. No quise entrar en detalles con Elisa ni responder a su evidente declaración de guerra, considerando que en primer lugar Manu no era ningún objeto que pudiésemos pelear, y en segundo lugar, porque sabía que ella tenía toda la maldita razón. Tomi y yo estábamos juntos en cada fiesta, todos nos habían visto alguna vez, y ahora yo, la muy descarada, me enamoraba de su hermano, sin siquiera darle algún tipo de explicación a quien compartiera mi cama en reiteradas ocasiones. ¿Sería ese el momento de tener una charla honesta con Tomás?

—¿Y quién comprará las cervezas? —dijo Francisco, cortando de una vez el ambiente de incomodidad que Elisa instauró.

Otro sería el día en que me disculpara con Tomi, Otro sería el día en que le

explicara a Manu que había dormido con su hermano. Y Elisa... Elisa tendría que irse con cuidado, porque aunque Manu la escogiera a ella, no estaba dispuesta a perder su amistad ni lo mucho que habíamos avanzado.

Paso 10

Manu

A pesar de la evidente incomodidad que le provocaba a Tomás y Nino tenerme entre ellos, la tarde en que conocí a sus demás amigos resultó ser más que agradable. Es más, yo mismo me sentía orgulloso por ser capaz de compartir con esas personas que en mi vida había visto —y que jamás habría conocido de no ser por Nino—, y casi podría asegurar que Nino también lo estaba. Aun así, lo maravilloso de todo lo ocurrido, fue que se repitió cada vez con más frecuencia. Poco a poco, tomando todo el tiempo que necesitara, y sin ninguna presión de por medio, redescubrí el autocontrol que yacía escondido en mi interior para empezar a retomar la vida que había perdido. Todo fue gracias a ellos y la paciencia que tenían cuando se trataba de mí. Así, cuando el grupo decidía reunirse, siempre me incluían, y yo, por supuesto, me presentaba en el departamento de Nino un par de horas antes con la excusa de sentirme más tranquilo si podía tomar una ducha y cambiar mi ropa antes de verlos a todos, aunque el motivo exacto no era ese con honestidad, sino la forma en que ambos disfrutábamos abiertamente de la presencia del otro, hablando o riendo, siempre con cuidado de no tocarnos ni pasar a llevar los límites que fui instaurando para lograr desenvolverme con cierta *normalidad*.

Uno de aquellos días en que el grupo de amigos compartía unas cervezas, conmigo de espectador, Tomás tuvo una descabellada idea:

—He estado pensando muy seriamente en celebrar mi cumpleaños, ¿no creen que hemos estado muy aburridos el último tiempo? —preguntó, observando a todos los presentes, pero centrando su atención en mí.

No sé si se refería a que era yo la causa del aburrimiento del último tiempo,

o me miraba porque sabía que era muy probable que me opusiera su descabellada idea.

—Podríamos usar tu casa Nino —propuso Francisco, saboreando la espuma que rebalsaba su vaso.

Francisco y Nino compartían una estrecha amistad, por lo que ofrecer aquel departamento le resultaba lógico, considerando que hasta hace un par de meses las fiestas eran recurrentes en él.

—O podríamos usar tu casa, ¿qué te parece Manu? —agregó Elisa, con una mirada que no logré descifrar.

Cada vez que ocurría algo que no entendía del todo, observaba a Nino para guiarme un poco por su reacción, pero ella por desgracia, no estaba atenta.

¿Una fiesta en mi casa?

Escuché la propuesta, e imaginé que si éramos los mismos de siempre no tendría por qué existir problema alguno, y acepté. Los chicos celebraron, por lo mismo, aunque más tarde pasé largo rato arrepintiéndome por ello, ya no podía retroceder. Me asustaba, eso es cierto, pero de alguna forma decidí que ya no deseaba ser el raro en ese grupo que me admitía sin mayores dificultades. Todos se estaban acostumbrando a estar conmigo, y pasar el rato junto a ellos me encantaba. Nunca había tenido la oportunidad de tener amigos, alguien con quien hablar o compartir más allá de mi hermano o mi madre, así, sin nada más que poder hacer al respecto, me preparé mentalmente para ser parte por primera vez de una fiesta.

Como siempre, segundos antes de que el nerviosismo me traicionara, Nino golpeó a mi puerta, hermosa como siempre y llena de colores. Su sonrisa gigante en la entrada de mi habitación era mi momento preferido cada vez que ella me visitaba. Nino sonrió al verme arreglado y dispuesto a bajar a pasar un buen rato con todos los demás, y me invitó a salir de mi cueva. Escuché las risas en el primer piso junto a las voces elevadas por el volumen de la música, el sonido de los vasos al brindar, y para mi sorpresa, no estaba temblando. Al contrario, podía sentir el deseo de unirme a sus conversaciones y reír junto a ellos. Estaba

entusiasmado por ser parte de la vida real, aquella que se desarrolla más allá de mi radio de seguridad.

Nino retrocedió y la seguí, para bajar despacio, con el fin de alargar el preciado tiempo de soledad junto a ella por algunos minutos más, observándola de reojo tararear las canciones que sonaban en la planta principal. Lo hacía tan lindo, tan suave.

—¿Te gusta la música Manu? —preguntó ella, rompiendo el silencio. Sentí con la cabeza para no interrumpirla, pues tras escucharla, mi voz no parecía más que una blasfemia del universo. Le sonreí, y nuestras miradas se cruzaron—. ¿Qué música? —agregó entonces.

Ella devolvió la sonrisa. ¿Qué tan idiotas nos habremos visto sonriéndonos así? Quiero decir, éramos adultos, no unos niños de la escuela.

—No lo sé, hace mucho que no escucho nada. Esta *era* una casa silenciosa, antes de ti —dije, para burlarme de ella, quien solo carcajeó divertida por mi comentario.

—A mí me gusta mucho, me gusta cantar. Antes lo hacía, ¿te había contado?

—No, no lo sabía. ¿Por qué ya no lo haces?

—No tengo con quién —respondió Nino, con un poco de melancolía en sus palabras—. Teníamos una bandita con Francisco y Tomás, pero tu hermano dejó de tocar y nos abandonó para siempre.

Guardé silencio y toda mi alegría dejó de ser tan evidente. ¿Cuándo había dejado Tomás de sentir agrado por la música? Había pasado tanto tiempo ensimismado cuidando de mí mismo que no lo había notado. Me sentí una persona horrible, egocéntrica y poco solidaria. Pero no solo eso, mi mente, que acostumbraba traicionarme, me recordó el instante en que conocí a Nino... ¿No estaban ellos dos, juntos, el primer día que nos vimos? ¿qué hacía exactamente junto a mi hermano? ¿algo había pasado entre ellos?

Sin quererlo, para cuando los dos estuvimos abajo, yo ya no tenía las mismas ganas de hablar. Y el ver como en todo el salón había gente que no

conocía, no ayudó en absoluto. Ya no éramos seis, sino cientos, miles de personas, aunque en la realidad no eran más de treinta. Treinta seres que jamás había visto y que se abalanzaban sobre Nino para saludarla mientras ella reía, los abrazaba y besaba en la mejilla en forma cariñosa. Por desgracia, no pude seguir a su lado, por lo que voluntariamente me mantuve en un rincón, lejos del gentío desde donde podía seguir a Nino, que iba en busca de cerveza. En ese pequeño camino, su risueño rostro joven se detuvo hablar con casi todos los invitados. Creo que incluso la envidié un poco. ¿Y cómo no, si ella era fantástica?: tomaba su cerveza riendo, sin importarle si su labial se salía, no le avergonzaba reír hasta llorar, ni temía que la abrazaran todas esas personas, ni le preocupaba que tomaran su cabello para decirle lo bien que le quedaba su nuevo color rojizo. A Nino nada le importaba, y en ese minuto supe que difícilmente sería capaz de lidiar con ello.

No sé si fue el imaginarme la inevitable división de nuestros caminos lo que comenzó a hacer que me pusiera nervioso, o solo el hecho de que Nino tardaba más de lo habitual en volver a mí. Mis manos de inmediato comenzaron a sudar, y en un descuido, la perdí de vista. Esa fiesta ya no me agradaba, quería salir de ahí cuanto antes, y de preferencia junto a ella.

—Discúlpame, me demoré un poco. ¿Quieres tomar algo? —preguntó Nino apareciendo de improviso.

Todavía sonreía cuando habló, pero vi como esta desaparecía ante mi completa falta de amabilidad.

—No —respondí, molesto con ella, conmigo y con mi hermano por llenar la casa de personas que no tenían por qué estar pendientes de mí.

Nino no contestó, limitándose a beber de su botella demasiado rápido. Tal vez si mi honestidad hubiese sido lo suficientemente fuerte, habría podido decirle que ya no me sentía capaz de continuar, y que lo único que deseaba era escapar de ahí y tomar un baño de dos horas.

—Así que aquí estas, mi querido loquito —saludó Francisco, que por fin aparecía para distraerme.

Francisco me agradaba, debo asumirlo, más que los demás. Su espontaneidad era encantadora, y además, se reía de mi mayor defecto con una facilidad envidiable, a tal punto, que el TOC parecía una soberana estupidez. Tal vez por eso lograba relajarme de forma tan eficiente. Le sonreí, el bromeó sobre la música y de inmediato se volteó hacia Nino y la abrazó profundamente.

—Nino que linda, ¡tu pelo esta hermoso! ¿Vayamos a la peluquería juntos la próxima vez? —bromeó despeinándola, y lo envidié, pues yo jamás había acariciado el cabello de Nino.

Tras él, las chicas sonreían con amabilidad. Tomás les trajo cervezas, hablaron por un rato y rieron de cualquier cosa. Y aunque los amigos de Nino tuvieron la precaución de dejarme en el centro para protegerme, mi incomodidad nunca dejó de aumentar. Ellos bebían, y cada vez que terminaban una botella, sus risas eran más altas. Y cada vez que elevaban la voz, mi corazón palpitaba más fuerte.

—¡Nino, Nino, Nino! —gritó Francisco, tomándola de las manos—. ¡KARAOKE! ¿Vamos a cantar? ¿Vamos, Vamos?

No pude contener mi molestia al verlos tan compenetrados. Sí, era obvio que se tendrían una confianza especial, pues ellos no solo eran compañeros, eran también amigos, y cantaban juntos. Sabía que no debía preocuparme, porque Nino era sólo mía. *Pero ¿lo era? ¿Podía una persona pertenecer a otra? ¿Podía alguien adueñarse de Nino? Una vez más, recordé el día en que la conocí, y a mi hermano abrazándola cariñosamente.*

¿A quién pertenecía Nino?

—Ya vuelvo —murmuró, demasiado cerca de mi rostro, y desapareció entre las personas.

Al final de la sala, y sobre dos sillas, Francisco y Nino comenzaron a cantar. Ella brillaba, dando significado a la dulce voz que tenía y a ese afán extraño por diferenciarse de los demás. *"Oh, I could take your hand, and feel your breath, for feel that someday will be over, I pull you close, so much to lose".*

—Ella canta muy lindo —escuché tras mi espalda.

Estaba frustrado, pero Elisa aparecía en el momento indicado. Se ubicó a mi lado, murmuró algo más sobre lo cercana que era Nino con Francisco y Tomás, y volvió a elogiar la voz de ambos.

—Nadie puede despegarles los ojos de encima, mira a tu hermano — agregó.

Tomí, desde otra esquina, observaba el mismo espectáculo. Mi estómago se revolvió al imaginarlo junto a Nino, sin dejar de observar a compenetración de Francisco y ella, que definitivamente no se quedaba en la amistad.

¿A quién pertenecía Nino? ¿Era todo lo que observaba real, o me estaba volviendo loco?

Una vez que la canción dejó de sonar, Nino y Francisco bajaron de ese improvisado escenario, todos les aplaudían, y ella terminaba de tomar su cuarta cerveza. Sus mejillas estaban rojas, y su cabello cada vez más desastroso. Los observé caminar muy cerca el uno del otro, detenerse y hablar. En medio del gentío, Francisco tomó el pelo de Nino, se le acercó, y le habló al oído. Ella reía, el seguía hablando. Nino volteó, cruzó sus ojos con los míos, y yo asumí que no lo soportaba.

Molesto salí de la sala, tan nervioso y a punto de perder la calma, que en el camino tropecé con una chica desconocida que derramó el vaso de vino tinto sobre mi ropa. El vino atravesó mi camisa, mi camiseta, y empapó mi pecho. Retrocedí sin corresponder sus disculpas, sintiendo que explotaría en cualquier minuto. Volví a retomar el camino, aun cuando la voz tranquila de Nino me pedía que me detuviera.

—Manu, espera ¿qué pasa?

—Vuelve —contesté.

—No quiero volver, ¿dime qué pasa?

—Vuelve.

—¡Manu para!

—¡Vuelve! —grité, furioso.

Todo en mí comenzó a ser caos. Le había gritado a Nino, mi única amiga,

mi musa, mi calmante, y sentí todavía más furia por lo que había hecho. Mi madre, atenta a todo lo que sucedía, no tardó en salir de su habitación con su típico papel de madre protectora.

—¿Hijo, estás bien? ¿qué pasó?

—Nada, déjenme, las dos.

—Manu, escúchame, ¿qué pasa? Hablemos —dijo Nino acercándose a mí, pero a esa altura, mis manos ya estaban temblando y mi autocontrol se había extinguido. Tenía mi ropa sucia, tenía rabia, estaba frustrado, ya no podía pensar en nada.

—Hijo, cálmate por favor ¿te traigo agua? —dijo mi madre.

Y yo exploté en ira.

Paso 11

Manu

En el momento exacto en que dejé de hablar —gritar—, comprendí que había exagerado. No fue algo que hiciese del todo consiente y, aunque nadie en el universo lo crea, es cierto. De ninguna forma me habría permitido hablar así a mi madre o a Nino. Jamás. Y puede parecer absurdo como excusa, pero la verdad es que solo tenía una desconocida rabia que crecía en mi interior, y había explotado dañando a las mujeres que más paciencia me tenían.

Estaba arrepentido de hacerlo, claro que lo estaba, pero no sabía qué hacer con todas esas nuevas sensaciones que me inundaban día a día. Por supuesto que alguna vez en mi vida estuve enfadado, pero ¿enojarme porque Francisco hablaba muy cerca de Nino, o por qué no entendía lo que pasaba entre ella y mi hermano, o por qué mi madre, como todos los días de su vida, se la pasaba preguntándome si estaba bien, si necesitaba algo o si estaba tranquilo? Oh, pero eso no era todo, ¿amigos? yo jamás había tenido amigos. Pero sobretodo Nino, y es que ¿qué era Nino exactamente para mí? Adoraba estar a su lado, mirarla reír, escuchar su voz; pero lo que ella provocaba en mi vida era mucho más que eso, y era totalmente incapaz de definirlo. La quería, de eso estaba seguro, pero no lograba establecer una línea clara que la diferenciara de las demás personas, un poco por miedo, y mucho por mi inexperiencia.

La vi feliz, y yo me sentí feliz de ser capaz de contemplarla riendo de esa forma. Y si estaba feliz, porqué seguía sintiendo esa mezcla estúpida de rabia y emoción.

Me sofocaron todos esos ojos puestos sobre ella.

Pero ¿estaban realmente puestos sobre ella? ¿o era sólo Tomás? ¿y

Francisco?

¿Y yo, dónde demonios estaba yo en medio de esa multitud?

Nino y todo lo que la rodeaba, era demasiado para mí.

Me derrumbé en la ducha al constatar que no era capaz de llevar una vida alegre y colorida, como esa que se dibujaba cada vez que ella daba un paso. Me rendí, y dejé que el agua se llevara el olor del alcohol y la suciedad de mi cuerpo mientras me concentraba en alejar esa oscuridad que tendía a volver cada vez que algo me superaba.

¿Qué esperaba Nino de mí? ¿qué esperaba mi madre de mí? De seguro Nino deseaba verme responder como cualquier hombre de veinticinco años, y mi madre, como uno de diez. El punto es que, no, no era capaz de reaccionar como un hombre de veinticinco, pero definitivamente, tampoco como uno de diez. Respiré profundo, intenté calmarme, y me mantuve bajo el agua.

Qué cagada la mía.

Con las dos. Y aunque era incapaz aún de dilucidar el trasfondo de una actitud tan vil como la que acababa de tener, sabía que tenía que disculparme.

¿Cómo había podido ser un hijo tan mal agradecido?

Había visto la tristeza en los ojos de mi madre en el minuto en que le pedí que me dejara en paz, y no estaba orgulloso por eso. Ella me había dedicado su vida entera, y si bien siempre creí que era incapaz de retribuirle, esta vez mi cuenta estaba infinitamente en deuda.

Ella no se lo merecía.

Nino no se lo merecía.

¡Mierda! ¡Yo no merecía a ninguna de las dos!

Pero, ¿y si todo ese embrollo era el resultado de comenzar a vivir mi propia vida, en dónde no había espacio para la sobreprotección de una madre ni la ambigüedad de mi relación con Nino?

Cerré la llave del agua, todavía de rodillas en la ducha. Era eso. ¡Era eso!

Me decidí entonces a bajar para pedir perdón: Primero hablaría con mi madre, pues sabía muy bien el origen de todos sus miedos, y me aseguraría de

demostrarle que podía confiar en mí, pidiéndole con cariño y respeto que me permitiera avanzar, porque *eso* jamás se repetiría. Luego sería el turno de la pelirroja y risueña Nino, que deseaba mantener a mi lado porque... porque me hacía feliz, y punto. Salí del baño y encontré a mi madre de pie frente a la puerta, esperándome. Mi corazón se apretó al verla ahí, pequeña y cansada, con su rostro aliviado al verme salir en una pieza. Qué mal hijo había sido.

Con gran esfuerzo, me acerqué. Reuní toda mi valentía —que no era mucha— y la abracé.

—Estoy bien. Debes dejar de preocuparte por mí, mamá. Es tiempo de que vuelvas a tu vida —dije, con la voz más suave y cariñosa que pude. Ella comenzó a llorar, y yo entendí que no confiaba en mi palabra. Pero la entendía; luego del escándalo que había presenciado, era difícil pensar que podría seguir adelante.

Ella se apartó, y sonrió.

—Te extrañé tanto —sollozó, tomando mi rostro con amor—. Es tiempo de ir despacio, puedes tardar tanto como necesites —musitó.

Luego besó mis manos y se fue.

Entré a mi alcoba, y la sensación de desprotección me invadió de inmediato. En ese minuto comencé a ser responsable de mí mismo, y comprobé que no era mi madre la que no confiaba en mi palabra, era yo. Me temía. Más que a los gérmenes que esa tropa de borrachos desparramaba por mi casa. Le temía al silencio a mi alrededor, que solo provocaba un ruido peligroso en mi cabeza. El único peligro estaba mi mente, y estaba asustado.

Sentí el leve temblor en mis manos, pero aun así, me vestí, con el ruido taladrante de la fiesta que continuaba en la primera planta. Imaginé a Nino riendo con todos, divirtiéndose y bailando. Ese, pensé, no era el minuto para disculparme con ella. Además, ¿qué le diría?, ella tampoco había manifestado interés alguno en definir su relación, por lo que en forma automática me situaba al mismo nivel de Francisco o Tomás. No era ella quien necesitaba aclarar todo, era yo quien debía encontrar la forma de terminar con la ambigua sensación de

pertenencia que Nino me provocaba. La sentía mía, aun consciente de que no podía tenerla, en estricto rigor porque las personas no pertenecen a nadie más que a ellas mismas, pero sobre todo ella en específico, que era la representación misma de la libertad.

Me recosté en mi cama, concentrándome en su voz o su risa, buscándola entre el bullicio, los gritos de brindis, las canciones en inglés, el baile, las copas, y me dormí.

A las 4.15 de la mañana del sábado, un par de golpes a mi puerta me despertaron. Somnoliento me levanté para abrir, solo para encontrarme con Nino, mirándome y apuntándome con su dedo mientras sujetaba una botella pequeña de cerveza con su mano derecha, mientras que con la izquierda trataba de mantener el equilibrio en el umbral de mi puerta. Tenía su pelo desordenado, su chaleco desabotonado y la pintura de sus ojos corrida. Hablaba fuerte y poco claro, tanto, que mi madre salió de su habitación y Tomas la hacía callar, riendo tras ella.

—Tú, eras un idiota Manu, ¿quién te crees? ¡Me rechazas así, sin darme la posibilidad de decir lo que siento! No es justo, ¿lo sabías? Tu para mí... Digo, yo a ti... ¡¿No te das cuenta de que quiero quedarme a tu lado?! Yo solo... —gruñó, antes de vomitar en mi puerta y caer dormida en el pasillo.

Esa era mi delicada Nino. Borracha frente a mi familia, frente a mí, diciéndome todo tipo de cosas complejas.

Mamá se encargó de ella, y Tomas se apresuró a limpiarlo todo.

Por primera vez, agradecí mi T.O.C.

Nino pasó el resto de la noche en mi cama. Yo, desde mi escritorio, vigilé su sueño, hasta que me dormí.

Paso 12

Nino

Lo primero que sentí, fue el dolor de cabeza, luego el sol radiante con su molesto brillo, y por último, un exquisito aroma que parecía conocer. Abrí los ojos con dificultad para deleitarme con la inesperada espalda blanca y desnuda de Manu. ¡Bendito el momento en que mi cerebro decidió que la mañana ya estaba demasiado avanzada y que debía despertar! Para mi grandiosa —e inexplicable— fortuna, Manu se vestía, ahí, frente a mí. Confundida, comencé a incorporarme y pestañeeé para obligar a mis ojos a abrirse por completo, pues no me habría sorprendido en absoluto que se tratara de uno de esos agradables sueños que acostumbraba tener, en los que su T.O.C. no existía y la prudencia tampoco.

Supongo que mi boca estaba abierta por el asombro, pues antes de escuchar su regaño, divisé una leve sonrisa en su rostro.

—Despertaste, borrachita. Pareces una acosadora mirándome así. Depravada —sermoneó mientras me lanzaba una almohada sobre la cara.

No era un sueño.

No era ningún maldito sueño.

Me levanté tan rápido como mi descompuesto —y avinagrado— cuerpo pudo, y hasta intenté mantenerme en pie incluso cuando la habitación amenazaba con comenzar a girar a mí alrededor. ¿Qué era todo eso? ¿qué estaba sucediendo? ¿qué hacía yo en su cama?

Miré mi ropa y comprobé, al menos, que seguía vestida, aunque mi sweater había desaparecido en algún momento de la noche.

—Apresúrate, el desayuno está casi listo. El baño está desocupado, puedes tomar una ducha y bajar —agregó Manu con algo más de amabilidad en su voz.

Cerré mi boca —recién en ese minuto, ¡qué vergüenza!— y revisé mi

cabello: despeinado. Volví a mirarlo, y él sonrió. De inmediato pensé en la escasa probabilidad de que algo entre nosotros hubiese ocurrido, y me animé a preguntar:

—Manu, ¿dónde dormiste? —dije, tomándome la cabeza con las dos manos para tratar de ordenar las hebras de cabello que ya no parecían desear ser parte de mí.

—En mi cama, ¿dónde más?

¿Manu había dormido en su cama?

¿En-su-cama?

—¿Al lado mío? —indagué, ya sin intención de disimular lo consternada que me tenía toda esa escena.

Sin embargo, y tal cómo era de esperar, Manu no respondió y bajó para tomar su desayuno. Hasta ese minuto, de lo único que podía estar segura, era que el reloj marcaba las diez en punto. Realmente no era capaz de entender lo que ocurría.

Volví a sentarme sobre la cama para evaluar con algo de objetividad la situación porque, dentro del caos de mi cabeza que parecía haberse quedado en blanco, existía la posibilidad de que hubiese pasado la noche junto a él y no lo recordara. ¡No recordaba nada! Estaba mal, estaba muy mal, en especial porque me había prometido beber con moderación para que Manu no se incomodara, y resultaba que ni siquiera sabía la forma en que había logrado traerlo hasta su cama. Porque en mi ilusa y creativa mente, eso había sucedido. Hice un esfuerzo más por recordar la manera en que logré dar un paso tan grande como ese, pero las imágenes que volvieron a mí, no fueron las esperadas.

Todo era borroso, pero estaba ahí: Manu riendo, Manu mirándome, Manu huyendo, Manu gritándome y pidiéndome que entendiera mi lugar. El mundo se volvió oscuro y triste al recordarlo, pero no hubo lágrimas. Tomé mi bolso, y sin que importara el frío, me marché.

Mientras corría hacia la locomoción extrañando mi sweater, noté que no era rabia lo que sentía. Estaba decepcionada de mi misma y de la forma en que todo

comenzó a volverse en mi contra. No, no era el hecho de que me marcara sus límites, era el hecho de que no me escogiera a mí, aun cuando había puesto todo ese esfuerzo en derrumbar uno tras otro los muros que alejaban a Manu del mundo. Lo que se interponía ahora entre él y yo, más allá de la forma en que ambos nos enfrentábamos a la vida *real*, era la certeza de que no sería yo la destinada a destruir para él las barreras que quedaban a su alrededor.

Estaba claro, seríamos solo amigos, tal como él lo había dicho, no era —no sería— su novia, y mucho menos su hermana; y lo entendía, por supuesto que lo hacía, pero era imposible conservar la calma tras asumir que no habría nada entre nosotros, más aún cuando estaba ya total y completamente enamorada de Manu y su dulzura.

Dispuesta a aceptarlo y a dedicarme a olvidar, llegué a mi hogar, el que me esperaba ordenado y perfecto gracias a la presencia casi diaria de mi dramático *amigo*. *Amigo, amigo, amigo*, me repetí. Necesitaba grabármelo para no caer una vez más en la tentación de imaginarlo envejeciendo junto a mí. Con esa palabra en mente, decidí comer en mi escritorio, sola —como acostumbraba—, mirando el retrato que se burlaba de mis ilusiones rotas. Recién en ese minuto recordé que Manu era un exagerado, y que al notar que había escapado de su casa, de seguro estaría a punto de volverse loco. Segura de que mi celular estaría a punto de explotar con tantas llamadas perdidas y mensajes, conecté el cargador y lo encendí para llevarme la segunda decepción más grande de mi vida: Manu no había escrito para saber de mí.

Desilusionada del todo, opté dormir y acabar de una vez con la resaca y las imágenes de la noche anterior. Dormí el resto del día para amanecer a la hora de almuerzo del domingo. Manu seguía sin escribir o llamar, volví a comer sola, sentada frente a la televisión, para confirmar que había adoptado la costumbre de usar un lado del sofá. Molesta conmigo misma, puse mis pies en el sitio donde Manu siempre se sentaba para acompañarme. Él ya estaba en mi vida, y si él era importante para una descuidada como yo, ¿qué sería exactamente yo para él, si era un obsesivo compulsivo? ¿podría eliminarme de su vida con facilidad? ¿me

olvidaría tan rápido como parecía estar haciendo?

Terminé de formular esa pregunta cuando me di cuenta que me volvía una exagerada al igual que Manu. Volví a enfadarme, y así, cayendo en un espiral sin retorno de furia, me preparé algo del asqueroso pero aromático té de zanahoria que Manu había dejado en casa. Tomé un sorbo, y el timbre de mi puerta sonó.

Manu, pensé. Sonreí de inmediato, y una vez más me odié por desear de esa forma ver su rostro, aunque al mismo tiempo me alegraba saber que estaba ahí. De un salto llegué a la puerta para abrir sin disimular la emoción, y encontrarme con quien no esperaba.

—Podías disimular lo decepcionante que debe ser verme aquí ¿no te parece? —saludó Tomás, entrando a mi casa como si fuera el dueño—. Antes de que me digas cualquier cosa, déjame advertirte que estás en un problema y, te aseguro, no te has dado cuenta.

Lo observé confundida y Tomás se sentó para comenzar a hablar.

—Bueno, prepárate, porque Mamá te odia. Mira, en realidad no te odia, pero vomitar su piso no fue tu mejor jugada

—¿¡Qué!? ¿¡Yo hice qué!? —grité desesperada mientras Tomás reía a carcajadas.

Deseé desaparecer, cambiar de ciudad, o que la tierra me tragara y me escupiera, de ser posible, junto a Manu. Lo que Tomás contaba, para mi pesar, realmente sonaba a algo que podría haber hecho.

—¡Qué genuina forma de ganarse una suegra! —exclamé, cubriéndome el rostro con las manos.

Tomás recostó su espalda en el sofá, adoptó un aura de solemnidad, y supe que comenzaría el sermón.

—Te lo diré de forma clara, Nino. Elisa está interesada en Manu y Francisco está interesado en ti. La escuché contándole alegremente tu discusión con Manu, y ambos parecían felices con lo ocurrido. Estas en un lío, y necesitas aclararlo. Manu está muy bien contigo, todos lo vemos, y él también —comentó.

Le sonreí, agradecida por su preocupación, pero estaba bastante segura que

Francisco no quería nada conmigo además de cantar y beber, y que Manu no me quería para nada más que una bonita amistad.

—Lo siento de verdad, pero creo que estas confundido. Hablaré con Francisco, aunque de seguro no hay nada allí que solucionar. Y tu hermano, Tomi, él es un encanto, pero fue muy claro conmigo. Ten presente, por favor, que es muy probable que sea otra la que alcancé de verdad su corazón, pues yo no quiero agobiarlo ni un minuto más —respondí, dando otro gran sorbo a mi desabrido té.

—Ese es el lío en el que estas, tarada. Te contaré un secreto, uno que está muy bien guardado en nuestra familia... —dijo, cambiándose de asiento para ubicarse junto a mí—. Nino, no puedes alejarte de Manu. Sabes que lo amo, pero no sabe lo que siente, porque todo es nuevo para él. Antes de conocerte, mi hermano vivía al borde del colapso. Él intentó suicidarse hace un tiempo, no lo sabías, ¿cierto? —murmuró. Su rostro estaba pálido, su voz temblorosa y sus ojos intentaban no recordar—. Yo lo encontré, en su taller, y fue horrible, aunque eso es algo que él te debe contar. El punto es que, lo sacaste de su oscura burbuja, Nino. Manu sonrío, comparte con otras personas, ¡pinta de nuevo, Nino! Te lo pido por favor: no permitas que nadie interfiera en esto. Ni mi madre, y mucho menos Elisa.

Guardé silencio, angustiada y triste por lo que acababa de saber. ¿Manu había sentido en algún momento que ya no era capaz de lidiar con el mundo? ¿pensaba que nadie lo extrañaría? ¿Pensó que no había futuro para él? ¿Qué había pasado por su mente al decidir dejar de existir? Él... ¿se sentía todavía de esa forma? ¿era eso a lo que Claudia se refería?

¿Qué tan dañado estaba Manu?

¿Qué tan profundos eran sus miedos?

Esa fue la primera vez que intenté imaginar cómo vive realmente alguien con TOC. Y tuve miedo.

¿Estaba preparada para cargar con aquello que hace a Manu ser... Manu?

Tomás puso su mano sobre mi hombro, y sonrió.

—Él está mejor, Nino. No es que intente hacerte responsable de su futuro...

—¿Pero?

—No hay peros, Nino. Somos amigos, y te quiero por sobre la relación que puedas tener con mi hermano. Tan solo, ya sabes, ustedes se ven felices, ¿sabes? Tú y él, sonríen, hablan estupideces que ninguno de nosotros entiende, se miran, se buscan... No sé qué pasa por la mente de Manu. Nunca he sido capaz de entenderlo, pero estoy seguro de que te quiere a su lado.

—¿Me estás confiando a tu hermanito?

—Claro. Estoy seguro de que lo harás bien, aunque no seas ni su novia ni su hermana —bufó, imitando el tono con que Manu lo había dicho.

Nos quedamos abrazados por largo rato, ocupando el espacio de Manu en el sofá. Éramos amigos desde el primer día de Universidad, aunque por casi un año pasamos ese límite dejándonos llevar por la comodidad de besar labios conocidos, o de compartir la cama con alguien que te quiere y respeta. Con una historia como la nuestra, Tomás seguía confiándome a su hermano.

Qué paz siente el alma cuando sabes que, al menos una persona, confía en ti.

Manu

Esa mañana desperté temprano, mucho más de lo que acostumbraba, ideando la mejor forma preguntar a mi hermano sobre su relación con Nino para luego poder visitarla, ya con un panorama más claro de lo que sentía y de lo que tenía permitido sentir. Nervioso golpeé su habitación, pero Tomás ya no estaba en casa, y lo único que podía pensar era que estaba con ella.

Volví a mi alcoba, caminé una y otra vez por ella para reunir el valor para ser consecuente con mis decisiones, pero estaba costándome más de lo esperado. Pero le había gritado a Nino, y ahora Tomás estaba junto a ella. Tenía que lograrlo, debía ser capaz de salir solo. Lo primero, sería disculparme con Nino, y no podía ir acompañado de mi madre, pues acababa de ser destituida de su cargo de guardiana. Me miré al espejo, y con todo el valor que logré reunir, me

aventuré a tomar locomoción y llegar hasta la calle donde se ubicaba el departamento de Nino, desde dónde observé la silueta de Tomás entrar.

Mi cuerpo entero entró en pánico. Quise correr y detenerlo, gritarle que se apartara de ella, que no la necesitaba como yo, que no la alejara de mi lado. Decidido me planté en la puerta, iba a exigirle que fuera honesto conmigo y que me contara con detalles lo que lo unía a ella, aun cuando no fuera capaz de soportarlo. Respiré profundamente, y con la valentía que jamás tuve, me quedé de pie frente a la puerta de acceso.

Era un cobarde. Si hubiese sido un niño, habría sido incluso un acto de ternura, pero era un adulto miedoso e indeciso, que ni siquiera fue capaz de huir. Ahí, esperando a que mi hermano terminara de abrazarla, conté dos horas, nueve minutos y treinta y cuatro segundos, hasta que Tomás salió de ahí, me miró sin asombro y sonrió.

—Hermano, ¿vas entrando? —preguntó.

Yo volví a quedarme inmóvil. Tenía las mismas ganas de llorar que de gritarle que no volviera a tocarla, que Nino era un salvavidas para mí y que si me la arrebatara, volvería a hundirme tan profundamente que me aterraba. Sin embargo, ninguna palabra brotó de mis labios. Por un momento, olvidé que éramos hermanos, y que entre nosotros no siempre eran necesarias las palabras.

—Hermanito —dijo—, te entregué a Nino el día que te vi sonreír. Mejor te apuras, porque te está esperando desde ayer.

No conozco la forma correcta de describir el alivio que sentí en mi cuerpo al escucharlo, pero fue tal el consuelo, que mientras lo abrazaba, comencé a llorar. Era un ser humano adulto y cobarde, pero afortunado como ninguno.

—No le cuentes esto —murmuré, una vez que recobré el aliento.

Tomás osó despeinarme y luego me recordó que una algo loca pelirroja me esperaba. Subí corriendo, sin tocar los pasamanos, golpeé la puerta y me encontré con una Nino de ojos tristes, y eso, yo no lo podía permitir. Menos cuando era por mi culpa.

Ella sonrió con amabilidad, y fue su sonrisa la que me dio el valor para

acercarme despacio, acortar la distancia que nos separaba, y apoyar con total calma mi cabeza sobre su pequeño hombro.

Nino respondió con silencio en su boca, pero no en su corazón, que latía con fuerza como la primera vez que nos abrazamos.

—Gracias —murmuré.

Ella no se movió, permitiéndome disfrutar de su cabello despeinado cayendo sobre mi frente, haciéndome cosquillas, y deleitándome con un suave olor a arándanos.

—¿Me vas a rechazar? —preguntó ella.

Feliz le habría dicho que no, que jamás la rechazaría, pero llevaba menos de un día tratando de vivir como un *adulto*. No era capaz de asumir una relación distinta a la que ya teníamos. No podía apresurarme, porque las caídas tendían a costarme más de lo que pudiera imaginar.

—Sí, lo siento mucho —me excusé.

Nino suspiró, y su aliento cálido rozó mi nuca para erizarme la piel del cuerpo.

—Está bien. Es muy probable que siga intentado —agregó, calmada pero decidida.

Sonreí. Y estoy seguro de que ella lo supo.

—Eso lo agradecería más aun —confesé.

—Estás loco, ¿lo sabías?

—Desde los 8 años —respondí, y reímos juntos.

Es incómodo reír mientras tu frente está pegada al hombro de una persona pequeña como ella, por lo que aparté mi cabeza y entré a la casa. Por fin parecía que todo volvía a la normalidad, salvo que, todavía no me disculpaba.

—Espera, Nino, yo... aún no termino de hablar —agregué, con un tono decidido que pareció asustar a Nino. Allí, frente a frente, dije lo más parecido a una declaración de amor que podría haber hecho—: No quería ser grosero contigo, ni mucho menos gritarte, tan solo necesito un poco más de tiempo. Necesito ir despacio. Estoy viviendo por primera vez, y necesito que te quedes

conmigo.

Nino abrió sus ojos, se sonrojó y saltó para abrazarse a mi cuello. Feliz por todo lo que acaba de ocurrir, la estreché con fuerza junto a mi pecho.

—Casi me matas de un infarto, Manu. Ten cuidado con mi corazón, porque si muero, no puedo quedarme a tu lado —murmuró, demasiado cerca de mi oído.

Ella me acababa de perdonar.

Y yo la tenía entre mis brazos.

No parecía muy difícil comenzar a vivir.

Paso 13

Nino

Manu estaba furioso, y aunque podía tratar de imaginar el porqué, jamás entendí que en toda su furia, resultara apareciendo como protagonista y responsable de casi toda su molestia.

—¡Ya basta! ¡Denme un respiro, por favor! ¡Me están volviendo loco! Tú —dijo dirigiéndose a su madre—. Déjame tranquilo de una vez, te he dicho que eso no se repetirá. ¡Me agobias! ¡Dame un poco de espacio! Y tú —me gruñó—: no te tomes atribuciones que no te corresponden. No soy tu novio, no soy tu hermano. Entiéndelo.

Eso dolió tanto. No solo escucharlo hablarme de esa forma, sino el espectáculo completo, pues esas atribuciones que supuestamente me tomaba, no eran más que lo que sentía por él y los grandes avances estaba segura de que teníamos. Me había equivocado una vez más, y no era rabia lo que sentía, sino una profunda decepción conmigo misma y mi nefasta intuición. A final de cuentas, lo único que había logrado con mi papel de *mártir* dispuesta a *ayudar* a Manu, fue agobiarlo, al igual que su Claudia. Y, oh, qué sensación tan horrible es compararte con la madre de la persona a quien amas.

Me quedé mirándolo, segura de que terminar todo con un “*¿quién mierda te crees tú para hablarme así?*” —que sería una respuesta esperable al tratarse de mí— no era la mejor solución ya que, en primer lugar, estaba ya bastante ebria, y en segundo lugar, quería seguir pensando que Manu cometía un error. Sin embargo, tras gritarnos, Manu solo se limitó a subir y entrar al baño, cerrando la puerta tan fuerte que temí por el hermoso espejo que tenían en él. Al mismo tiempo en que suplicaba que Manu se calmara y dejara de comportarse como un

adolescente, Claudia se volteó hacia mí controlando sus lágrimas y sus ganas de asesinarme, cómo si todo ese show de niño castigado lo hubiese protagonizado yo y no el consentido que tenía de hijo.

—Si eso se repite, tú serás la responsable. Mide tus actos o aléjate de él — dijo Claudia, comprobando mi teoría, solo para hacer que la situación fuese incluso más desagradable.

Pero no quería enojarme con ella, pues era capaz de comprender que esa madre vivía para solo para cuidar de su hijo mayor. Por supuesto que Manu la había cagado montando el numerito que acabábamos de presenciar, pero en el fondo, ese afán de *rebeldía*, esa molestia presente en Manu que según él *lo ahogaba*, no eran más que la demostración clara de que él comenzaba a avanzar. ¡Necesitaba espacio! ¡Claro! Todos lo hemos necesitado, todos *lo necesitamos*. Pero él jamás tuvo espacio, o amigos, o lo que fuera que estuviera pasando por su cabeza en el momento en que decidió gritarnos como un niño caprichoso. Lo único cierto ahí, era que Manu comenzaba a dar pasos, y que si él avanzaba, su madre se quedaría sin su principal ocupación. Algo así como una cesantía impuesta por su propio hijo. Y obviamente, sus avances no tenían por qué incluirme a mí.

Al final, no fui capaz de contestarle. Claudia jamás habría comprendido mis buenas intenciones, al menos no en ese minuto, en que la necesidad de constatar que su niño —de 25 años—, estaba sano y salvo, era su prioridad.

Consternada y harta, decidí volver a la fiesta, pero a penas giré para regresar me encontré con Elisa, que sonreía triunfante luego de escuchar todo lo ocurrido, segura de que llegaba por fin su turno en la historia.

—Ni lo sueñes —le advertí, como si pudiese tener aún nivel de decisión en algo que solo le incumbía a Manu—. Él de verdad me gusta. No hagas esto. Por favor.

Elisa sonrió y se abrió paso para que pudiera volver a la sala y encontrarme con Francisco, pero al pasar por su lado, oí con claridad cómo se burlaba por la forma en que Manu me había marcado los límites. Intenté recordar si en algún

momento de mi adolescencia pasé por eso, pero fue imposible. Por primera vez estaba yo del lado en que se define hasta qué punto entras en la vida de una persona.

Ah, Manu me provocaba tanta rabia.

Abrí una cerveza, convenciéndome a mí misma de que los límites no estaban mal. Yo misma los usaba todo el tiempo, lo había hecho con Tomás, con mis amigos, mis padres, con todo el mundo. ¿Por qué me molestaba que Manu lo hiciera conmigo? ¿Eran los límites o la forma en que lo había hecho?

Vacíé demasiado rápido mi botella, y mientras me preparaba para sacar otra, Francisco se me acercó con una sonrisa ebria en el rostro.

—¿Te traigo Vodka? —preguntó.

Acepté, me divertí, canté y bailé, sin saber el minuto exacto en que dejé de recordar.

Paso 14

Nino

Confieso que oírlo pedir que me mantuviera a su lado, se sintió como el equivalente a una propuesta de matrimonio, y no es que estuviera esperando con mi vestido de novia bajo el brazo. Claro que no. Tan solo sentí cierta necesidad de *compromiso*, no por obligación, sino que por cariño. Por esa comodidad que sentíamos el uno con el otro, y no necesité más para entender que la paciencia tendría que ser mi mayor compañera. Por fortuna, ni él ni yo teníamos prisa.

A paso lento, mis días junto a Manu comenzaron a tomar un ritmo encantador que me tenía viviendo un ensueño inimaginado. Cuatro veces por semana, me visitaba en casa los lunes, miércoles, viernes y domingo. Siempre a la misma hora del día, en micro desde su hogar, cruzaba el río que dividía una ciudad de la otra, cuidando de hacerlo en el lapso con menor cantidad de pasajeros, con guantes y un pañuelo que cubría su boca y nariz. En mi departamento, guardaba para él una muda completa de ropa que usaba después de bañarse —inmediatamente después de llegar—, por lo que el traje naranja había pasado al olvido. He de confesar, que ese era mi momento preferido del día, pues me deleitaba con Manu saliendo de la ducha con sus mejillas sonrojadas y su cabello empapado, para sentarse a mi lado con el aroma dulce del jabón que lastimaba sus manos por el uso.

Esa tarde en particular, las pequeñas heridas sobre su piel reseca parecían más dolorosas que días anteriores, tal vez por el estrés que su nueva ocurrencia le provocaba.

—No me duelen —dijo él, anticipándose a la pregunta que estaba a punto de hacer—. Antes eran peores. Llevo un tiempo tratando de hacerlo menos

seguido, pero no todos los días lo logro —rio.

Suavemente acerqué mi frente a su rostro, que era lo más cerca que podíamos estar sin que pasara a llevar su *zona de seguridad*, y Manu sonrió con alegría.

—¿Seguro que deseas esto? —pregunté.

Él asintió con su cabeza y comenzamos a organizarlo todo. Era invierno en nuestro hemisferio, veintiuno de agosto exactamente, y nos preparábamos para celebrar su cumpleaños número veintiséis. Tal vez en el fondo, Manu deseaba también festejar con su madre, pero desde el pequeño espectáculo en donde arruiné parte de su alfombra, mi nombre pasó a encabezar la lista de personas indeseables. En términos formales, ella fue invitada, pero todos sabíamos que no asistiría.

Desde mi ventana observamos caer la lluvia mientras compartíamos más cervezas de las que habíamos prometido, y un asqueroso pastel que no sabía a nada. Nuestro grupo entero de amigos se reunió en torno a Manu, incluso Elisa nos acompañó, quien por supuesto no perdía oportunidad para coquetearle.

Cada vez que ella pretendía captar su mirada, no podía evitar sentir una mezcla de alegría y satisfacción, pues había comprobado en carne propia que coquetearle a Manu era imposible, pues él jamás se daría por aludido, no importaba cuánto lo intentara.

Al comenzar acercarse la noche, la temperatura empezó a bajar aún más, al punto de cambiar las cervezas por el tibio vino que Francisco y yo teníamos preparado, pues en mi humilde departamento de estudiante, no había calefacción ni mantas suficientes para todos. Mientras servíamos el vino, Elisa se me acercó temblando de frío.

—Nino, ¿podrías prestarme un sweater? —pidió.

Tras el pequeño roce que tuvimos en el cumpleaños de Tomás, nuestra relación se limitó a la mera formalidad y a que, por desgracia para mí, compartíamos amigos. Yo no la odiaba en absoluto, pero no podía obviar el hecho de que Manu parecía robarnos a ambas el sueño.

—Hay uno sobre mi cama —contesté.

Manu me observó horrorizado, pues una y otra vez recogía la ropa que no guardaba de forma adecuada en el closet. Le sonreí casi para pedirle perdón, y él rio conmigo. Estaba contento esta noche, sus ojos brillaban de alegría y no paraba de hablar con los demás.

—¿Y ese retrato tan bello? —preguntó Elisa al salir de mi habitación.

Volví a observar a Manu, llena de orgullo.

—Fue el querido cumpleaños —contesté, y el caos se desató.

Sin siquiera pedir permiso, todos se levantaron y entraron a mi alcoba para constatar que Manu era todo un artista.

—¿Tu pintas? ¡Eres un genio! ¡Es un cuadro hermoso! —Vociferaban todos, alabando estrepitosamente las cualidades artísticas de mi adorado joven.

De pronto, todos querían un cuadro hecho por sus manos, bombardeándolo de halagos y preguntas, por lo que preocupada, me mantuve a su lado, observándolo en todo momento para detectar si algo lo hacía sentir agobiado, aunque para mi sorpresa, Manu se veía feliz y tranquilo.

—Justo ahora estoy trabajando en un *ArtCafé*, hay muchos chicos que exponen sus cuadros ahí, podrías preguntar, te recibirían encantados. Puedo presentarte si gustas —ofreció Elisa de inmediato, ignorando la mirada de furia que le arrojé.

No eran simples celos. Tenía miedo de que Manu se sintiera presionado, aunque él se veía muchísimo más relajado que yo.

—Gracias, pero la verdad es que pinto solo por diversión —sentenció él.

Pero Elisa volvió a ignorarlo.

—Espera, ahora que recuerdo —chilló—. Pronto tendrán un evento, es un concurso de cuerpos pintados, ¡definitivamente tienes que participar!

Lo primero que pensé, fue que Manu la rechazaría sin siquiera pensarlo, pero él se giró para observarme. ¿Estaba tal vez pidiéndome la opinión?

—No lo sé, hace mucho que no participo en un evento serio.

—¿Antes lo hacías? —preguntaron todos al unísono.

Manu y Tomas volvieron a reír.

—De pequeño, muchas veces —contestó.

Una vez más, todos parecieron enloquecer con lo que Manu les contaba, y se esmeraron en convencerlo, hasta que Manu volvió a concentrarse en mí.

—Nino, ¿dejarías que te pintara? —dijo, y asombrada, escupí el poco vino que tenía en la boca.

No pensé la respuesta, pero me imaginé desnuda frente a miles de desconocidos y no me sentí capaz de hacerlo.

—¿Qué? Jamás, que vergüenza. Lo siento, pero no puedo ayudarte con eso —respondí.

Manu suspiró, y en una fracción de segundo, recapité: que Manu me pintara, podía significar un excelente momento de intimidad entre nosotros, y creí estar a tiempo de arrepentirme. Creí, porque Elisa se me adelantó.

—Píntame a mí ¿qué te parece? —propuso ella.

No era necesario quedarme a presenciar la respuesta, pues era un evidente *no*, por lo que volví a servirme un poco más de vino.

—¿Estás segura? ¿No te da vergüenza? Si es así, sería un placer.

Y eso sí que fue una sorpresa. Estupefacta, me volteé hacia Manu. ¿*Un placer? ¿En serio?* Llevaba meses a su lado, y así, sin más, Elisa se me adelantaba transformándose en su musa, y resulta que además, era un placer para él pintarla. No era justo en absoluto.

Sin embargo, el calvario recién iniciaba, pues ese mismo fin de semana, Elisa y Manu comenzaron a practicar, y él, con esos ojos de niño bueno, me rogó que lo acompañara, pues conmigo se sentía más *tranquilo*. A veces, realmente pensaba que Manu no entendía para nada hacia donde iba nuestra relación —o al menos no parecía desear ir al mismo lugar que tanto ansiaba yo—, pues tenerme ahí, sentada y abatida en un rincón junto a Tomás, observando como recorría con la vista el cuerpo de Elisa, una y otra vez, distaba mucho de lo que yo esperaba.

Tomás adivinó como me sentía, y decepcionado, me dio un pequeño empujón con el cuerpo.

—Eres muy tarada Nino ¿Cómo permitiste que esto terminara así?

—No me lo digas, ¿quieres?, que estoy a minutos de asesinar a dos personas.

Desde ahí, observamos como con la elegancia con que Manu tomaba el pincel, comenzaba a dibujar sobre el rostro de Elisa. Sin detenerse, se acercaba a escasos centímetros para acariciarla con la pintura, obligándome a cubrir mi rostro y pretender que nada de eso sucedía. No podía abandonar a Manu, no cuando volvía a sentir el deseo de compartir su arte con más personas.

Ensayaron por semanas, y su relación comenzó a volverse más estrecha frente a mis ojos. Con el correr de los días, los pinceles de Manu viajaban con total confianza por el cuerpo de Elisa, reían cómplices, se miraban a los ojos por eternos minutos, haciendo desaparecer al mundo a su alrededor.

Treinta y siete días ensayaron, antes del concurso.

Fue ahí cuando decidí, que era tiempo de hacerme a un lado.

Manu

Estaba casi listo para recibir a Elisa cuando un mensaje de Nino me distrajo:

"Lo siento, hoy no podré ir. Tengo que resolver asuntos académicos. No me necesitas ahí, porque eres el mejor."

Me quedé helado al leerlo ¿qué iba a hacer si Nino no estaba conmigo? No podía pintar sin ella, y tampoco deseaba hacerlo. Entendía que mi lienzo era otra mujer, pero siempre estaba pensado en Nino como referencia, porque nada en Elisa me provocaba inspiración. Si tomaba un color, lo primero que hacía era pensar en el tono de piel de Nino; si buscaba sus ojos, imaginaba como unas estrellas sobre su frente los harían resaltar, tal vez de colores anaranjados, o tonos rosas que contrastaran con la oscuridad de ellos; sus hombros pequeños se convertían en alas; y su cintura, más gruesa que la de Elisa, parecía un lugar

agradable para transformarla en el hábitat de pájaros libres como ella.

De forma inconsciente, lo único que hacía sobre Elisa, era dibujar a Nino. Por eso, cuando la vi atravesar el umbral y sonreír entusiasmada, no fui capaz de seguir.

—Elisa, ¿te molesta si hoy no practicamos? —pedí.

—¿Por qué? ¿qué sucedió? Mañana es el concurso, ¿estás seguro?

Guardé silencio, sin saber de qué forma responder. No podía solo decirle que su cuerpo no me inspiraba, pues era una completa falta de respeto. Elisa cruzó sus brazos, y agregó:

—¿Es por qué Nino no viene? —No respondí, porque Nino no era algo que deseara discutir con ella, pero no supuse que le molestaría tanto—. Deberías dejar de depender de ella. Nino también tiene su propia vida —sentenció.

Sabía que Elisa tenía razón. Nino tenía un mundo aparte que amablemente compartía conmigo, tenía una vida ya completa, feliz, plena, en la que yo no deseaba interrumpir o molestar, y aunque estaba nervioso por el concurso, era necesario que lo asumiera.

Esa noche, la dibujé hasta entrada la madrugada, hasta que me fue imposible aguantar la incertidumbre y, a las dos de la mañana, le escribí:

¿Irás al concurso mañana?

Obvio, respondió ella.

Te estaré esperando, agregué. Terminé de colorear sus almendrados ojos, y me dormí

El día del evento, estaba mucho más nervioso de lo habitual. Por la mañana, revisé todos mis pinceles y todas mis pinturas antes de salir de casa, y lo repetí una vez que llegué al *ArtCafé* donde Elisa trabajaba. Las ordené una, y otra, y otra, y otra vez, todos mis pinceles, todas mis pinturas, todos mis pinceles, todas mis pinturas...

—¿Estás nervioso? —preguntó Elisa al verme.

—Demasiado —contesté, continuando con la organización de mis materiales.

—¿Quieres un poco de agua? —ofreció ella, acercándose su botella.

La observé molesto, ¿era posible que ella no hubiese entendido nada sobre mí?

—No, gracias —contesté, tratando de sonar amable mientras observaba mi reloj por décima vez.

Estaba a minutos de comenzar el concurso, y Nino no aparecía.

—¿Manuel Monsalve? —llamó un hombre hacia el segundo piso en dónde me encontraba hace segundos junto a los demás participantes, pues todos ellos habían bajado hace ya unos minutos.

—Soy yo —contesté, y mi voz tembló de forma vergonzosa.

—Estamos a quince minutos y solo faltas tú.

Tomé mi teléfono y comencé a llamarla sin descanso. No entendía que no llegara si me lo había prometido. Una cosa era intentar practicar sin ella, pero estar delante de tanta gente que jamás había visto era algo totalmente inalcanzable para mí. No sin ella.

No puedo hacerlo, escribí.

Iba a abandonar el concurso.

—Elisa, voy afuera un momento —murmuré.

En la calle, caminé de un lado a otro para tratar de controlarme. Mis manos estaban comenzando a temblar y sabía que iba a empeorar si ella no llegaba, pero además, saber que llevaba tiempo sin sentirme así agravaba la situación.

—¿Qué ocurre Manu? —dijo Elisa con suavidad, acercándose a mí.

Mi voz apenas salía, y mi respiración agitada comenzaba a volverse insoportable.

—Es Nino, aún no llega. No puedo hacerlo si no viene, no puedo, no puedo... —respondí, y sin saber el por qué, presencié el estallido de furia de Elisa.

—Ese es el problema, siempre es lo mismo. ¡Ya para de darle esperanzas! ¡Si ya la rechazaste una vez, debes dejar de confundirla!

—¿De qué hablas? —pregunté, asombrado por el despliegue de odio que

presenciaba.

—¡De esa estúpida relación que tienen! ¡Le dices que no se comporte como tu novia pero la tratas como si lo fuera! ¡Jamás lograrás aclarar las cosas si no cortas ese maldito círculo!

—¿Por qué estás tan molesta? —agregué, sintiendo como mi cuerpo volvía a calmarse.

—¡Porque odio sus celos, odio su cara cuando me tocas, odio su cara cuando me pintas, odio que tengas que preferirla, odio que sea ella y no yo!

Escucharla hizo que me tranquilizara por completo. No esperaba darme cuenta de todo de esa manera ¿Nino estaba celosa? ¿Cómo podía yo ser tan idiota?

—Lo siento Elisa. No te puedo pintar.

—Muérete —bramó ella, y se fue.

Me quedé pasmado observando a mi modelo partir, sin reaccionar por completo a todo lo que había sucedido. ¿Era hora de volver a casa? Si Nino no aparecía, ya no tenía nada que hacer ahí.

—¡Manu! ¡Ya llegué! ¿Dónde está Elisa? —escuché a lo lejos.

Me volteé, y vi a Nino acercarse, radiante y hermosa. Fue ahí que mis sentimientos se pusieron en orden y logré entender lo que me ocurría.

—Se fue. No la pintaré. Nino, tienes que ser tú.

—¿Se fue? Pero si ella estaba...

—Nino, Tienes que ser tú

—Manu pero...

—Nino, tienes que ser tú.

Paso 15

Nino

Acepté con alegría convertirme en su lienzo, aunque la convicción con que me lo pidió, dejaba poco espacio para dudar. Tras el *sí*, Manu comenzó a correr.

—Bien, estamos retrasados. Retrasados. Retrasados. Tienes que ir al vestidor, sacarte la ropa, yo te esperaré abajo. ¡No bajes sin ropa! Tras el biombo hay una manta blanca para que te cubras. Pero no puedes cubrirte mientras te pinto, ahí si debes quitarte la ropa, solo no te la quites antes, quiero decir, *sí*, quítatela, cúbrete, y luego te quitas la manta.

Manu nervioso era encantador, y complejo, pues todo debía hacerse según sus reglas, lo que incluyó subir al segundo piso utilizando primero el pie derecho y bajar utilizando el izquierdo, al igual que cuando subí a la tarima dispuesta para mí, en el centro de un café donde reinaba el esnobismo y la intelectualidad.

Una vez allí, vistiendo solo mí no muy sexy ni diminuta ropa interior — nadie me dijo que debía ir preparada—, sentí que el pánico se apoderaba de mi cuerpo. Toda tranquilidad me abandonó, pero al mirada ilusionada de Manu me obligó a desechar el deseo de huir.

—Hago esto solo porque no puedo ir contra un obsesivo compulsivo — bromeé antes de subir a la tarima.

Manu soltó su hermosa sonrisa, y todo en mi colapsó de amor.

Bien, no lo hacía solo por él, pues imaginar la imaginación de Manu fluir sobre mi cuerpo, no solo era una oportunidad no podía perder; también era la cercanía máxima que de seguro alcanzaríamos.

Desde la tarima, observé hacia el público que aguardaba distribuido en las

mesas del primer y segundo piso, en donde encontré a Tomás, su madre, Francisco y Andrea. El pavor me invadió nuevamente, pues aunque para Tomás, y que vergüenza asumirlo, no sería la primera que me veía desnuda, el resto jamás había gozado de tal privilegio. Volví a ruborizarme y examiné a los demás participante: todos ellos se ubicaban sobre un estrecho escenario, en el que habían dispuesto siete tarimas, en donde siete pintores, todos hombres, y siete modelos, entre ellas, cinco mujeres, eran observados por los allí presentes. Los demás modelos ya habían dejado caer sus mantas, lo que hizo que mi nerviosismo se intensificara. Mi cuerpo era saludable, ni muy grueso ni muy delgado —bien, para nada delegado—, pero las demás chicas parecían salidas de un programa de tv, y sin notarlo, me encontré rogando que Manu no las observara.

Por fortuna, él tenía otras preocupaciones:

—Pincel grande, rojo, amarillo, pincel pequeño, azul, pincel grande, pincel medio, pincel pequeño, rojo, azul, rojo, amarillo, pincel grande, rosa, lila, rojo, rosa, rosa...

Concentrado en sus materiales y con sus manos temblando, organizaba una y otra vez el pequeño espacio de trabajo que se le había otorgado, aun cuando los demás artistas ya comenzaban a pintar. El público notó el evidente estado de nerviosismo, y lo miraban sin piedad mientras los murmullos comenzaban a crecer. Claudia, desde lugar, lucía inquieta, mientras Tomás y los chicos trataban de lucir confiados.

Por mi parte, lo único que pensaba era en cuál debía ser mi actitud ante lo que ocurría, y lo primero que pensé, fue que debía protegerlo. Suavemente intenté acercarme a él, aunque Manu no me notó en absoluto. Sus manos temblaban preocupando a quienes lo conocían, pues ya había pasado un tiempo desde que no lo veíamos así.

—Manu, no es necesario que lo hagas —dije, murándole casi al oído, pero él no me miró—. Manu, ¿vamos? podemos hacerlo, no va a pasar nada —agregué.

Manu continuó ordenando y reordenando sus materiales como si estuviera solo en el mundo.

—Manu —repetí—, nadie te está obligando, vámonos de este lugar — insistí finalmente.

Y fue ahí cuando terminó de mover sus cosas y me observó sonriente.

—Nino, esta vez, soy yo el que quiere hacerlo.

Era increíble cómo Manu pasaba de comportarse como un niño, a ser un hombre decidido y seguro, capaz de enloquecer a cualquiera. Le sonreí nerviosa para ocultar que mi cuerpo comenzaba a derretirse ante ese despliegue de masculinidad cliché que emanaba de sus palabras firmes y su voz confiada, mientras él solo se limitaba a observarme como si no estuviera a punto de quedar desnuda frente a sus ojos.

—¿Podrías amarrar tu cabello y bajar la manta? —pidió entonces, con una timidez encantadora.

Manu iba a verme desnuda. Manu iba a verme desnuda. ¡Mierda! ¡Manu iba a verme desnuda! Y mientras yo temblaba, dejé caer lo único que me cubría, até mi cabello tan alto como pude y me preparé para sentir sus ojos recorrerme, tal como hacía con Elisa cuando la pintaba. Pero eso no sucedió.

Calmado como nunca, Manu deslizó su pincel sobre mi frente, y sin ningún tipo de aviso, sentí la fría pintura sobre mi frente.

Con sorpresa abrí mis ojos para encontrar su rostro a escasos centímetros del mío, tan cerca, que podía observar cada detalle en él: sus pupilas, sus pestañas, su boca, sus diminutos lunares cerca del cabello y las tenues arrugas en su frente cada vez que se concentraba. Tal vez debí ignorar la intensidad de ese momento y desviar la mirada, pero sentirlo así, solo provocó que la urgencia de acercarme se multiplicara.

—Manu —murmuré.

Él no se detuvo, pero me miró a los ojos sin vacilar ni por un segundo, y me preparé para sentir sus labios, segura de que en cualquier momento me besaría.

—Lo siento, ¿está muy helada? —respondió.

Suspiré rendida, y traté de contener la risa al escucharlo, pues una vez más, estábamos en sintonías diferentes.

—Está bien —contesté.

Manu se acercó más, y rozando mi oído, me pidió permiso para avanzar por mi cuerpo, acariciándome con cada pincelada, y haciéndome perder la noción del tiempo.

Lo único que comprobé aquella tarde, es que nuestro momento no había durado lo suficiente.

Manu

Tras los vestidores, lo único que se escuchaba era el regaño constante y agudo de Nino. A su alrededor, las demás modelos reían o guardaban silencio. Sin duda, era la más inquieta —y ruidosa— del lugar.

—Realmente es injusto —repetía—. ¡Tú merecías el premio! ¡Qué rabia! ¡esto de seguro estaba arreglado! Si Elisa hubiese sido la modelo, habrías ganado —bramaba mientras volvía a ponerse ropa, aún con su cuerpo pintado.

Me limité a escucharla con cierto agrado mientras guardaba mis materiales e instrumentos dentro de mi maletín, tratando de disimular que era incapaz de voltear a mirarla. ¿Cómo podría volver a estar a su lado después de lo que acaba de ocurrir? Estaba seguro de que nunca más podría estar junto a Nino con calma, pues mi mente y mi cuerpo se habían descontrolado por completo. No era solo el verla sin ropa, sino la extraña sensación de insuficiencia que me provocaba solo el hecho de existir y saber que ella existía, y que no éramos la misma persona, aunque deseara como nunca haber nacido pegado a su columna.

De pronto, encontré la lógica a los cientos de poemas de amor que se han escrito durante la historia, y a cuanta cursilería existe gracias a la avasalladora sensación de amar, de desear, de necesitar tanto de alguien, que todo gesto, toda palabra, se siente vacía. Y es que no hay forma de explicarlo, no hay color para detallar como mi alma de pronto solo quería envolverla, y el pánico que se abrió paso hacía mi nueva condición de ser humano que podía amar: ¿Cómo se

sobrevive al amor? ¿Cómo, si me costaba respirar, me costaba hablar, me costaba mover mis manos? ¿Y cómo siguen existiendo aquellos que no salen bien parados del amor? ¿Cómo resisten la ausencia aquellos pierden su ser amado? ¿Cómo viven las personas como yo, que no saben cómo amar, porque ni siquiera somos capaces de vivir en el mundo real?

—¡Mi loquito preferido! ¡Felicidades! ¿Y la modelo?

Francisco entró gritando a la sala, obligándome a salir —o a pretender salir— de la angustia que me invadía. Su rostro irradiaba felicidad, tal vez porque, al igual que yo, el cuerpo de Nino lo había hipnotizado. Tras él, mi hermano y mi madre se acercaron, acompañados de Andrea.

—¡Hermano! ¡Felicidades! —celebró Tomás.

Todos gritaban, convirtiéndome en el participante más bullicioso de ese Café. Orgullosos y alegres me rodearon, sin dejar de hablar en ningún momento, lo que agradecí, pues no dejaron que las dudas me encerraran. Mientras hablamos, sentí acercarse la voz de Nino, que ya estaba vestida, y de pronto, ya estaba junto a mí criticando el concurso.

—Manu debía ser el primero. ¡Te aseguro que todo esto está arreglado!

Mamá la saludó por primera vez luego de odiarla por ser ella —una hermosa irresponsable que bebía más de la cuenta—.

—Hijo, ¿vamos a casa? Invita a tus amigos, podemos celebrar tu segundo lugar ahí —invitó mamá.

Papá no me permitía obtener segundos lugares, pero como ya no estaba a nuestro lado, me sentí tranquilo, y lo disfruté. Tenía la seguridad de que mi puntuación se debía solo al poco tiempo que había tenido para terminar. Aun así, mi premio era estupendo: el primer lugar daba derecho a exponer durante un mes en el local, el segundo, tendría sólo 15 días. Eso para mí, era suficiente, más cuando sabía que premio había sido otro.

—Entonces, ¿iremos a tu casa?, yo tengo que pasar a sacarme la pintura, puedo alcanzarlos después —dijo Nino, dirigiéndose a mí.

Me quedé helado, tratando de conectar las palabras en mi cabeza para

responder, sin embargo, mi mente solo pensaba en el momento en que dejó caer su manta y tomó su cabello.

—Me esperas, ¿Manu?... ¿Manu? —insistió.

Observé su cuello y los restos de pintura que bajaban por su escote. Tenía que hablar. Tenía que hacerlo.

—¿Puedo ir contigo? —pregunté. Y todas las miradas se volvieron hacia nosotros.

Francisco abrió la boca exagerando el asombro, mamá palideció, Tomi intercambió miradas con Andrea y yo todavía no podía mirar a Nino a los ojos.

—Bueeeeno, nosotros nos adelantamos —bromeó Francisco guiñándome un ojo y golpeándome el hombro, emulando la actitud de un padre entregando a su hijo.

Le sonreí como respuesta, comprobando por fin que mi amigo no estaba interesado en ella. Francisco la quería, tal vez más que a otra amiga, pero Nino era solo para mí. Rápidamente nos despedimos del grupo y sin acordar nada, caminamos en silencio hasta el departamento de Nino. Yo temblaba, y ella se deleitaba con el atardecer primaveral de septiembre.

Para cuando estuvimos en su casa, mi respiración ya estaba agitada y a punto de volverse insoportable.

—Manu, ¿quieres ducharte antes? —preguntó ella.

La estaba preocupando, sabía que tenía miedo de que me sintiera agobiado tras estar en un lugar con tantas personas. Sonreí y negué con la cabeza, sin mirarla a los ojos, perdida en su escote. ¿Por qué no podía sacar la mirada de ahí? ¡Que avergonzado me sentía!

—Te espero —contesté por fin.

Nino avanzó al baño dejándome solo en su sala de estar, sintiendo como el deseo de verla crecía sin control. Cada segundo que pasaba, se volvía eterno, y a mi ansiedad no le gustaba mucho ver correr el tiempo. Mi única opción, fue buscar sus ojos en la pintura que había ubicado meses atrás en su cuarto. Avancé con prisa los escasos pasos que me separaban de la belleza que reflejaba esa

pintura, pero aunque trataba de calmarme, mi mente traidora solo repasaba una y otra vez sus piernas, su cintura, su espalda, su pecho, sus brazos, sus ojos, sus labios...

¿Qué me estaba pasando? Debía recordar su boca y sentir sus gérmenes saltando hacía mí, pero contrario a lo que esperaba, mi cabeza solo repetía "*¿Por qué no la besé?, ¿Por qué no la besé? ¿Por qué no la besé?*"

—Manu, ya está desocupado, puedes pasar —dijo ella apareciendo en la alcoba.

Tenía su pelo mojado, despeinado y recogido, y pequeñas gotitas de agua bajaban por sus hombros, en los que solo había un par de tirantes que sujetaban un colorido vestido. La observé emocionado, mientras poco a poco, sentí que mi cuerpo comenzaba a deshacerse. Sin saber qué hacer o qué decir, sin ser consiente de cómo reaccionar, me acerqué a ella y la besé.

Ese día, por primera vez, no volví a casa.

Especial – Manu y su primera vez

Por supuesto que estoy feliz. ¿Cómo no voy a estarlo si acabo de recorrer el cuerpo de Nino con mis pinceles? Estuve tan cerca de ella como nunca jamás podría estarlo. Acabo de plasmar mi esencia en su piel, entre colores vivos y alegres patrones. Bueno, en realidad, así es como se siente mi corazón desde que apareció en mi vida: vivo. Y aunque pueda parecer ridículo, ya no me importa arrastrarme al vacío sabiendo que su compañía tiene fecha de término. Estoy seguro de que sería horrible perderla, pero ya no me angustio por eso. Ni siquiera puedo hacerlo, porque solo tengo en mi cabeza la curva de su cuello, su cintura, sus pechos y sus labios. ¿Cómo el resto del universo puede continuar su vida sin detenerse a admirarla? No lo entiendo. Yo apenas soy capaz de mantenerme erguido mientras camino a su lado. Mis piernas están temblando y estoy seguro de que Nino se da cuenta, porque estrecha con más fuerza nuestras manos.

No puedo creerlo. ¿Será porque mis manos y las suyas aún están cubiertas de pintura? Es extraño no temblar ante su contacto. Extraño y maravilloso. Sin embargo, ella está preocupada por mí, ¿qué acaso no nota lo feliz que me siento? No para de mirarme, sé que lo hace, puedo notarlo. De seguro está pensando que me agobia el contacto con su piel, pero la verdad es que estoy rogando porque aquello no termine nunca.

Oh, no. Llegamos al edificio. Nuestra cercanía está llegando a su fin.

No lo quiero Nino. No lo quiero. No lo quiero. No lo quiero.

Quédate un poco más junto a mí.

Nino abrió su mano y yo me aferré a sus dedos, obligándola a mantener el firme agarre por lo menos hasta que entremos a su departamento. Ella se volteó asombrada, pero no fui capaz de mirarla. Estoy aterrado de perder esta cercanía.

Abrí la puerta y comenzamos a subir de la mano la escalera, pero una vez

frente a su puerta, no tenemos más alternativa que soltarnos, pero ahora que estoy dentro tengo la necesidad urgente de pedirle que se acerque.

—Manu, ¿quieres ducharte antes? —me dice, y puedo ver como nuestra intimidad ha terminado. No puedo hablar, una vez más soy incapaz de hacerlo. Ni siquiera puedo mirarla a los ojos, porque sé que caeré a sus pies pidiéndole que sus manos vuelvan a hacerme sentir un hombre un real. Niego con la cabeza, como un niño, y me avergüenzo de mí mismo.

—Te espero —contesto. Pero sé que mi voz tembló.

Ella ríe despacio y suave, entra al baño y oigo el ruido del agua caer. Mi pecho está descontrolado, con mi corazón latiendo tan fuerte que asusta. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? Miro mi reloj, aún marca las ocho, con veintiséis minutos y treinta y cuatro segundos. Sólo han pasado tres minutos y diecinueve segundos, pero a mí me parecen una eternidad. Mis manos se mueven nerviosas, necesito calmarme, necesito que Nino salga de ahí. Aún escucho como el agua cae, y sé que la está recorriendo, al igual que hace un par de horas lo hicieron mis pinceles. Maldición. Pensar en su cuerpo y en cómo mis pinturas la acariciaron acaba de provocar que me sofoque. Necesito aire, necesito calma. La necesito a ella.

Nino, Nino, Nino, Nino, Nino, Nino. Ya lo sé. Entró a su habitación en dónde descansa el retrato que hace meses pinté para ella, pues sé que en sus ojos encontraré la paz que necesito. No quiero una crisis ahora.

Abro la puerta y avanzó con paso torpe y apresurado hasta su escritorio.

Nino.

Nino.

¿Cómo puede su mirada hacerme tan bien? ¿Cómo un ser humano puede ser dueño de tanta belleza, de tanta perfección? Mis ojos comienzan a emocionarse al darme cuenta de que deseo besarla, y que aunque lo normal sería asquearme con el simple hecho de una boca cubierta de gérmenes se me acercara, solo puedo seguir pensando en sus labios y en lo estúpido que fui al no unirlos a los míos mientras la pintaba.

¿Por qué no la besé? ¿Por qué no la besé? ¿Por qué no la besé?

—Manu, ya está desocupado, puedes pasar —dice ella apareciendo en la alcoba. Tiene su cabello mojado, despeinado y recogido. No es posible, voy a comenzar a llorar, puedo sentirlo y puedo ver como su rostro cambia de expresión. *No, Nino, no te preocupes por mí, estoy bien, estoy bien, estoy bien*, pienso al verla avanzar hasta estar frente a mí. Mi mente me grita que la bese, pero no sé cómo, no sé qué decirle, no sé qué hacer. ¿Qué sentimiento es este? Mi cuerpo parece comenzar a deshacerse. ¿Es algún síntoma nuevo?

Nino va a hablar, quiere saber qué me ocurre, pero no quiero escuchar su voz de preocupación. No ahora. Tengo que hacer algo. Tengo que hacer algo. Tengo que hacer algo. Y rápidamente paso mis manos por su nuca y la acerco con suavidad. Voy a besarla. Y ella lo sabe, porque sus ojos se cierran muy despacio a medida que voy sintiendo su respiración, pero no sé qué deseo más, besarla o quedarme ahí, por siempre, respirando su aire a centímetros de su rostro. Cuando sé que no puedo alargarlo más, uno mis labios a los suyos, y me invade una felicidad que me abrumba. No sé cómo reaccionar, porque ese beso no ha sido suficiente. Uno mi frente a la suya y soy capaz de sentir el calor de mi rostro bajar al resto de mi cuerpo. Ni siquiera puedo respirar con normalidad.

—Lo siento Nino... no sé qué debería hacer ahora —digo, y mi voz suena como si acabara de correr una maratón. Estoy avergonzado. Vuelvo a besarla, y esta vez creo que lo hago mejor. Nino ríe nerviosa, y posa sus brazos en mi pecho, para pasarlos muy despacio hasta mi espalda. Los besos no paran, y lo agradezco, porque si ella se apartara de mí en este momento, moriría. ¿Seré capaz de continuar?

Nino se aparta unos centímetros y me observa, me está pidiendo autorización. Beso su mejilla y su cuello, y ella comienza a desabotonar mi camisa. Lo hace despacio, para continuar con mi camiseta, hasta que mi torso desnudo comienza a delatar mis nervios con un vaivén desesperado. Ella sonrío, pasa una mano por mi mejilla y beso la palma de su mano, que luego baja por mi pecho hasta mi pantalón.

Voy a morir.

Voy a morir.

Voy a morir.

Mi corazón está desesperado por salir de mi pecho. Sus dedos desabotonan mis jeans y la cremallera baja lentamente. ¿Qué puedo hacer? Nino, dímelo por favor. Ayúdame, o voy a morir. No puedo mantener toda esta emoción dentro. Ella vuelve a sonreír y me empuja despacio hasta la cama, en donde caigo sentado, con ella de pie entre mis piernas.

—Vas a matarme, Nino —digo, y ella suelta una carcajada coqueta. Toma una de mis manos y la lleva hasta sus hombros. ¿Quiere que le quite su vestido? No sé si es eso lo que pide, pero de igual forma lo hago. Suelto los diminutos amarres y las flores que la cubrían caen al piso, dejando su piel al descubierto. Es cierto que hace horas también la había presenciado desnuda, pero ahora es distinto, porque está ahí solo para mí. Nino suelta su brasier, pero soy yo quien se lo quita. Sus pechos son del mismo tamaño que mis manos, y me parece una extraña pero hermosa casualidad. Ella se acerca, me besa, pero yo quiero más. Y ya no siento miedo ni vergüenza.

Acaricio su piel y bajo sus bragas rojas. Nino vuelve a acercarse, ya está desnuda por completo, y me besa. Mis manos aún tienen restos de pintura, pero sin que ello me importe paso mis dedos por su espalda, mientras la acerco aún más, más, más y más. Hasta que estoy de espaldas sobre la cama, con ella sobre mí. Mientras Nino besa mi torso, recuerdo fugazmente que en el momento en que la pintaba, pensaba que jamás podría volver a estar tan cerca de su cuerpo. Qué estúpido fui. Nino recorre con sus besos un camino sobre mi cuerpo, y quitándome lo que queda de ropa, descubro que no quiero morir jamás. Si muriera, jamás podría volver a sentir el placer de su boca besándome dónde nunca antes podría haber imaginado, o tocándome donde jamás fui capaz de tocarme, aún en mis días de descubrimiento adolescente. Nino acaba de romper todas mis barreras. Ya no queda nada en mí que ella no haya tocado, y en su cuerpo tampoco hay piel que no haya pasado por mis manos.

—Espérame —dice, levantándose un segundo de la cama. Quiero incorporarme, pero siento el leve temblor de mi cuerpo, y si me muevo, estoy seguro de que ella va a notarlo—. ¡Aquí está! —grita, entusiasmada. Vuelve a mi lado y sonrío, mientras me enseña un condón. ¿Va a pasar? ¿Realmente va a pasar? Estoy seguro de que ella es capaz de ver el estado de pánico en que el comienzo a entrar, porque muy despacio se ubica sobre mí y sonrío con ternura —: Yo me encargo —murmura—. Pero debes decirme cuando quieras parar.

Y dejé de contenerme. Ya no podía fingir que era una persona normal, porque ella y yo estábamos pasando a un nivel distinto de conexión. Traté de ahogar un gemido vergonzoso cuando mi cuerpo se unió al de ella, pero me fue imposible. Nino era fantástica. Hermosa. Sensual. Y allí, sobre mis caderas, parecía la creación más perfecta del universo. Su voz cambió, se volvió suave y exquisita, y poco a poco comenzó a bajar hasta unir su frente a la mía, en el momento en que su voz se alzó para decir mi nombre junto a un *te quiero* apenas audible en medio de su éxtasis máximo, el cual terminó con una gran sonrisa sobre mis ojos cubiertos de lágrimas. Nino se tumbó a mi lado y me haló hasta estar sobre su cuerpo. Cruzó sus piernas a través de mi espalda y me empujó hasta ella, sonriendo.

—Continúa —susurró. Mi cordura terminó por desaparecer, ahogado con mi propia felicidad, y de alguna forma siento que comienzo a acercarme a la muerte, que ya no puedo soportarlo, y que todos los sentimientos del mundo comienzan a explotar entre sus brazos. Me dejé llevar. Me dejé llevar mientras me pierdo a mí mismo. Mientras me siento morir, sin aire, sin control, sin poder detenerme. Nino me abraza, me besa. Quiero decirle que la amo, que todo esto es maravilloso, pero de mi boca ya no salen palabras. Mis gemidos se unen a mis lágrimas, y acabo rendido sobre Nino, llorando como un niño, cubierto de sudor.

Y no deseo correr a tomar una ducha.

No deseo volver a levantarme de ahí.

No deseo separarme nunca más de Nino.

La quiero para mí. Y sé que no puedo, que no es correcto desearla de esa

forma, pero ya nada puedo hacer. Estoy perdido, para siempre.

—¿Estás bien? —murmura ella, y acaricia mi cabello. ¿Lo estoy? ¿Lo estoy? No lo sé, Nino. Estoy aterrado. Estoy temiendo el día en que ya no me desees a tu lado, en que tu amor ya no soporte todo esto, en que mi carga se vuelva insoportable para tus hombros y me dejes. Pero no puedo decírtelo. No puedo hacerlo porque sé que me quieres, y sé que preferirías quedarte a mi lado antes que provocarme tal dolor. Y no quiero que hagas nada por obligación. Quiero vivirlo todo a tu lado, quiero sentirlo todo, tal como ahora. Quiero amarte, quiero que te enfades, que te estreses y que quieras repetir cada noche todo esto y jamás cansarme de tu olor, de tu cuerpo. Trataré de hacerlo lo mejor que pueda, no importa cuánto dure, no importa cuánto sufra cuando acabe. Lo quiero, lo acepto.

Sonrio y me tumbo junto a ella. ¿Por qué no puedo parar de llorar? Tengo veintiséis años, y parezco un niño de trece. Oh, ¿es eso? Soy un adulto, un hombre hecho y derecho, que se había resignado a vivir en soledad, aislado del mundo. Soy un adulto que había desechado la idea del amor, y por supuesto que también la idea del sexo. Soy un adulto de veintiséis años, que ha dejado de ser virgen, a manos de una alocada mujer de cabello rojizo. Seco mis lágrimas y la beso. Nino sonrío.

—Estoy bien —contesto. Y ella vuelve a saltar sobre mí.

Creo que esta noche no dormiré mucho, y me alegra. Solo espero que Nino no se canse pronto.

Quiero disfrutar el insomnio muchas noches más.

Paso 16

Nino

Desperté con sus finos brazos atrapando mi cintura, casi como si temiera que escapara en cuanto abriera mis ojos, y sonreí, maravillada al sentir su cuerpo cálido unido a mi espalda, mientras su cabeza, escondida entre mi cabello, me permitía sentir la calidez de su respiración suave y profunda en mi oído. Manu aún dormía, exhausto con todo lo que acababa de suceder. La verdad es que no me extrañaba que estuviera tan cansado, pues fue evidente que un sinfín de sensaciones se agolparon en su cuerpo desde el segundo exacto en que decidió besarme. ¿Cuánta valentía necesitó reunir para realizar algo tan sencillo como eso, una banalidad casi ridícula para quienes no pensamos que moriremos producto del más cruel de los gérmenes alojado en la boca de una mujer? Era increíble imaginarlo, pero fue todavía más asombroso verlo continuar, incluso cuando su pánico era indiscutible, y es que jamás estuve con un hombre que temblara al mismo tiempo que repetía mi nombre para que no me detuviera. El solo recordar aquello, provocó que mi sonrisa se duplicara. Me fascinaba Manu. No había más que hacer al respecto.

Estiré un brazo con cuidado y muy despacio verifiqué la hora en mi celular; todavía faltaba tiempo para la medianoche, sin embargo, necesitaba moverme cuánto antes. Lentamente me deshice de su agarre solo para observarlo, aunque me fue imposible resistir el deseo de acariciar su rostro sereno a escasos centímetros del mío.

Me sentía diferente. De hecho, jamás existió persona que me provocara lo mismo que Manu, pues además de desearlo con desenfreno, me enternecía. Todo Manu era un contraste encantador.

Cuando por fin logré salir de la cama, cogí el teléfono y me escabullí al baño para hablar tranquila, cuidando de que Manu no se despertara. Marqué de

inmediato, y mi segundo número frecuente contestó al segundo ring, ebrio y feliz.

—Hola —dije al escuchar a Tomas responder del otro lado, en medio de risas y música animada—. Tomi, solo llamaba porque es probable que Manu no llegue a casa hoy. Quería que estuvieran tranquilos.

Mi mejor amigo estuvo a segundos de destruir mi tímpano al celebrar a viva voz que supreciado hermano acababa de convertirse en hombre. ¿Un hombre? ¿Qué era antes, entonces? ¿un gato? Alejé el teléfono de mi oído, tal vez algo molesta por un comentario como ese, pues, sí Tomás, que adoraba a Manu, pensaba eso de él... ¿qué imagen tenía Manu sobre sí mismo?

—Lo presentimos, Nino. Tú tranquila, que estamos celebrándolo igual. Ten cuidado ¿eh? Mi pobre hermanito en tus manos —bromeó.

De inmediato me sonrojé ante sus palabras, porque Tomás sabía muy bien de qué hablaba.

—¡Escuchen todos, Manu se queda fuera hoy! —gritó él, al otro lado del teléfono.

Escuché los aplausos y los vítores de parte de mi desinhibido grupo de amigos, y colgué. No acostumbraba ser demasiado pudorosa con el sexo, pero eso había sido demasiado vergonzoso, incluso para mí. Por lo mismo, necesité algunos minutos en el baño para que el rubor se atenuara en mis mejillas, y cuando volví a parecer una mujer normal, regresé a la habitación, donde la delgada figura de Manu dormía en mi vieja e incómoda cama, que comenzaba a parecerme confortable y segura. Se veía tranquilo, al menos más de lo que yo misma estaba en ese instante.

Todavía incrédula, me detuve junto a la puerta, solo para deleitarme con la maravilla que yacía frente a mis ojos, pasando lentamente la mirada sobre su cuerpo pálido apenas cubierto por la sábana, y desconectándome por completo del tiempo, permití a mi mente regresar al segundo en que la distancia entre nuestros cuerpos se hizo cero.

Recordaba todo con absoluta claridad, desde la voz de Manu que sonaba

tímida, como una disculpa, a su mano temblorosa atravesando mi nuca para acercarme a su boca y besarme, como un quinceañero luchando contra el miedo. Vi como su piel pálida comenzaba a adquirir un hermoso tono rojizo, sentí su respiración agitarse y su corazón enloquecer antes de detener nuestro beso y unir su frente a la mía. Todo en él parecía a punto del colapso, y casi era perceptible el gran esfuerzo que necesitó realizar para volver a hablar, con sus manos acariciándome el rostro, tal vez para asegurarse de que no soñaba.

—Lo siento Nino... no sé qué debería hacer ahora —dijo antes de volver a besarme.

Qué suerte para Manu que yo si supiera qué hacer, pues lo que siguió, fue sin duda la más sublime experiencia de mi vida.

Y sí, siempre fui algo descarada, pero me daba algo de miedo no saber hasta qué punto podría llegar con Manu, sin embargo, aunque él estaba aterrado, me permitió tocarlo, primero sobre la ropa y luego piel a piel, mientras ahogaba una expresión que mezclaba el espanto con el deseo. Todo lo hice controlándome al máximo, sin permitir que el calor del momento me dominara, y es que no podía permitirme olvidar que con él debía ir lento. Tan despacio que mi sangre hervía al ver la forma en que Manu comenzaba a tomar parte, a involucrarse también en el deseo, a necesitar al igual que yo que todo explotara de una vez.

Suspiré demasiado fuerte al recordarlo, y desperté a Manu, que abrió sus ojos algo asustado y me observó, mientras se cubría por completo en la cama.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, sacándome de mi burbuja.

Volví a sonreír antes de contestar. ¿Podía detenerse y dejar de ser tan encantador?

—Solo me sorprendo de mi fabulosa suerte al encontrarte —contesté.

Manu no respondió, escondiendo su mirada con vergüenza, en una actitud demasiado tierna para pertenecer a un hombre ya maduro. Caminé hasta la cama y me senté a su lado para acompañarlo.

—¿Puedo? —pregunté, antes de acariciar su cabello. El asintió con su cabeza y se acercó a mi regazo—. ¿Cómo estás?

Mantuvimos el silencio, pero ya no era incómodo.

—Manu, si quieres, aún puedes volver a casa —propuse. Pero él no respondió—. Manu, en serio, podemos ir juntos —insistí.

Él se incorporó, y con su nerviosismo característico, volvió a mirarme a los ojos.

—Solo dame un momento, Nino. Todo esto es nuevo para mí. Han sido demasiadas primeras veces en un mismo día. Yo...—murmuró ruborizado—. Quédate a mi lado... quiero quedarme contigo.

Mi corazón se derritió al oírlo ¿Cuántas veces se puede repetir que una persona es adorable? Casi podía comprender que su madre se obsesionara con protegerlo, porque Manu definitivamente no era un ser humano cualquiera.

—¿Sabes algo? tenerte aquí me hace sentir que soy la depravada en esta relación —bromeé.

—¿Tenemos una relación? —susurró, esquivando mi mirada.

—¿Todo esto solo fue sexo casual para ti?

Manu abrió sus ojos espantado y comenzó a negarlo. Reí al mismo tiempo que volvía a sus brazos y a sus besos, mientras el reía conmigo.

Se veía feliz.

Yo era feliz.

++++

Manu

Esa noche, Nino y yo hablamos hasta entrada la madrugada. Aunque siendo honesto, era ella quien encontraba siempre algo que decir. Antes de conocerla, siempre estaba molesto con las personas que jamás guardan silencio, pero con ella era distinto —todo—, más aún en ese minuto, en que me sentía en la misma medida feliz y aterrado. Por una parte, la sensación de su cuerpo desnudo junto a mí era exquisita, pero al mismo tiempo, mi mente me repetía que era peligroso, que no era hombre suficiente para ella, y que el imán que nos mantenía unidos era igual de frágil que mis momentos de tranquilidad. No sabía cuánto tiempo lograría controlarme, menos si lo único en lo que podía pensar era que si cerraba

los ojos, despertaría sintiéndome sucio, que huiría de ella y jamás la volvería a tener junto a mí. El miedo me volvía loco, y sabía que Nino lo notaba.

—¿Vas a dejarme? —pregunté, una vez que me sentí incapaz de controlar el pánico que crecía en mi pecho.

Era consciente de la paciencia que ella me tenía, pero también de que un hombre como yo no era fácil de soportar. Nadie quiere a su lado un compañero que tiembla cada vez que algo desconocido ocurre.

—¿Por qué lo preguntas? ¿tienes miedo? —respondió ella con dulzura mientras jugaba con mi pelo.

De inmediato la abracé con fuerza al constatar que una vez más, Nino podía adivinar lo que pasaba por mi mente. Pero aún así, no deseaba confirmárselo. Ya era suficiente para mí estar ahí con ella, sintiéndome aceptado y querido. Hacerla cargar con mis miedos no me parecía justo, menos cuando jamás había tratado de saber si ella temía a algo, aunque jamás lo dijera.

—¿Y tú? ¿tienes miedo? —contesté.

Nino se incorporó y se sentó a mi lado, desnuda, ¡dios santo! ¿por qué podía ser tan deshinibida? Rápidamente la cubrí con una sábana, para repetir lo mismo conmigo y ubicarme frente a ella.

—Un poco —sentenció.

—¿De qué?

—De ti —respondió. La observé con asombro. ¿Qué había visto en mí que le provocaba miedo?

—¿Por qué?

—Tomás me habló de lo que pasó hace unos años...

Oh, Tomi. ¿qué pensabas contándole algo como eso? Ya me sentía lo suficientemente vulnerable como para que agregaras un detalle como aquel. No porque fuera algo privado —que lo era—, sino porque contribuía a mi aspecto de víctima junto a ella, y no lo quería. Deseaba sentirme un hombre, no un necesitado desesperado por compañía y afecto —que también lo era—.

—Nino, eso no pasará de nuevo. Estaba solo, estaba triste, y ya no había

diferencia entre respirar o no —dije con absoluta seriedad.

—¿Eres consiente ahora de que no estás solo? —inquirió ella.

Sonreí complacido con su pregunta. Claro que lo sabía.

—Estoy bien ahora —afirmé.

Deseé con toda el alma decirle que ella era la responsable de todos mis avances, que mientras pudiera verla no volvería a tener ningún problema, y que a su lado estaba seguro de mí mismo. Pero eso habría sido hacerla responsable de mi propia vida, obligarla a quedarse junto a mí, y eso no era lo quería. Lo único que deseaba, era que Nino fuera libre. Que cada día me volviera a escoger, que cada noche, voluntariamente, volviera a buscarme y me amara, ojalá alguna vez tanto como yo a ella.

—Manu... —murmuró ella al escucharme. Sus ojos brillaron emocionados mientras me abrazaba a la par que la sábana caía de su cuerpo para volver a dejar su hermosa piel al descubierto—. Me voy a quedar contigo.

Sonreí, la abracé, nos besamos una y otra vez e hicimos el amor antes de que el sol saliera. ¿Eso era entonces de lo me había perdido todos esos años? ¿así de fantástico era salir al mundo? ¿así de mágico era sentir amor? ¿o la amaba tanto porqué me había reservado para ella?

Pero, incluso cuando pensaba que nada podría hacerme más feliz que su cuerpo sobre el mío, verla sonreír luego de observarme revisar trece veces puertas, ventanas, gas y agua, superaba cualquier expectativa.

—Bien, creo que será la noche más segura de mi vida —dijo ella, una vez que logré volver a la cama para dormir.

Había presenciado mis rituales, y no le importaban. Era sin duda el hombre más afortunado del planeta.

Por la mañana, mientras ella no paraba de hablar, organicé su despensa completa por orden alfabético, cubiertos y loza por tamaño y la fruta por color, hasta que en su cocina no hubo rastro de uso. Todo estaba perfecto. Y si todo estaba perfecto, yo estaba perfecto.

—¿Siempre haces eso? —preguntó Nino observando como su casa volvía a

brillar.

Fue entonces cuando supuse que podía molestarle que me inmiscuyera en su hogar de esa manera, y me detuve.

—Lo siento —murmuré, dejando a un costado el trapo con que el que empezaría a limpiar el librero y todos sus libros.

No es que me molestara su pregunta, tan solo... nunca había sido yo mismo fuera de casa.

—No me molesta —agregó ella de inmediato al verme titubear—. Prefiero mil veces que ordenes tú —comentó.

Tras eso, comenzó a reír. Me extendió las manos y me acerqué hasta su cuello donde pude esconder el rostro entre su cabello. No recordaba haber sentido tanta alegría.

Nos quedamos juntos todo el día, compartiendo nuestro espacio personal en niveles inimaginados para mí. Solo cuando estuvo a punto de anochecer consideré la idea de volver a casa. Nino me ofreció pasar una noche más junto a ella, pero no estaba preparado para hacerlo. Tenía que volver a mi zona de seguridad y procesar lo que acababa de ocurrir, y tenía que darle espacio suficiente a ella para pensarlo mejor.

Bajamos juntos, Nino me acompañó hasta la parada de la micro, siempre tomados de la mano.

Yo ya no llevaba mis guantes.

—¿Quieres quedarte?

—Sí, quiero quedarme...—contesté.

Besé su boca, y me fui.

Paso 17

Nino

Cada vez que noviembre aparecía en el calendario, comenzaba a despedirme de la universidad. Sin embargo, ese año no tendría unas simples vacaciones, pues ese fue mi último semestre como estudiante, antes de comenzar con mi práctica profesional y mi investigación de título. En tiempos normales, el fin de clases significaba que era hora de volver a casa junto a mis padres. Lo que, si bien no era del todo aburrido, no se acercaba ni de lejos a pasar más tiempo junto a Manu.

Fue así que todo en nuestras vidas comenzó a alinearse para que jamás nos separáramos, partiendo por la necesidad de realizar mi práctica, lo que me obligó a pasar el verano en Concepción, lejos de mi familia, pero enredada entre las piernas de mi primer novio formal. Durante esos días, hacia donde mirara, mi vida florecía. Estaba alegre, ver a Manu sonreír como nunca me provocaba una sensación de completa paz. Nos divertíamos juntos, caminábamos tomados de la mano, sin que importara el calor del verano que se aproximaba.

Si pudiese escoger un tiempo de mi vida en el que quedarme para siempre, estoy casi segura de que escogería los días en que Manu y yo solo pensábamos en hacernos felices el uno al otro.

Él, por su parte, también lucía pleno y dichoso. Todo el tema de las pinturas comenzó a volverse serio, motivado por la exposición que se aproximaba, lo que provocó que nuestros tiempos de romance se redujeran, sin afectar, por supuesto, a la calidad de cada minuto que pasábamos juntos. Nuestra relación jamás dejó de avanzar, incluso cuando Manu todavía era incapaz de sentirse del todo cómodo, sobretodo en público, donde se limitaba a tomarme de las manos o abrazarme con timidez. Era algo extraño ver la forma en que sus límites comenzaban a ceder, pues de día casi no soportaba los besos, temblando por

completo y sonrojándose hasta niveles poco saludables; pero de noche, se entregaba sin dudar a mis brazos. Ahí, en la oscuridad, cuándo solo éramos él y yo, enredados a tal punto de ser incapaces de reconocer donde terminaba mi cuerpo y comenzaba el suyo, una tranquilidad encantadora emanaba de Manu, regalándome su respiración pausada mientras me acariciaba el cabello. En esas ocasiones, solo existía una cosa en el mundo capaz de intranquilizarlo. Y a veces, solo por el placer de verlo sonrojarse y temblar, lo asustaba:

—Manu, ¿qué piensas de conocer a mi familia? —preguntaba disimulando el risueño tono que escondía mi voz.

Manu de inmediato palidecía, se incorporaba y parecía contener el deseo de huir.

—¿Qué tan necesario es?

—No mucho.

—Entonces, paso. No puedo.

Me sentía malvada, pero hacer bromas sobre mi padre interrogándolo por el árbol genealógico de su familia, a sabiendas que ello jamás sucedería, también formaba parte de nuestra hermosa burbuja de cursi y dulce amor. La verdad es que mis padres siempre fueron personas cariñosas, amables y con un gran corazón, y estaba segura de que aceptarían a cualquiera que me amara tanto como Manu lo hacía. Estaba ansiosa por presentar a mi novio, pero entendía que ello sería demasiado para él, al menos en ese momento.

A medida que el día de la exposición se acercaba, el nerviosismo de Manu comenzó a hacerse mucho más notorio. Desde el día del concurso hasta la inauguración, ninguno de nosotros vio sus cuadros. Por más de un mes pintó encerrado en su taller, en completo hermetismo.

Hasta que el día llegó, y Manu nos sorprendió una vez más.

—¿Tengo que ir formal a tu inauguración? —pregunté con una orgullosa sonrisa.

Mi novio, el hombre que tanto quería, iba a dar un paso enorme en su vida profesional y no podía dejar de pensar en ello. Pero sus planes eran totalmente

diferentes.

Confundido, se volteó a observarme.

—¿Vas a ir? —contestó.

No sé quién de los dos estaba más sorprendido.

—¿Por qué lo preguntas? ¿No es obvio?

—¿Obvio? Claro que no. Yo no iré.

Sabía que de Manu se podía esperar cualquier cosa, pero luego de presentarse al concurso y preparar con tanto esmero su exposición, lo mínimo que imaginé, era que desearía estar ahí para verla.

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué?! ¡Es todo para ti! —dije, en un último intento por convencerlo.

Manu se acercó hasta estar a mi lado y besó mi rostro con ternura, casi como si deseara pedir disculpas.

—¿Has ido a la exposición de algún pintor? Las personas se te acercan, te saludan, y ¿qué se supone que haría si alguien quiere darme la mano? ¿tan solo diría "*oh, disculpe caballero, sus manos están llenas de gérmenes, no deseo morir por alguna infección, haga el favor de guardarlas*"?

Manu sonreía mientras disimulaba su diálogo. Pero no estaba contento.

—Puedes explicarlo —sugerí.

Manu soltó una tierna carcajada.

—No Nino, a ti puedo explicártelo, a un desconocido, no.

Nos abrazamos con fuerza, y por el resto de la tarde estuvimos muy cerca el uno del otro. Era obvio que los miedos de Manu tardarían algo más en superarse, pero en aquel instante, me sentía capaz de esperar la eternidad si era necesario.

Manu

Pensé que Nino era capaz de entenderme, pero cuando la observé salir de su habitación con aquel hermoso vestido negro, supe que en realidad era una

tramposa malvada y cruel. Y si cualquier persona hubiese osado sugerir que era una casualidad, habría sido capaz de apostar mi vida a que se equivocaba. Nino lo hizo a propósito, con la intención de castigarme por mi incompetencia social y negarme a asistir a la inauguración de la exposición.

—Ya nos vamos Manu... ¿seguro no quieres acompañarnos? —preguntó, por última vez, antes de cerrar la puerta.

Estaba tan bella. Todo en Nino gritaba orgullo y alegría. Sin embargo, solo pude sonreírle antes de que desapareciera y me dejara en su departamento. No era capaz de seguirlos, aun cuando lo deseaba. ¿Cómo no iba a sentirme feliz de presentarme junto a mis pinturas, y junto a esa magnífica mujer que me tenía una paciencia que rogaba jamás acabara? Claro que lo deseaba, pero me resultaba imposible enfrentarme a una situación como las que sabía se daban en las galerías. No estaba listo para que nadie me diera una palmada en el hombro y mucho menos un apretón de manos.

Vi salir a mis amigos uno a uno, y luego seguí su camino a través de la ventana hasta que los perdí de vista. Debía estar feliz, pero la realidad era que la decepción me invadía sin piedad. Seguía siendo el mismo Manu de siempre.

Derrotado, me senté frente a la pintura que había cambiado mi relación con Nino a esperar algo, lo que fuera, que pudiera hacerme cambiar de opinión. Vi el reloj avanzar sin tregua, uno a uno los segundos corrieron. La galería estaba cerca, sabía que a esa altura, mis amigos ya estaban recorriendo mis pinturas, y me dolía no estar ahí para ver la reacción de Nino al mirarlas.

El reloj siguió avanzando, pero a cuarenta y siete minutos y dieciséis segundos de que todos salieron, sonó mi teléfono.

—Buenas Tardes, ¿el Sr. Manuel Monsalve?

—Soy yo, ¿con quién hablo?

—Estimado, soy Esteban Vega, el administrador de *Arte—Café*, lo estamos esperando para la inauguración.

No pude evitar pensar que si hubiese ido, ya estaría con una crisis solo producto del retraso. ¿Cómo espera el mundo que me una a su vida si son

incapaces de respetar un simple horario?

—Lo siento, yo... estoy realmente enfermo, me costaría mucho asistir — mentí.

Los ojos de Nino en la pintura me observaban. Me estaban juzgando, lo sabía.

—Eso sería una lástima, hay aquí dos personas interesadas en conocerle, ya que desean comprar algunos de sus cuadros.

Guardé un silencio fugaz, y en un pestañeo, pasó por mi mente una imagen que jamás olvidé: Nino y yo, éramos una familia.

—Haré lo posible por asistir —dije, antes de colgar el teléfono.

Me quedé inmóvil por otros doce minutos y cuarenta y tres segundos. Ahí, sentado en la habitación de Nino, sin dejar de observar sus ojos en la pintura. *Sus padres pagan este departamento, ella aún estudia, quiero quedarme a su lado*, pensé, y decidido como jamás en mi vida estuve alguna vez, me levanté, tomé mis guantes y me fui.

Creo que nunca caminé más rápido que aquella tarde, y me siento orgulloso de decir que no temblé ni por un segundo antes de entrar al café. Algunas personas me reconocieron, vi sonrisas y escuché el murmullo al que ya no estaba acostumbrado. De inmediato, supe que Nino había escuchado el poco sutil aviso de que el *artista* ya estaba en el café, pues incrédula de lo que oía, se volteó, y de puntillas me buscó entre las personas que la rodeaban. Con la misma energía que me había llevado hasta allí, me aventuré por entre el gentío para ir en su búsqueda. Mi corazón latía con desenfreno, pero al tenerla frente a mí, hermosa y sonriente, sentí que se detenía. Solo ahí se me ocurrió mirar mi ropa y notar que había salido con la misma tenida que usaba tan cómodamente en su casa, sin siquiera tener la precaución de arreglar un poco mi cabello que crecía más y más. Palidecí, me asusté, y disimulé mis movimientos torpes con un urgente abrazo.

—¡Manu! ¡Viniste! ¿Qué paso? —exclamó Nino, sorprendida.

Reí, la besé en la boca delante de otras personas por primera vez, dejándola

sin palabras, para luego aumentar su asombro besando su mejilla con la mayor delicadeza que mi nerviosismo pudo encontrar.

—Espérame un momento —dije junto a su oído.

Decidido, entré a una de las oficinas, para salir en minutos junto al administrador que sonreía de manera exagerada con su brazo sobre mi hombro, en busca de las personas interesadas en mis pinturas. No tuve tiempo de explicar que no deseaba saludar a nadie cuando las manos de dos hombres desconocidos se estrechaban de forma afectuosa con las mías. Un sudor frío de inmediato comenzó a correr por mi espalda y los temblores amenazaron con comenzar.

—Es usted un gran artista, seguro triunfará si se lo toma en serio —aseguró uno de los interesados en mis cuadros, un hombre mayor que continuó con elogios hasta que logré aparentar tranquilidad.

Qué fortuna para mí, el cliché de que los pintores estamos todos locos.

—Nos interesan algunas de sus obras —interrumpió el segundo anciano interesado, de aspecto conecedor y serio—, ¿están a la venta?

—Claro, todos —contesté, feliz por los elogios, pero apenado por tener que vender mis cuadros, sobre todo a personas que parecían disfrutarlos tanto.

Si no hubiese necesitado el dinero, se los habría obsequiado todos y cada uno de ellos.

Recorrimos la galería de principio a fin, el administrador me presentó con más personas entendidas y mi nerviosismo solo crecía y crecía. De vez en cuando, arrojaba una mirada cubierta de pavor a Nino, y ella respondía con un beso al aire y una sonrisa. Lo suficiente para darme diez minutos más de cordura. Una vez que terminamos de caminar y los hombres hicieron su selección, me extendieron un jugoso cheque que observé anonadado.

Jamás había tenido tantos ceros en mis manos.

Guardé el cheque en mi bolsillo, me despedí e intenté mantener mis pensamientos en lo que ellos decían, pero solo podía pensar en que estaba enamorado, y que aunque no sabía si sería capaz de hacerlo, quería quedarme junto a Nino. Todo mi cuerpo temblaba mientras observaba a la distancia su

menudo cuerpo deambular entre nuestros amigos para acercarse a mí. Quería evitarlo, pero no dejaba de idear la manera de plantearle a Nino una vida juntos. Ni siquiera me había detenido a pensar en mis metas personales, y tampoco se las había preguntado a ella. Ella... mi novia, que avanzaba sonriente a mi encuentro. ¿Qué deseaba hacer Nino con su vida? Había estado tan absorto en el desarrollo de nuestra relación, que sentí que olvidaba que ella era distinta... que ella era normal.

Ella, a parte de mí, tiene una vida.

Yo, sólo la tengo a ella.

—¡Manu tus cuadros están hermosos! —exclamó Nino cuando por fin estuvo a mi lado.

La tranquilidad volvía, pero mi estado general era sin duda, de pánico. Aun así, paseamos entre las pinturas mientras ella hacía un sinfín de preguntas, y yo reía con cada una de sus ocurrencias.

—¿Son tus sueños, Manu? —preguntó una vez que acabamos.

Asentí observando los niños, el mar, la lluvia, las flores y el sol reflejado en mis cuadros, y volví a besarla. No quise decirle que era ella la protagonista, pero me atrevería a pensar que lo intuyó.

Tras aquella tarde, y luego de ducharme por casi una hora, el grupo completo estuvo en casa de Nino para celebrar hasta entrada la madrugada. Hicieron bromas sobre mi paseo con esos desconocidos, reímos imaginándome como una celebridad snob del arte moderno y hasta se burlaron de la ausencia de Elisa. Una vez que se fueron, me acomodé junto a Nino en el sofá, y dejé que mis sueños fluyeran hacia ella.

—Nino, ¿cuánto te falta por terminar de estudiar?

—Un año, ¿por qué?

Guardé silencio, escondí mi cara entre el cabello de Nino y murmuré:

—Quiero tenerte conmigo...

—Me tienes contigo, ¿qué ocurre?

—Tal vez puedo vivir de mis cuadros...

—¡Eso es genial! ¿Te dijeron algo? —preguntó ella con una enorme sonrisa.

Saqué el cheque de mi bolsillo y ella gritó de emoción.

—¡Manu! ¡Esto es el doble de lo que gana mi papá en dos meses!

—Esos hombres que viste, compraron seis cuadros. Yo no les puse precio, fueron ellos.

—¡Qué maravilla! ¡Con esto podrás seguir pintando! Y...

—Nino, quiero tenerte para siempre

—Y yo a ti. Oye, estás raro.

—Nino...

—Manu, me asustas...

—Te amo.

Fue la primera vez que lo dije en voz alta.

Ella no respondió, pero sonrió y me abrazó con la intensidad propia de un *yo también*.

Había pasado un poco más de un mes desde el concurso de pintura, Nino había llegado a mi vida hace casi ocho meses, la amaba desde que la vi sonreír, y en unas semanas más, llevé mis cosas a su casa.

Paso 18

Manu

Nino me abrazó emocionada al darse cuenta de lo que acababa de proponer, aunque, sin duda, también consideraba que aquella era la más loca de mis ideas. Por fortuna aceptó, feliz de que mi obsesiva existencia se adecuara a su caos alegre y colorido. Una vez más, la noche se hizo corta para nuestras largas conversaciones, más aún al imaginar la forma en que se lo plantearía a mi familia, y claro, también a la familia de Nino, quienes ni idea tenían de que existía un Manuel que pensaba en su hija desnuda más de lo que debería.

Volví a casa por la tarde, seguro de que mi hermano y mi madre ya se encontraban ahí. No estaba nervioso realmente, sino más bien, sorprendido. Nino había cambiado mi vida hasta niveles inimaginados. Y es que, si existía algo que todos en casa teníamos por seguro, era el hecho de que jamás saldría de ahí. Nunca, ni en el mejor de mis sueños, se había pasado por mi mente explicarle a mi madre que ya no viviría más a su lado, y mucho menos que allá afuera había encontrado una persona, una mujer, encantadora y valiente, dispuesta a arriesgarse por ese extraño hombre en el que me había convertido con el paso del tiempo. Nino no me obligaba a cambiar, al contrario, me daba todo el espacio que necesitaba y respetaba en absoluto mis tiempos, que tendían a ser bastante extensos en comparación a los suyos. Junto a ella no existían presiones, ni expectativas por cumplir, salvo las impuestas por mí, que a su vez, eran las más peligrosas.

Repasé mi discurso de forma fugaz antes de tocar el timbre, solo para asegurarme de que mi madre se sentiría algo más tranquila al verme partir. Sabía, claro, que no sería así, pues yo era su pasatiempo preferido —no por gusto, claro está—.

Como era de esperarse, ella no tardo en abrir, luciendo la misma sonrisa ansiosa con la que me esperaba cada día, tal vez producto del pánico que le causaba verme salir solo y, por supuesto, la posibilidad de que aquella mujer imposible de controlar me rompiera el corazón y me arrastrara a un pozo sin salida, en los que tendía a sumergirme antes de conocerla. Alegre me sirvió un té, disimuló sus miedos y se mostró entusiasta con la conversación, bromeando incluso con lo temprano que estaba de vuelta en casa. Fue ahí, cuando todo lo ensayado se esfumó. No había palabras en mi boca, ni en mi mente. Ella seguía sonriendo, hablando sobre el éxito de la exposición y del tremendo orgullo que sintió al observar mis cuadros y luego al verme llegar. Tenía muchísimas ganas de entablar una charla conmigo, sin embargo, su ánimo se fue esfumando a medida que la conversación tomó una dirección para la que no estaba preparada.

No hubo rodeos, ni explicaciones. Solo cinco palabras que antecedieron un silencio incómodo y temible.

—Voy a vivir con Nino —dije.

Ella palideció sin tratar de ocultar su espanto, pues el horror en sus ojos era visible desde cualquier punto de la casa, lo que de alguna forma, provocó que mi angustia se disparara. Ella no confiaba en mí, no podía hacerlo pues me conocía, tal vez incluso mejor que yo. ¿Qué estaba pensando? ¡No podía vivir junto a Nino! No podía porque estaba seguro de que solo terminaría volviéndola loca y obligándola a renunciar a su vida, al igual que ocurrió con mi madre. Debía llamarla, explicarle que no lo había pensado bien, que me disculpara.

Mis manos temblaron, sabía que comenzaría a llorar, y mi madre... ella solo me observaba, hasta que, finalmente, aclaró su garganta, y logró hablarme.

—Sé que estás enamorado hijo, y que es la primera vez que lo sientes, pero, este no es un buen lugar para ella. Sabes lo mucho que la estimo, y lo agradecida que me siento de que exista en tu vida, pero, ¿no crees que debes pensarlo mejor?

Aunque escuché todo lo que decía, la palabra enamorado se quedó rondando mi cabeza. Claro, estaba aterrado, pero la amaba. Y necesité repetirme

una y otra vez, que Nino no era mi madre, y que no tendría por qué arrastrarla a la misma situación, pues ella le pondría freno justo en el instante en que su mundo comenzara a verse afectado.

—...además, Manu, esta casa no es muy grande. Pero puede quedarse cada vez que estime conveniente y...

—No mamá. No vamos a vivir aquí. Voy a vivir con ella, solos, los dos — interrumpí.

El rostro de mi madre se desfiguró. Era obvio que no estaba preparada para escuchar aquello y, de seguro, jamás lo estaría. Mamá nunca tuvo intención de soltarme, no porque así lo deseara, sino que así tuvo que ser, o habría muerto preso de mi propia existencia. Ojalá fuera solo una forma trágica de decirlo, pero es cierto. La muerte me rondaba desde que era niño, susurrándome al oído que nada de lo que hiciera sería suficiente para las absurdas reglas que me imponía.

—Manu, tú... ¿estás preparado para eso? —inquirió, envolviendo con suavidad mis manos entre las suyas para buscar mi mirada.

Tenía tanto miedo.

Tanto.

—Quiero estarlo.

Mamá suspiró con pesar, trataba con gran esfuerzo hallar las palabras más suaves para convencerme sin hacerme daño, sin hacerme sentir mal, sin responsabilizarme, pero le fue imposible. Siempre supe que había sido mi condición la principal causa de separar a mi familia, a mis padres en especial. Nunca hubo forma de disimularlo. Existía un culpable en aquella disfuncionalidad en la que habitábamos, y era yo.

—Manu, el amor a veces se acaba. Lo sabías, ¿no es así? Tu padre y yo, realmente nos amábamos, pero una vez que los problemas se vuelven insoportables, más de lo que podemos cargar, lo siento, pero el amor no siempre es suficiente.

Sí, ella se refería a mí. Sabía que ellos se amaban. Los escuchaba discutir y llorar por las noches, y me constaba, que mamá guardó fotos de mi padre por

años una vez que él se fue. Pero Nina no era ella.

—Nino no es mi madre. A diferencia de ti, si ella se cansa, se irá. No digo que tú no te hayas cansado de tenerme a tu lado, pero eres mi única persona incondicional en el mundo. Me proteges como jamás alguien podrá hacerlo. En cambio Nino, si en algún momento este peso es más de lo que ella puede soportar, se irá. De seguro será triste, me sentiré solo, desesperado, y te necesitaré más que nunca, pero vale la pena el intento. Nino, y todo lo que siento por ella, se lo merecen.

Sus ojos se nublaron, y volvió a suspirar.

—No será fácil, Manu. Va a ser duro, muy duro. Te ruego que lo hagas con calma, que te tomes tu tiempo. No lo apresures o el resultado...

—Prefiero correr el riesgo —interrumpí—. Me iré mañana mismo.

—¿¡Mañana?! ¡Manu! ¡Esta no es la forma de hacerlo!

—Creo que no soy el mejor ejemplo de adaptación al mundo, mamá. Lamento preocuparte, pero es hoy cuando quiero estar junto a Nino y no despedirme para volver a casa.

Mi madre se quedó espantada, pero lo aceptó. O al menos guardó un silencio algo parecido al respeto. De inmediato me levanté, dando por terminada nuestra conversación, y comencé a preparar mi mudanza. Tomás estaba casi igual de entusiasmado que yo, y jamás puso en duda mi capacidad de supervivencia lejos de casa.

Gracias a mi obsesiva necesidad de mantener todo clasificado y en perfecto orden, la organización de mis pobres tres cajas no nos tomó más que un par de horas por la noche y la mañana. Antes de salir, abrí la puerta y contemplé por última vez lo poco que quedaba en mi habitación: una cama, algunos cuadros, unos pocos bocetos y un retrato familiar de cuando aún éramos cuatro personas. Ese era el resumen de mis veintiséis años de vida: la ropa que llevaba puesta, los embalajes que aguardaban a mis espaldas y mis muchos implementos para pintar.

—¿Listo? —preguntó Tomás, observando a mi lado, con un orgullo que

solo nosotros éramos capaces de entender.

—Listo —respondí, más seguro de lo que recordaba haber estado alguna vez.

Seguro y aterrado.

Solo mi hermano ayudó a cargar, pues mi madre estaba demasiado preocupada de que nada me hiciera falta. Incluso, aunque le pedí que no lo hiciera, encontré en el bolsillo de uno de mis abrigos un frasco de calmantes junto a un “Solo en caso de emergencia” escrito a lápiz sobre un pañuelo de papel. Mamá manejo en silencio, pretendiendo en todo momento que no estaba a punto de echarse a llorar. Cuando estuvimos en el edificio de Nino, no abrió la puerta de inmediato, tal vez perdida en el pánico de ver entrar a su hijo en el caos que mi novia representaba. Por supuesto, Tomás y yo le dimos tiempo suficiente para que suspirara, hasta que mi hermano la abrazó.

—Ya, no seas exagerada, todavía quedo yo. ¿O se te olvida que tienes otro hijo?

Mamá rio, y por fin nos abrió las puertas del auto para que cada uno de nosotros se hiciera cargo de una caja. Subimos haciendo bromas sobre Tomás siendo abandonado en la basura o de mi madre escapándose de vacaciones a Hawaii ahora que era libre. Sin embargo, al llegar a la puerta de mi nuevo hogar, mamá fue incapaz de disimular su tristeza, y de mirar a los ojos a quien sentía ahora casi responsable de la traición de apartar a su hijo de sus brazos protectores.

—Solo prométeme que llamarás cada día y me visitarás los fines de semana. Y por favor, Manu, no te sobreesfuerces. Tómallo con calma y habla con Nino cada vez que sientas que está yendo en una dirección que no te agrada o que no puedes controlar.

Le repetí a todo que sí, aunque la verdad es que me habría encantado que me pidiera que lo disfrutara, o al menos que pensara que era capaz de hacerlo. No pude, y tampoco alcancé a decírselo, pues se marchó antes de que mi hermano tocara la puerta. Justo después de hacerlo, me abrazó. No dijimos

mucho. No era necesario.

—¡Dame un sobrino! —gritó, desapareciendo por el ascensor, segundos antes de que Nino apareciera, con su pelo rojizo cayendo alborotado en sus hombros.

Sus ropas de colores y su cálida sonrisa me daban la bienvenida.

En cosa de minutos las cajas estaban dentro y mi ropa por el suelo, que brillaba a cada centímetro, pues Nino, que jamás se dedicaba al orden de la casa, había dispuesto todo para mi llegada. Y aunque era bastante obvio, ella se encargó de recalcarlo a medida que me arrebatava lo que llevaba puesto y lo dejaba caer.

Esa noche, casi no dormimos, ni lo hicimos durante varias semanas, en un afán casi frenético de disfrutar cada segundo que pasábamos juntos. Poco a poco, logré acostumbrarme a la maravilla de tenerla cada vez que lo deseara, a estirar mis brazos y tocar su piel, o avanzar unos pasos y abrazarla, o besarla a cada instante, en medio de risas y sus constantes mensajes algo subidos de tono junto a mi oído, solo para provocarme. Gracias a su desfachatez, supe que le gustaba verme pintar, por lo que mi motivación para trabajar en mis cuadros fue en aumento, a la par que nuestras tardes de besos sobre el piso, que se mantuvo brillante y perfecto. Incluso mejoró la relación con mi madre, pues a medida que avanzaron los días, comenzó a confiar en mí y a tratarme con el hombre que por fin sentía que era. También aceptó nuevamente a Nino, aunque de seguro esperaba que en cualquier momento sucediera algo catastrófico como vomitar en su alfombra.

Sin duda, todo era grandioso en esa vida que no parecía pertenecerme. Cocinar para ella, ordenarlo todo, limpiar, reírnos, mirar cursis comedias románticas en la TV, hablar, proyectarnos, vivir... Esa cotidianeidad que a muchos les cansa y enferma, a mí me parecía un sueño que no tenía derecho a soñar.

La amaba. Y aunque sabía que no era lo correcto, lo hacía más que a mí mismo. Vivía para Nino. Y era feliz haciéndolo.

Esos fueron, sin duda, los mejores meses de mi vida.

Paso 19

Nino

El minuto de hacer formal mi vida, y mi relación, con Manu frente a mi familia, había llegado, y por supuesto, nada de lo que pudiese acontecer sería dejado al azar, lo que me exigió planificar con detalle —y bajo supervisión constante— el momento en que llamaría a mis padres, momento para el que Manu llevaba casi un mes practicando. Sin embargo, en el segundo exacto en que cogí el teléfono, su cuerpo comenzó a funcionar por sí mismo, yendo de un lado a otro en nuestra pequeña sala, con sus dedos temblorosos y una expresión de pánico que no se borró de su rostro hasta que colgué. Y aunque Mamá no era de charlas breves, el estado de horror en que estaba Manu, me obligó a ir al grano y dejar la conversación para cuando nos viéramos a los ojos.

—Hola, sí, estoy bien. Llamaba porque quiero visitarlos el fin de semana, ¿qué les parece?

Ya con ese sorpresivo anuncio de visita, mi madre comenzó a sospechar, guardando un silencio al que ni ella, ni yo, ni mi padre, ni Manu, estábamos acostumbradas. Es decir, si hay algo que mamá y yo sabemos hacer bien, es hablar, a tal punto, que hubo meses en que nuestro plan de dos mil minutos se nos hizo poco para todo lo que teníamos que decirnos, aunque muchas de esas cosas no fueran en absoluto importantes como la que debía anunciar:

—¡Ah, me olvidaba! Iré con mi novio, que por cierto, vive aquí.

No sé si mamá se puso feliz, o triste, y no me importaba realmente, ya que solo podía enfocarme en Manu, que estaba a punto de desmayarse en el sofá, histérico. Él siempre era encantador y dulce, pero verlo así superaba todos los límites. ¡Le aterraba conocer a mi familia! Y no era el momento preciso para recurrir a mi broma sobre mi padre y sus celos.

Tan pronto como pude me abracé él, aun cuando su cuerpo todavía temblaba, pero era tal su nerviosismo, que su primera reacción fue escapar incluso de mi contacto. Tuve que acariciar su cabello poco a poco, hasta que lograra volver a mis brazos, para explicarme con temor, lo mucho que temía ser juzgado.

—Ellos se darán cuenta de que no soy suficiente —murmuró.

Manu ya me había contado sobre las innumerables ocasiones en que su padre lo obligó a practicar para concursos de pintura, y de lo mucho que repetía que su esfuerzo no era suficiente para él, o para los jueces, hasta crecer seguro de que daba igual lo que hiciera, pues jamás estaría a la altura de los demás. Esa frase, Manu la llevaba grabada en su corazón, y por más que intentara, la barrera que las exigencias de su padre le provocaron, era indestructible para mí. A veces, Manu lograba olvidar, o lo escondía, pero al final de la jornada, todas sus inseguridades estaban ahí, esperando salir, durmiendo en los recuerdos de su infancia caótica y solitaria, en donde lo único que hizo, fue tratar de agradar a quienes más amaba.

Esa noche, y las que antecedieron a nuestra visita, Manu durmió intranquilo, apegándose a mi cuerpo como si buscara consuelo. Con el tiempo, comprendí que aquello que buscaba era aprobación, y entenderlo me rompió el alma, pues era incapaz de imaginar su sufrimiento cada vez que sentía que fallaba. Lo único que podía hacer para ayudarlo, era repetirle que lo magnífico que era, que no solo se limitaba a ser un gran artista, sino también un ser humano como pocos, y me encargué además, con mucho esmero y agrado, de enumerar sus abundantes cualidades día a día, enfocándome en todo aquello que me enloquecía sobre él. Sin embargo, toda esa improvisada terapia, no consiguió que llegara a casa de mis padres más tranquilo.

El viaje en tren había sido una odisea: Manu volvía a llevar guantes, y apenas se movía, para no tocar nada que pudiese estar contagiado de algún extinto virus mortal. Además, casi no me miraba, y podría asegurar que estuvo a punto de devolverse al camino antes de que golpeáramos la puerta de la casa en

que crecí. Por fortuna, mi madre era dueña del grandioso don de tranquilizar a cualquiera, y nada más al verlo, lo abrazó.

—Manu, ella es Ester, mi madre —dije, cuando él era aprisionado por sus fuertes brazos campesinos.

Papá entró desde la cocina, me abrazó con el mismo cariño de siempre, y luego ofreció otro gran abrazo a Manu, quien inmediatamente después de recibirlo, se relajó.

Así estuvimos por casi una hora, en que mi madre nos abrazaba uno y otra vez, repitiendo sin pudor alguno que estaba segura de que yo aparecería en cualquier momento con una novia, y por lo mismo, le sorprendía muchísimo lo guapo que era mi novio, tan caballero y amable.

La verdad, me preocupaba un poco la percepción que Manu pudiese formarse de mi familia, pues como en toda casa de campesinos y trabajadores, somos todos muy humildes. El lugar donde crecí no se asemeja en nada a la casa en la que él lo hizo. Nuestro baño no brilla cada vez que enciendes la luz, y la cerámica ni siquiera alcanzó para cubrir el piso por completo. ¿Cómo sobrevive una persona con TOC a una habitación en dónde sucede algo como eso? Y ni hablar de los cubiertos, en donde todos y cada uno forman parte de algún viejo juego que se perdió en los paseos de la escuela, o la pintura de nuestro cerco, que no se ha retocado desde que entré a la universidad, y las ventanas descuadradas que apenas cierran, y las tejas agrietadas por el terremoto y que nunca fueron repuestas, y la piscina que mi padre jamás terminó, y las fotos desteñidas, y la vida entera, que parece llevarse gustosa un recuerdo de cada rincón de hogar. Y es que en mi casa, las prioridades siempre fueron otras. Jamás nos importó el orden, ¿cómo podría, si mi padre volvía del campo con sus botas cubiertas de barro, y los perros no obedecen órdenes y se meten a dormir a tu cama, y las gallinas se creen con el derecho de entrar a la cocina en busca de maíz? En mi casa, lo único que importaba, era que estuviéramos juntos, que nos divirtiéramos, que nos amáramos. Ante esa realidad tan distinta a la de Manu, no pude evitar preguntarme si su vida habría sido distinta si hubiese nacido en una

familia como la mía. No porque pensara que su TOC no se hubiese desarrollado, sino porque lo habríamos esperado el tiempo que fuera necesario. Nadie lo habría obligado jamás a nada, y nunca habría llegado a pensar que su existencia no era suficiente para algo o alguien. En casa, todos importábamos, y lo único que se esmeraron en hacerme comprender mis padres, era eso. Tal vez por lo mismo tenía tan poco apego por lo material, y me centraba en disfrutar la vida, aunque es probable que la forma en la que me estaba dedicando a disfrutar, antes de que Manu apareciera, no fuera la más adecuada, segura y saludable.

Finalmente, pasamos el fin de semana con ellos, permitiendo que mi madre cocinara como si buscara alimentar a un pelotón de soldados que vuelve de la guerra, y a diferencia de lo que pensamos, su sonrisa no se inmutó cuando le explicamos que Manu no consumía productos derivados de los animales. Por el contrario, el solo plantearle algo así se convirtió en un desafío, pues decidí optar por recoger ella misma los mejores vegetales de su huerta para atenderlo, cocinando una infinidad de platos en versiones integrales y orgánicas que jamás pensamos que sería capaz de hacer. Iván, mi padre, se dedicó en cambio a hablar de arte, y aunque no sabía si él realmente sabía algo de eso, podía notar lo contento que estaba de, en sus palabras, "*tener un artista en la familia*".

Manu se dejó agasajar con alegría, y verlo disfrutando de algo tan íntimo como la atención de mis padres, me hizo suspirar de ternura. Lo amaba tanto. Ellos lo adoraron. Y él parecía adorarlos también.

Por la tarde, explicamos a mis padres sin grandes rodeos el TOC de Manu. Ellos nos escucharon con atención y se disculparon por arremeter contra su preciado espacio personal al momento de conocerlo. Pero Manu ya había olvidado todo. Seguimos hablando, las horas pasaron entre risas, hasta que finalmente, nos dormimos en mi pequeña cama, la misma que tenía desde los cinco años, cuando me obligaron a dejar la insuperable habitación de mis padres. Sobre nuestras cabezas, todavía colgaba un maltrecho sistema solar al que le faltaba Júpiter, y justo tras la espalda de Manu, un enorme poster de *Harry Styles*, que nos observó besarnos en secreto, para que nada se escuchara en el

silencio de mi casa de campo.

El desayuno fue una competencia de comida, a tal punto, que no nos levantamos de la mesa hasta que la despedida comenzó, justo después del almuerzo, cuando me excusé por mi ausencia durante el año. Mis padres no opinaron al respecto y se limitaron a reír, asumiendo que no los visitaba porque tenía algo más interesante que hacer. Sin embargo, les prometí volver, y les prometí llevar a Manu conmigo, aunque se negara. Él reía, como si nunca hubiese existido el pánico que la palabra *suegros* le provocaba.

—Este verano debo hacer mi práctica, no vendré muy seguido... —avisé, sin fingir lo mucho que los extrañaría.

Mis padres volvieron a abrazarnos, me besaron tanto como pudieron, y pidieron a Manu no apartarse de la familia.

—Me la cuidas, Manu —gritaron mis padres a coro cuando comenzamos a andar por el camino de tierra.

—Me tienes que cuidar —bromeé, cuando nos alejamos lo suficiente.

—Con la vida —respondió él, y me dio las gracias por llevarme al lugar de donde provenía.

En el tren de regreso, Manu volvía a llevar aguantes, pero esta vez, mis manos iban entrelazadas a las suyas, y nuestras risas parecían congeniar con el paisaje que dejábamos atrás. Nos besamos mucho, nuestras narices jugaron en nuestros rostros, y mientras me deleitaba con la felicidad de mi novio, me abordaron las dudas sobre lo que acaba de ocurrir.

—¿Qué te parecieron? —pregunté, hundiendo mi rostro en su cuello.

Me daba algo de miedo que de su boca saliera algo que pudiera herirme. Mis padres no son profesionales como los suyos, ni hablan lento y pausado como Claudia, ni son conocedores de arte, o de terapias alternativas. Ellos no son eruditos en nada, salvo en quererme y en hacer germinar todo cuanto sus manos ponen sobre la tierra.

Manu guardó un largo silencio, y exclamó:

—¡Eres igual a tu madre!

Ambos estábamos felices.

No podíamos no estarlo, si nuestros días comenzaron a llenarse de luz, como el sol en las pinturas de Manu, radiantes y alegres. Todo era perfecto. Nuestros despertares, nuestras tardes de mimos, la forma tímida en que Manu me buscaba para dormir, y la maravilla de ver a Manu pintando, con sus pañuelos de colores sobre el cabello, La vida tomó forma, comencé mi práctica, la bandita volvió a tocar, y Manu estuvo en cada uno de nuestros ensayos, solo para escucharme y volver a casa despacio, tomados de la mano, recorriendo sin prisa la distancia que nos separaba de nuestro hogar.

Me sentía amada, y volver a casa se volvió mi momento preferido del día, pues Manu siempre estaba ahí, sonriente, con la casa en perfecto orden. Cada noche, ventanas y puertas eran revisadas una y otra vez. Cada mañana, me besaba ocho veces antes de que me fuera. Manu se duchaba dos o hasta tres veces al día. Sus manos, cuando el estrés se apoderaba de él, podían herirse con facilidad producto del lavado constante que aún no lograba controlar del todo. Manu nunca cambiaba de asiento. Organizaba todo lo que veía, y siempre dormía en el mismo lugar, muy cerca de pecho, abrazándome, repitiéndome que me amaba, que era feliz, que estaríamos juntos para siempre.

Me sentía amada.

Yo lo amaba.

Realmente lo hacía.

Paso 20

Manu

Los tres meses que duró la práctica profesional de Nino, se sintieron como una luna de miel. Cada uno de los días que pasé a su lado fue magnífico. Adoraba su compañía, su risa contagiosa y lo enérgica que era a la hora de demostrarme su amor, abalanzándose sobre mí cuando me encontraba concentrado en mis pinturas, o abrazándome con dulzura cuando el estrés amenazaba con aparecer, o besándome en forma apasionada cada noche, solo por el placer de sentirnos en las nubes. Jamás tuvimos problemas que nos significaran dormir enfadados el uno el otro, en su mayoría, gracias al don de la palabra que acompañaba a Nino desde que tenía un año. Ella, por fortuna, era capaz de expresar todo aquello que le molestara, lo que hizo nuestra convivencia mucho más armónica, aun cuando hubo momentos, por supuesto, en los que ambos decidimos mantenernos en silencio.

Sin embargo, esos pequeños impases no nos detuvieron, permitiendo que los días pasaran alegres y que nuestra confianza creciera. Siempre sentí que el amor que nos profesábamos se multiplicaba, hasta que la cotidianidad se abrió paso, permitiendo que la decepción entrara en nuestra relación, sin importar el daño que pudiese causar.

Un domingo, tras el ensayo con la banda, Nino apareció en casa tan radiante como acostumbraba.

—¡Manu, Manu! ¡El próximo sábado nos invitaron a tocar frente al público! ¿Adivina qué? ¡Voy a escoger una linda canción para ti! —gritó al atravesar la puerta.

De inmediato se quitó su chaqueta para lanzarla al sillón junto a su mochila de colores, y con la misma rapidez las tomé para llevarlas al colgador donde

pertenecían. Nos abrazamos, deseosos de compartir esa alegría, para luego besarla muchísimo hasta demostrarle lo orgulloso que me sentía de ella.

—¡Eso es genial! ¿dónde será? —pregunté, con ella aún entre mis brazos.

—En el bar que está frente a mi facultad, ¡te va a gustar mucho!

Sus ojos ilusionados brillaron al contestar. Yo volví a besarla, porque era consciente de que sería imposible disimular mi tristeza. Lo sabía, lo había sabido siempre, pues mi imaginación me permitió presenciar ese momento y sus consecuencias el mismo día en que supe que la amaba. Aun así, no quise decirlo en voz alta, porque no deseaba sentir que comenzaba a arruinarlo todo.

—Tras nosotros tocará Nicky Jazz, es una banda conocidísima entre los estudiantes, por lo que de seguro estará repleto el bar. Tienes que...

Nino se levantó, se quitó el sweater mientras seguía hablando con entusiasmo de su próxima actuación, hasta que de pronto, guardó silencio frente a mí.

—Nino, lo lamento tanto. No creo que pueda estar ahí.

Ella entendió lo que ocurría de inmediato. Su rostro cambió y no volví a ver su sonrisa por algunos días.

—Está bien, no importa —contestó molesta, sin permitir que me explicara.

Se alejó de mi lado, y esa noche, Nino no me esperó para dormir.

Nino

Si bien acababa de sobrevivir a mi primer acercamiento con el mundo laboral, lo cierto es que estaba cansada. Había trabajado gratis tres meses en un estudio donde jamás me pidieron que pensara. Mi función era bajar datos de satélites y organizar carpetas con imágenes del clima, como si mis años de estudio se resumieran en eso. Era obvio que lo único que deseaba fuera hacer algo distinto, no importaba qué, y por supuesto, junto a Manu. Sin embargo, la cotidianidad que adoptamos viviendo juntos, me hizo olvidar que la rutina y él

eran lo mismo. No era su culpa en absoluto, ni mucho menos de los hermosos días que pasamos juntos y que me hicieron pasar por alto el hecho concreto de que me había ganado un espacio en el corazón de Manu haciéndome parte de su día a día.

Esa tarde me enfurecí con él, lo dejé solo en el sofá y me fui a nuestra habitación. Estaba tan cansada. Frente al espejo, concluí sin dificultad que todo era mi error, pero el agotamiento hizo que me durmiera temprano, sin tener tiempo suficiente para disculparme.

Por la mañana del día siguiente, me esperaba una importante reunión académica para comenzar mi investigación de título, por lo que me desperté mucho más temprano que Manu para correr a mi facultad, por ende, tampoco tuve tiempo de disculparme. Ya ir corriendo era bastante molesto, pero nada iguala el atravesar el segundo campus más grande del país para encontrarte con el fatídico hecho, de que tu preciado tema, acaba de ser tomado por otro estudiante. Esa tarde volví a casa con la frustración a tope, agobiada por la carga académica que cada vez me costaba más dominar, y triste por tener que conformarme con una mierda de tema que no entusiasmaba a nadie. Manu me esperaba en la mesa, en su lugar de siempre, pero yo ya no tenía deseos de hablar. Me dormí temprano, y nuevamente, no tuve tiempo de disculparme.

El resto de la semana me dediqué a deambular entre informes y papeles que acreditaran mi paso por la práctica profesional. Había trabajado tan duro, y mis encargados me valoraron con una nota que apenas demostraba el enorme esfuerzo que puse en sus aburridas funciones. Cada noche volví a casa para encontrarme con él, en su lugar de siempre. Un par de veces compartimos un café, pero el resto del tiempo me permití evadirlo, tal vez porque cobardemente sabía, que Manu era lo único que se mantendría a mi lado.

Cuando la tarde del sábado llegó, sin darnos cuenta, ya llevábamos una semana sin sonreír, sin abrazarnos, sin mirarnos a los ojos. Tenía que terminar con ello. Tenía que volver a ser dulce con él, porque lo amaba y me encantaba hacerlo. Antes de salir, me paré frente a él y le acaricié el rostro. Manu cerró sus

ojos, y esa sola escena que días atrás podría haber sido la antesala de un sinfín de besos, pareció el más triste de los finales de todos los libros escritos y por escribir.

—Manu, me voy ya ¿seguro no quieres venir? —dije antes de separarme de su piel.

Él sonrió con ternura, enseñándome una melancolía desconocida para mí.

—Tengo muchas ganas de ir Nino, pero no puedo, no soy capaz, por favor discúlpame —contestó, mientras retrocedía a casi dos metros de distancia, sin ser capaz de volver a acercarse.

Noté la forma nerviosa en que tomaba sus manos, pero el orgullo me hizo ignorarlo. Quería estar con él, que me escuchara cantar y disfrutara las canciones que había seleccionado para él, pero cerré la puerta y avancé, sola, repitiéndome que no fuera tan dura, que tuviera paciencia, que había exagerado. Una vez más me fui sin disculparme, y sin disculparlo.

La noche en el bar fue impresionante. Cantamos, reímos, conocí a muchísimas personas, y bebí demasiadas cervezas, aun cuando Tomás me insistía que volviera, sobretodo porque Manu estaría preocupado, recalcándome que no lo pusiera nervioso, que lo llamara, que fuera desconsiderada.

—¿Desconsiderada? —odié escucharlo decir esa palabra.

Era Manu el desconsiderado que no era capaz de hacer un esfuerzo por presenciar algo tan importante para mí. Era Manu el que no deseaba acompañarme. Era Manu. Era él. ¿Cómo podía ser yo? Yo lo acompañaba, lo apoyaba...

—Hoy salí sin tu hermano. Si no quiso venir, entonces que me espere —bramé, furiosa.

—No pudo, Nino. Ser incapaz de hacer algo es muy distinto a no querer.

Tomás tenía razón. Pero continué bebiendo y culpándolo hasta volver a casa, ya entrada la madrugada. El me esperaba sentado en la mesa, solo, como había hecho cada día por la última semana.

—¿Cómo estuvo todo? —preguntó tratando de esbozar una sonrisa pero sin

levantarse de su lugar.

Casi no lo miré, y hacerlo me dolió tanto como a él.

—Con mucha gente. Se me hizo tarde. Me iré a dormir —contesté.

Caminé hasta nuestra habitación pasando por su lado sin siquiera voltearme y sin saludarlo con un beso como siempre hacía. Él intentó hablar una vez más, se levantó y quiso alcanzarme, pero era evidente que sus pies no se movían a voluntad.

—¿No te vas a dar una ducha? Tu pelo está...

Me volteé enfurecida. Yo lo sabía. Claro que lo hacía. Sabía que olía a humo de cigarrillo y cerveza, pero no contesté. Tenía mucho alcohol en el cuerpo, tenía cansancio, tenía mil preocupaciones. Cada día que pasaba, todo estaba peor en mí y entre nosotros: no lograba avanzar en la universidad y no podía darme el lujo de pagar un año más. Tenía que buscar un trabajo. Tenía que estudiar. Tenía que ser ordenada. Tenía que ser limpia. Tenía que respetar su orden.

Una tarde observé a Manu, y sus manos habían vuelto a temblar.

Manu

Yo también lo sabía. Y aunque lo había sabido siempre, había decidido imaginar que nuestro final podía haber sido otro. ¿Cómo no hacerlo, si Nino me veía pintar y me abrazaba, si constantemente bromeaba cuando revisaba una y otra y otra vez las puertas y ventanas, si reía cuando la despedía con muchos besos, si cerraba sus ojos cuando la besaba y su cara se ponía roja al decir que me quería?

Es cierto, lo sabía. Sabía que nuestro amor era frágil, y a pesar de que Nino no me decía que me amaba, también sabía que la realidad era que lo hacía. En el fondo era capaz de sentirlo tan profundo, que no necesitaba sus palabras. Para mí, su paciencia y su preocupación eran sus *te amo*, y con eso, tenía más que

suficiente.

Por lo mismo cuando su tiempo por las mañanas no era el suficiente para que me despidiera con muchos besos, o cuando se dormía antes de que revisara las puertas, o dejaba sus papeles desordenados sobre su escritorio y sus *te quiero* sonaban más como un *hola*, comprendí que el peso de tenerme a su lado era más de lo que ella podía soportar. Y no iba a obligarla.

Fue eso lo que me hizo esperar con la entereza que nuestra relación se merecía. Esperé paciente hasta que tocamos fondo el día en que ordené sus apuntes y sus lápices, organicé sus mapas y sus instrumentos, y limpié su computador. Aunque era algo que acostumbraba a hacer, cuando Nino lo notó, se enfureció. Gritó muchas cosas, pero sólo una se quedó grabada en mi memoria, repitiéndose incontables veces en el silencio de lo que fue nuestro hogar.

—Estoy cansada de que te metas en mis cosas.

Tal vez si Nino lo hubiera gritado como hizo con las otras miles de cosas que dijo, habría pensado que era la rabia del momento. Pero ella tomó un profundo respiro antes de decirlo, porque estaba segura de lo que hacía. Por supuesto, no dije anda y guardé silencio. Vivía en *su casa*, todas eran *sus cosas*. Se aproximaba lo evidente, aunque no fue inmediato, pues Nino salió de la casa cerrando de un golpe la puerta sin permitirme reaccionar. Estaba aterrado e inmóvil ante la certeza del fin y la forma en que sucedía. No sé cuánto tiempo pasé de pie concentrándome en no imaginar mi vida sin Nino, porque aquello no era más que adelantarme al espectáculo surrealista de ver *ti propia vida* destruirse frente a tus ojos.

Cuando mi cuerpo volvió a pertenecerme, me senté en la mesa intentando controlar el temblor de mis manos e ignorando el sudor frío que recorría mi espalda junto a la necesidad agobiante de estar junto a Nino. Quería que me salvara. Pero no sucedió.

Ella no puede irse de su casa, soy yo quien debe salir.

Nino volvió a las tres de la mañana con cincuenta y cuatro minutos y treinta y dos segundos. Olía a alcohol y cigarrillos, y su cabello lucía más despeinado y

maltrecho que nunca.

—Nino, hablemos —supliqué.

Pero ella avanzó a la habitación sin siquiera mirarme.

—No quiero hablar ahora —contestó, mientras se quitaba el sweater para dejarlo en el suelo, como si no importará más el orden en esa casa.

Me levanté, cogí el sweater sucio y los temblores amenazaron con invadir mi cuerpo entero. Por primera vez, sentí rabia con ella.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté.

Nino no respondió y siguió su curso.

—¿Quieres que me vaya? —repetí, tomando a Nino por uno de sus brazos

Ella se giró molesta para arrojar un despreocupado *haz lo que quieras* que no soporté. A punto de perder la calma, la tomé por los hombros exigiéndole en un ruego desesperado que se explicara.

—¿Quieres que me vaya? dime, por favor, ¿quieres que me vaya? Nino, te lo ruego, ¿quieres que me vaya? necesito saberlo, ¿quieres que me vaya?, ¿quieres que me vaya?, ¿quieres que me vaya?, ¿quieres que me vaya?...

—¡Sí! ¡Necesito que te vayas! ¡No puedo más! ¡Esto es demasiado para mí!
—gritó soltándose de mi agarre.

Nos miramos un segundo, y acabó.

Llevábamos seis meses, tres semanas, dos días y algunas horas viviendo juntos. Y esa fue la primera noche que dormí sin ella.

Paso 21

Nino

Por la mañana, Manu ya no estaba en casa. Era consciente de que se había ido, pero aún así, me incorporé para buscarlo con la mirada aunque solo obtuve como respuesta un vacío que ya no me era habitual. ¿Estaba realmente sola una vez más? Volví a recostarme con la esperanza de que pasar unos minutos más en cama me aliviaría un poco la cabeza, que no paraba de darme vueltas producto de la borrachera de la noche anterior. A mi lado, la almohada mediana y blanca, la preferida de Manu, me recordaba que el hombre al que amaba ya no estaba a mi lado.

—¿Manu? —llamé.

Y he de reconocer que jamás fue tan triste pronunciar su nombre en voz alta. Y sí, sabía que nadie respondería, pero fue peor comprobarlo. Manu, mi Manu, siempre acudía a mi llamado, sin importar lo concentrado que estuviera, porque Manu siempre estaba. Y aunque estaba segura de que Manu jamás se iría por su propia voluntad, también me parecía justo que lo hiciera, pues aunque deseaba pensar que había sido una discusión común y corriente y que el día avanzaría con normalidad, sabiendo que por la tarde nos disculparíamos para volver a dormir entrelazados, repitiéndonos lo mucho que nos amábamos y lo felices que éramos el uno con el otro, estaba consciente de que todo lo que teníamos había acabado.

Manu no volvió aquel día, ni el siguiente.

El día tres desde que él salió de casa y tras volver de la universidad, cargada de libros y melancolía, me encontré con la puerta de mi departamento abierta. Mi corazón recobró la vida en un segundo, dándome la fuerza necesaria para correr hasta ahí segura de que Manu estaría una vez más esperándome en su

lugar de siempre, sonriente o molesto, daba igual. Lo importante es que estaríamos frente a frente, y que luego de abrazarnos como tanto deseaba, podría decirle lo difícil que había sido pasar dos noches sin él, que por favor me perdonara, pues no volviera a echarlo de la casa. Manu me respondería que fuera un poco más paciente, que me amaba y que juntos podríamos encontrar la forma de convivir con la rutinaria vida que él necesitaba para funcionar. Estaba segura de que sería así, por lo que el último trecho que me separaba de sus brazos lo avancé con paso lento, sintiendo en cada latido de mi corazón lo emocionada que estaba.

Sin embargo, no era Manu quien esperaba por mí.

Una absurda ráfaga de realidad golpeó mi vida al ver a Tomás empacar las pertenencias de su hermano en las mismas tres cajas con las que había llegado. Mi cuerpo se hizo añicos de dolor, impidiéndome avanzar más allá del umbral de la puerta desde donde comencé a comprender todo lo que había sucedido, no porque me costara creerlo, sino porque me costaba aceptarlo. Siempre me jacté de que las lágrimas no eran mis aliadas, sin embargo, esa tarde decidí dejarlas correr en libertad para no detenerlas en mucho tiempo, porque aunque no dejaba de culparme por lo ocurrido, y a pesar incluso de que deseaba con todo el alma llamarlo y pedirle que volviera, que olvidáramos todo y me enseñara a convivir con él, la triste y cruel realidad, era que ya no era capaz de aguantarlo más. Lo adoraba, pero me sentía enjaulada junto a Manu.

—¿Cómo está? —pregunté, al mismo tiempo que me desplomaba sollozando en el sofá desde donde observaba a Manu pintar.

—Parece que igual que tú —contestó Tomás, deteniéndose para abrazarme y tratar de entender lo que ocurría.

Con absoluta delicadeza se ubicó a mi lado sin soltarme, intuyendo el dolor que sentía y procurando no destruirme con sus palabras.

—¿Qué pasó Nino?

Sabía que debía responder esa pregunta, que tenía que verbalizar en voz alta mi responsabilidad y lo que ello significaba, y por sobretodo, disculparme.

Respiré profundo en incontables ocasiones, hasta que las lágrimas me permitieron unos minutos de calma para poder hablar.

—Lo siento Tomi. Lo abandoné, todo es mi culpa...—sollocé.

Era una traidora. No existía otro calificativo para mí. Una traidora egoísta y malvada.

—Nino, ¿lo amas?

—Con mi vida —aseguré.

Y no mentía.

—¿Entonces? No entiendo esto.

—Amarlo no es suficiente...

Eran esas las palabras que más temía pronunciar. Estaba destrozada. Confirmar que el amor que profesaba era tan débil y barato que no era capaz de aceptar a Manu como era, se sentía como una puñalada al estómago. Tomás guardó silencio, entendiendo a la perfección lo que acababa de decir.

Esa noche, entre el sentimiento de derrota y el ahogo, recordé a Manu diciéndome que era feliz, y a Tomás contándome el incidente de su hermano tras su peor época. ¿Y si todo se repetía? ¿y si mi egoísmo provocaba una catástrofe como aquella? No, eso no podría resistirlo, y no tan solo por la culpa, si no que la sola imagen de mi mundo sin él habitándolo me parecía insoportable e irreal. ¿Tal vez habría preferido no conocerlo con tal de no saberme responsable del sufrimiento de Manu? ¿habría sido mejor mantenerme alejada con tal de evitar el sufrimiento que yo misma me provocaba?

Agobiada por la angustia, hice lo único que podía:

—*Manu, eres lo más importante que tengo, pero no pude conservarte. No quiero vivir en un mundo sin ti, pero no quiero vivir contigo. ¿Soy una mala persona?*" —escribí.

Me dormí entre lágrimas al entrar la madrugada, con más alcohol en el cuerpo del que me era habitual, para despertar aún un poco ebria pasado el mediodía, con la respuesta de Manu aguardando en el teléfono sobre la almohada:

—*Quiero vivir contigo, pero no quiero que vivas conmigo. ¿Soy una mala persona?*

Así fue como acabó mi vida junto a él y la realidad a la que ambos temíamos en silencio, se hizo presente, mucho antes de lo que deseábamos. Ambos sabíamos que no sería fácil. Yo no solo estaba al tanto, sino que también había sido advertida. Aunque sin duda, lo más desgarrador, era saber que incluso Manu esperaba paciente el final, observando con ternura desde sus miedos como todo avanzaba hacia el abismo.

Yo no me merecía a Manu.

Ese mismo día volví a casa de mis padres, casi sin equipaje y sin la necesidad de explicar lo que ocurría. Mi madre me abrazó por horas, con mi padre observando en silencio frente a nosotras.

Estuvo un mes y diez días junto a ellos. Solo fui capaz de regresar cuando dije en voz alta, que Manu y yo, nos habíamos separado.

Manu

Era de madrugada cuando salí de aquel departamento que en algún momento me hizo feliz. La tristeza nubló por completo mi razón, y sin pensar en nada, me deje llevar por el movimiento inconsciente de mis pies, sin siquiera analizar la forma en que a esa hora llegaría a la casa de mi madre. De pronto, me encontré en la mitad del puente que separaba mi dulce vida con Nino de la patética realidad que me esperaba. Podría haber acabado con todo en ese instante, pero el dolor que cada paso me provocaba, de alguna forma me recordaba que había sido real, aun cuando la oscuridad comenzaba a cernirse sobre mis sentidos.

En casa de mi madre, me recibió un silencio abrumador que me impedía poner en práctica cualquiera de mis técnicas de autocontrol. No me servía contar, no me servía respirar, no me servía visualizar el rostro de Nino, ni sus ojos, ni sus labios, ni sus dientes... Abrí la puerta con la desesperación amenazando con invadirme por completo y destruirme sin piedad. Mamá escuchó las llaves, los

pasos, mi respiración agitada y de seguro hasta las lágrimas que caían al piso con frenesí. Corriendo, llegó hasta el primer piso para quedarse inmóvil frente a mí, adivinándolo todo, tratando de contener sus ganas de gritar: *¡te lo dije! ¡te advertí que no saldría bien!*

—¿Qué pasó? —murmuró.

Su voz temblaba de pánico. Una vez más, mi sola existencia hacía sufrir a mi madre. Tardé unos segundos en responder, tratando de disimular la decepción que evidenciaban mis palabras.

—Se acabó —contesté.

Mi cuerpo temblaba por completo. Estaba a minutos de perder el control.

—Yo... estaré arriba —agregué.

Mamá intentó detenerme cogiendo uno de mis brazos, pero solo consiguió aumentar mi nerviosismo y que la repeliera como tantas veces hice antes. El círculo vicioso de la angustia comenzaba.

—Ahora no. Estaré arriba —bramé, librándome de su agarre.

Subí a tropiezos la escalera y me encerré en mi habitación que parecía esperarme triunfante. Todo estaba igual al día en que salí de allí. Lo único que faltaba, eran las cosas que Nino tenía.

Estaba solo. Solo una vez más, y a cada segundo, la sensación de vacío se hacía más grande. Lo único que me quedaba por hacer era quedarme ahí y esperar algo, lo que fuera que me devolviera mi vida, esa vida que había renacido con Nino, esa vida que adoraba, esa vida que me había hecho creer que era un hombre como todos.

Los temblores empeoraron, caí al suelo asustado, y lo cierto es que sabía muy bien a qué temía.

El miedo a mí mismo había vuelto.

La derrota, la vergüenza, la desilusión, el vacío, el desamor, todo... Nino ya no me quería. Nino ya no me necesitaba. Nino, Nino, Nino, Nino...

Intenté levantarme, llegar a la cama, pero mis ojos se nublaron y mis recuerdos desaparecieron.

—¡Manu! ¡Hermano, abre! ¡Manu!

Oí gritar a Tomás. Oí los llantos. Y me desvanecí.

Cuando desperté, en algún momento de la madrugada o del día, no lo supe, mi hermano me tenía entre sus brazos, mi madre rezaba de rodillas junto a mí, y los tres llorábamos sin consuelo por lo que acaba de ocurrir.

Deseé hablarles, pero mi voz no salía de mi garganta. Deseé responder el abrazo desesperado de Tomás, pero mi cuerpo no respondía a mis órdenes. Esa fue una crisis horrible, de las peores que tuve, en la que con la misma intensidad que deseaba calmarlos, deseaba morir. Pasé así tres días enteros, sin comer, apenas bebiendo algo de agua, incapaz de levantarme, porque, *¿a qué me levantaría? ¿qué podría hacer?* Si Nino ya no estaba a mi lado para abrazarme, para tocarme, para hablarme... ni siquiera para verla. Mi dolor se volvía insoportable y sin ella, ya no había nada para mí. La conocida sensación de que ya no existía diferencia entre respirar o no, reaparecía. De pronto ya no tenía una vida que anhelaba vivir, porque ya no tenía nada.

Fue ahí cuando mi celular anunció que tenía un nuevo mensaje:

—Eres lo más importante que tengo, pero no pude conservarte. No quiero vivir en un mundo sin ti, pero no quiero vivir contigo. ¿Soy una mala persona?

Una racha de alegría cruzó mi corazón.

¿Cómo hacía Nino para poder leer mis pensamientos? ¿cómo sabía Nino que en el fondo deseaba ser salvado por ella?

—Porque nos amamos —murmuré, entre lágrimas.

Y esa respuesta que tanto anhelaba me mantuvo a flote.

Nos amábamos. Lo hicimos tanto como pudimos y supimos amar, pero eso no había sido suficiente. De seguro si hubiésemos nacido en un mundo sin preocupaciones ella me habría aceptado. Pero no era así. Habíamos nacido en este mundo, y yo no estaba hecho para este lugar. No encajaba, ni lo haría nunca.

Me incorporé con dificultades, pero lo hice. Poco a poco traté de controlar mi respiración y mis temblores comenzaron a bajar. En el fondo, estaba agradecido con Nino, por hacerme feliz, por regalarme sus besos, sus manos, su cuerpo.

Presionarla a quedarse era injusto. Ella era libre, así la había conocido. Ella libre y yo una cárcel.

Teníamos que separarnos, o ya no habría rastro de quiénes éramos realmente.

—Tenemos que hacerlo —me repetí—. Por Nino.

—*Quiero vivir contigo, pero no quiero que vivas conmigo... ¿Soy una mala persona?* — respondí.

Envié el mensaje pensando en mi suerte de mierda, y luego en sus ojos y sus ropas de colores. Yo no deseaba vivir y buscar la felicidad. Yo solo deseaba vivir para recordarla, para repasar nuestros días juntos y el amor que ambos nos teníamos, aunque este no hubiese sido suficiente para mantenernos juntos.

Nino ya no estaba a mi lado, pero me sentía salvado una vez más.

Pasaron los días, las semanas y los meses, pero solo conseguí ponerme de pie y comenzar a pintar la misma mañana en que frente a la venta, murmuré:

—Nino y yo nos separamos.

Paso 22

Nino

En el momento en que las angustiadas llamadas telefónicas de mis amigos comenzaron a ser para mis padres y no para mí, comprendí que debía ser fuerte y regresar. La necesidad de refugio que sentía no había conseguido nada más que preocupar a quienes me apreciaban, aun cuando no parecía ser digna de ello. Fue así como me despedí entre lágrimas de los cariñosos brazos de mi madre, buscando volver con valentía a afrontar la decisión que yo misma había tomado. Creo que nunca me fue más difícil abandonar la casa de mis padres como ese día, en que el vacío que entraba a borbotones por las puertas y ventanas de mi hogar me recibió.

Casi de inmediato comencé a recibir las visitas de mis amigos, incluido Tomás, quienes se esforzaron en hacerme sentir mejor e intentar que la culpa no se sintiera como un puñal. Mil veces intenté explicarles, a modo de disculpa por el daño causado, pero cada vez que hablaba me ahogaba en lágrimas y recuerdos. Nadie hizo preguntas, no sé si fingían entenderlo o lo hacían, pero su apoyo silencioso se transformó en un pilar fundamental que me permitía salir a flote cada vez que la soledad amenazaba con hundirme. Gracias a ellos supe que Manu estaba bien, me lo aseguraron, y la verdad no tenía razones para desconfiar de su palabra, menos aun cuando mis queridos amigos lo adoptaron como uno más, manteniéndose en todo momento a su lado para impedirle caer. Algo que yo no fui capaz de hacer, por inmadura y egoísta.

Los primeros meses que pasamos separados comenzaron a calmar la angustia que mi corazón sentía, provocando que el intenso dolor de mi vida sin Manu se escondiera. No dejé de extrañarlo nunca, ni de sentir la enorme falta que me hacía, pero aprendí a vivir sin él y a asumir que mi comportamiento no

fue jamás el adecuado, y es que estaba asustada del rumbo que mi vida comenzaba a tomar junto a Manu, pero nunca fui capaz de decírselo. ¿Serían los años capaces de enseñarme? No lo sabía, y jamás sería capaz de hacerlo, pues la inmadurez de mi juventud me hizo perder aquello que más amaba.

Esos fueron días muy tristes, donde el fuerte deseo de volver a verlo me impedía avanzar con esa vida que pretendía recuperar cuando lo obligué a alejarse. En los momentos de más triste soledad, esa que sientes aun cuando estás rodeada de personas, riendo y hablando como si tu corazón siguiera intacto, consideré visitarlo y retomar nuestra inocente relación de amistad en la que ambos de alguna forma sabíamos que nos pertenecíamos, pero sin agobiarnos de ninguna manera. Si hubiese podido, habría retrocedido el tiempo y lo habría alentado a estar con Elisa, quizá de esa forma él aún estaría a mi lado, aunque su corazón le perteneciera a ella. Lo cierto es que soñaba con cualquier otra versión de los hechos con tal de haber evitado esa horrible rutina que solo había empujado al fin, obligándonos a terminar envueltos en lágrimas. Pero no podía. El solo volver a vernos podría destruirnos y derribar la falsa estabilidad que comenzaba a alcanzar, esa que no llenaba ningún vacío, pero que me transformaba en una persona con un corazón que volvía a latir.

Con el correr del tiempo, me decidí a animar mis días vacíos de vida y vacíos de Manu, pero mirarme al espejo y no reconocirme se volvió una costumbre. Ya no sabía que cosas me hacían feliz, no lograba sonreír como antes por más que lo intentara. Olvidé lo que era llorar con los chistes aburridos de Francisco, y comencé a apagarme para convertirme en una desconocida que lucía igual para todo aquel que me observara. Hasta que volví a cantar, con voz temblorosa, en la ducha, sintiendo la vibración de la música a todo volumen en el vidrio de la ducha.

Solo allí, en medio del hastío que me provocaba la universidad con sus burocracias absurdas y la urgencia de buscar un trabajo, comencé a vivir una vez más. Tomás y Francisco me impulsaron, y lloré cuando volví a pararme frente al micrófono con la bandita a mis espaldas, con una mezcla de alegría y nostalgia,

casi presenciando como mi alegre mundo terminaba de derrumbarse para renacer en una sensación horrible, que conocía perfectamente: la inconformidad. No estaba mal, estaba viviendo, estaba cantando con mi corazón alegre, pero mi voz paraba, y mi monótona vida celebraba su victoria. La rutina volvía a ganar.

Sin darme cuenta, mis platos sucios se volvieron a acumular en mi cocina, mis ventanas se quedaron sin cerrar, y mi cama se dejó de compartir. Desde ese día, jamás volví a oír hablar de Manu.

El día de mi examen de grado, él no estuvo ahí. Tampoco estuvo en navidad, ni en mi cumpleaños, ni el día en que me titulé, cuando encontré trabajo por primera vez ni cuando me ascendieron el día en que abracé los veintiséis. Manu no estuvo nunca más. Mis amigos comenzaron sus propias vidas, trabajaron, se fueron. Mientras yo, en cambio, me quedaba ahí, inmóvil, siempre esperando a que él llegará, y jamás lo hizo. O tal vez esperando ir en su búsqueda, lo que tampoco ocurrió.

Al poco tiempo comencé mi vida en forma independiente. Trabajé, y descubrí que era buena, aún a pesar de las bajas calificaciones que las noches de fiesta me provocaron. Me descubrí responsable y metódica, requiriendo de poco esfuerzo para subir de nivel y situarme a temprana edad entre los mejores profesionales de una aburrida empresa como cualquier otra. Sabía que debía estar feliz. Sabía que tenía mucho más que el común de las personas, pero por alguna razón, esa anhelada estabilidad no era suficiente para mí.

Cuatro largos años pasaron, en los que entendí además que incluso la más dolorosa pérdida es incapaz de provocar la muerte, por sorprendente que parezca. Por lo mismo, continué habitando mi pequeño apartamento en dónde aún recibía las alegres visitas de mis constantes amigos. Una tarde en que me preparaba para recibir a Tomás, Andrea y Francisco —que vivían juntos desde el momento en que notaron que se habían enamorado uno del otro—, noté que la adultez había llegado incluso para mí. Las tardes de cervezas ya no se extendían en días de semana y, por supuesto, dejamos de comprar las marcas más económicas para adquirir menos alcohol pero de mejor calidad. Antes de

esconder un poco el desorden que se acumulaba por casa, sonreí con nostalgia al verme convertida en una mujer. La niña alegre y divertida había quedado atrás. El timbre sonó, con las risas de fondo de quienes me acompañaban sin cuestionamiento. Me encantaba entregarme a la alegría que mis amigos me brindaban, sobretodo porque junto a ellos sentía que lo poco que quedaba de la verdadera Nino era libre de salir.

Fue una tarde de risas y recuerdos, en los que aun nadie nombraba a Manu. Al caer la noche, los despedí con una sonrisa enorme que se desvaneció al cerrar la puerta. Miré el vacío de mí estar y confirmé lo que había supuesto todos esos años: *era triste estar sola*. Caminé hasta mi cuarto en busca del consuelo que mis enormes ojos en la pintura que Manu me regaló años atrás me brindaban y suspiré. ¿Sabría Manu lo que aquel hermoso cuadro era capaz de provocar? En cuestión de minutos, tres golpecitos a la puerta la volvían a llamar.

—Nino, soy yo lo siento pero... creo que es importante. Manu va a... — Andrea hablaba a través de la madera y su temblorosa vocecita había nombrado a Manu. *Se va a casar*, pensé, y abrí la puerta a la par que la horrible sensación de angustia se abría paso en mi corazón. Andrea sonrió al verme y me observó con ternura antes de continuar—: Manu va a exponer mañana, en la galería de la Universidad. Todo el mundo está entusiasmado, es una exposición muy importante para él. Habrá mucha gente y hasta medios de prensa. Creo que... deberías ir a verla.

La angustia dio paso al alivio y mi cuerpo comenzó a relajarse de inmediato. Correspondí su sonrisa y la abracé.

—Gracias Andre, pero no creo que vaya. Felicítalo por mí.

Esa fue la primera vez que escuchaba su nombre después de cuatro años. Andrea se despidió, y yo volví a quedarme sola frente a mi retrato, intentando averiguar si era posible amar a la misma persona para siempre. Manu nunca había salido de mi cabeza, mucho menos de mi corazón. Me levanté sintiendo un leve temblor en mis rodillas y me ubiqué frente al espejo para contemplarme: mi pelo ya no estaba rojizo, tenía unos kilos de más, mi ropa ya no era de colores y

la alegría se había borrado de mi rostro.

Esa desconocida que intentaba sonreír, era yo. ¿En qué momento mi vida se había vuelto como la de todos los demás? ¿Cuándo fue que me dejé llevar por la corriente? Guardé silencio, y la respuesta cayó como una bofetada en pleno rostro: fue cuando me alejé de Manu.

La mañana siguiente, recibí a mi jefe en mi oficina, quien no paraba de hablar sobre mi rendimiento laboral, unos viajes y algo que difícilmente capturaba mi atención:

—Nino, la idea es que estés en Singapur dos meses, necesito que refuerces tu inglés de inmediato, también tomarás un curso de chino mandarín. Es muy importante que aprendas a utilizar el nuevo software si queremos incorporar la nueva tecnología y...

Mi mente estaba en otro lugar y junto a otra persona. Por ello, acabé el día con las mismas interrogantes del último tiempo, aunque a diferencia de otras ocasiones, a cada paso la duda se volvía más pesada y difícil de cargar. ¿Qué era eso? ¿éxito? ¿a eso le llaman éxito? Trabajaba doce horas diarias, mis compañeros de trabajo eran unas máquinas humanas que vivían para competir unos con otros, nadie me esperaba en casa y ni siquiera me gustaba mi empleo.

Cabizbaja abrí la puerta de mi hogar... ¿Por qué solo no podía conformarme?

Tomé un resto de pizza de la tarde anterior y la calenté en el microondas que marcaba las seis de la tarde.

—Ya debe haber terminado de exponer —supuse.

Mientras esperaba, contemplé mi reflejo en el vidrio sucio, y me sentí patética. Cuatro años después, seguía pensando en él. La grasa escurrió, sobre el plato, el queso burbujeante de la pizza quemó mis dedos, y solo entonces fui capaz de recordarlo:

—Yo no soy patética.

Decidida cambié mi ropa, me retoqué el labial y salí.

Paso 23

Nino

Desde que recibí el título profesional que no regresaba a la universidad. La odiaba, y ni siquiera tenía una razón de peso para hacerlo. La verdad es que asumo que cuando perdí a Manu, perdí también mucha de mi ingenuidad, y me convertí en una persona que odiaba más de lo que debía. Qué extraño es sentir que una persona alberga todo lo bueno de ti.

Esa tarde recorrí el camino que acostumbraba mientras era estudiante, y me detuve con asombro frente a la cantidad de gente que salía de la galería, todos comentando lo fabuloso que era el artista y la forma en que plasmaba sus sentimientos en la tela; y oír sus comentarios solo hizo que sintiera tanto orgullo como pánico. Manu había crecido, era un profesional que exponía su arte en la más importante galería de la ciudad, mientras yo temblaba titubeando ante la posibilidad de que un exnovio me hubiese olvidado o no deseara verme. ¿En qué minuto algo así se había convertido en algo tan importante para alguien como yo? Estaba enojada conmigo misma por sentirme diminuta ante algo que siempre logré manejar con absoluta tranquilidad. Una vez más, y sin darme cuenta, pasaba por alto que Manu era incomparable. ¿Cuántas veces lo subestimé pensando que era como cualquier otra persona? Él no era, ni sería jamás un hombre como todos, y nuestra relación o los recuerdos de ella, no serían jamás como los de cualquier otra experiencia.

Intenté parecer decidida cuando caminé hasta la puerta y me detuve ¿Cómo iba a reaccionar cuando lo viera? ¿qué debía hacer? ¿era posible que Manu me odiara por la forma en que acabé con todo? Mis manos temblaron cuando encontré la respuesta: él jamás me odiaría, pues Manu era tan bueno que sería incapaz de albergar un mal sentimiento en su corazón. ¿Qué debía hacer

entonces? ¿era mejor desistir y que continuáramos con nuestras sus vidas como habíamos hecho hasta ese entonces? ¿cómo me sentiría si verlo solo provocaba algún problema? ¿y si quien me odiaba no era Manu si no Claudia? Un escalofrío recorrió mi espalda de solo imaginar la reacción de su madre al verme. Aunque de todas formas lo merecía.

De pie frente al enorme lienzo que colgaba de las paredes de la pinacoteca universitaria, observé pasar los minutos en mi reloj de pulsera, hasta que fui capaz de levantar la mirada y observar como con grandes y elegantes letras se leía el título de su obra: TOC; más abajo, su nombre.

Manuel Monsalve, leí.

Mi amado Manu. El hombre más puro de la faz de la tierra.

Debo hacerlo, pensé.

La emoción y el nerviosismo me invadían cada vez que avanzaba hasta la puerta, pero el temblor de mis manos y mis piernas me obligaban a regresar. ¿Dónde estaba toda la madurez que había acumulado con el pasar de los años? Al tercer intento, las escuché hablar, y el nudo en mi garganta y en mi estómago se multiplicó.

—¿No te parece que era un poquito lindo el pintor? ¿Te dio su tarjeta?

—Sí, era increíble... ¿el próximo semestre dijo que hará la clase?

—¡Sí! ¡Me muero! ¡Será imposible concentrarse!

Me volteé al escucharlas y sonreí. *¿Un poquito lindo? ¿Un poquito? ¿En serio? Manu es mucho más que eso,* me dije; y me sentí tan afortunada por conocer aquella faceta, que tal vez muy pocas personas llegarían a ver alguna vez. Recordé la ternura y la inocencia que emanaban de Manu, sus trazos delicados sobre la tela y sus dedos ásperos —de tanto lavárselos— sobre mi espalda, cada noche, después de prometernos amor eterno y amarnos con devoción exagerada, casi asumiendo la fragilidad de nuestra relación. ¿Cómo fuimos tan estúpidos para no prever el desenlace? ¿por qué no nos detuvimos antes para tomar un respiro y conversar? ¿por qué evitamos el problema hasta que se hizo enorme y nos aplastó?

—¿Por qué tenía que ser así? —me reprimí.

Me sentía culpable de todo, siempre lo había hecho. Mi poca paciencia y mi impulsividad me habían hecho errar el rumbo y entregarme a la vida ordinaria como todas las personas. Yo jamás había deseado algo como lo que vivía. Yo jamás había sido ordinaria. Mi vida soñada no se acercaba en lo absoluto a lo que tenía, y eso no era responsabilidad de nadie más que de mí.

Volví a suspirar, cogí la manilla de la puerta y entré a la exposición, temblorosa. Cerré mis ojos y los abrí con la ansiedad de observar por fin lo que el corazón de Manu tenía que decir: la primera pintura era un paño negro, la segunda también, en la tercera y la cuarta se podía apreciar algo de luz, en la quinta, se divisaban barrotes o algo parecido a una jaula y luz entrando por ellos.

—Así te sentías Manu...— pensé en voz alta mientras entraba al salón principal.

Lo que me recibió fue, según los periodistas, la declaración de amor más encantadora del último tiempo.

En todas las paredes de la galería podía ver mi cara. Hacia donde volteara me encontraba con mis ojos: sonriendo, durmiendo, hablando, cantando, abrazando algo que Manu no retrataba pero que estaba segura, era él. Todas las pinturas estaban llenas de recuerdos de la cotidianeidad que jamás valoré, y de una alegría contagiosa, tal como nuestra vida antes de que todo acabara. La emoción abandonó mi corazón a medida que avanzaba por el salón, solo para envolverme por completo mientras las lágrimas volvían a correr, porque estaba segura de que aquello que presenciaba, no era más que el corazón de Manu. Continué mi camino emocionada hasta dar con las últimas dos pinturas, cargadas de tristeza y angustia: en una había un pájaro enjaulado, con una expresión de dolor que parecía abandonar el lienzo y atravesar el alma de quien observara; y la última, un paño negro en donde la oscuridad aparecía de nuevo.

Me detuve frente al último cuadro y volteé la vista a mis miles de rostros en donde aún lucía joven y alegre, con mis cabellos revueltos y estrambóticos vestidos de lunares que no combinaban en absoluto con mis accesorios. Sonreí

con nostalgia al comprender la hermosa forma en que él había decidido recordarme, pero a medida que avanzaba la vista por los cuadros, la angustia y la duda crecían en mí, sin poder dejar de preguntarme quién era ese pájaro enjaulado. ¿Era Manu? ¿Era yo? ¿O éramos los dos, que estábamos presos el uno del otro?

No supe cuánto tiempo estuve de pie frente a los cuadros, pero el rumor incansable me recordó lo concurrida que estaba la galería: la gente no paraba de hablar, había periodistas, profesores, estudiantes, cámaras y prensa. Era maravilloso todo lo que Manu había conseguido y me sentí orgullosa de amarlo y de no haber podido olvidar nunca la dulce relación que construimos, aun a pesar del triste final que había tenido. ¿Estaría bien saludarlo y decirle lo mucho que admiraba su talento? ¿era ya tiempo de buscarlo sin hacernos daño? Supuse que sí, y lo busqué entre la muchedumbre hasta que recordé lo agobiado que él se sentía frente a grandes multitudes. Era obvio que no estaría ahí.

O eso quise pensar. Ya que al parecer, toda sensación de incomodidad había sido superada.

Lo encontré de pie y rodeado de personas, aunque las más cercanas a él eran Tomás y Claudia. En el mismo círculo estaban también Francisco y Andrea, y ver a todo el grupo reunido solo contribuyó a que mi sensibilidad aumentara y mi vista volviera a nublarse por la emoción. Manu estaba igual, se veía más maduro y robusto, pero mantenía su peculiar delgadez. *¿Qué pensabas, Nino?*, me dije. *Ya está por cumplir treinta y de seguro aún se alimenta a base de pasto*, pensé tratando de disimular una sonrisa. Me detuve a un par de metros y repasé en detalle su cuerpo y su piel, que seguía siendo blanca y pálida, por lo que supuse que aún no salía mucho de su hogar. Su cabello seguía negro y su sonrisa tímida pero coqueta, se mantenía intacta. Lo admiré un momento y volví a sentir el deleite que me provocaba solo observarlo, devolviéndome por instantes a las tardes en que saltaba sobre él al verlo pintar en la pequeña sala que Manu había teñido de color. Entonces me decidí, di unos pasos para acercarse a felicitarlo, y la vi.

A su lado estaba una chica bastante más joven que yo, hermosa y sonriente, con una perfecta cabellera, de rostro dulce y sonrosado, con al menos seis o siete meses de embarazo. Manu la presentaba al grupo, ella lo abrazaba con cariño, se miraban con complicidad sospechosa y todos reían alegres y entusiasmados.

Me congelé por la impresión.

Ese era mi lugar, pero lo había cedido hace cuatro años.

Definitivamente, no me quedaba nada más que hacer ahí.

—¿Es ella? ¿Se parece? No, no es. ¡sí, es ella! —oí.

Y un murmullo comenzó a expandirse a mis espaldas a medida que abandonaba el lugar.

Caminé sola en dirección a casa, intentando convencerme de que era el único desenlace obvio y justo para Manu. Él se merecía todo el amor que se pudiese entregar, no había duda. Cuando estuve segura en mi guarida, me desmaquillé frente al espejo, observé un momento las rebeldes lágrimas que caían de mis ojos e intenté calmarme para volver al aspecto de indigente la comodidad de mi hogar me permitía lucir. Una vez más, la sensación de abandono y soledad se apoderaron de mí, dejándome caer rendida junto al sofá.

—Bueno Nino, ¿qué esperabas?, él es genial después de todo, y tú lo abandonaste —me repetí infinitas veces.

Esa tarde, no arreglé mi cabello, y ni siquiera me quité las zapatillas de dormir para salir en busca de un par de litros de helado, unas botellitas de cerveza y uno que otro chocolate.

Paso 24

Manu

El día en que me ofrecieron montar la exposición, mi respuesta fue inmediata. No hubo ningún atisbo de duda al momento de aceptar, y ni siquiera fue necesario que lo consultara con mi terapeuta, pues no solo se trataba de uno de mis grandes sueños, sino que también estaba seguro de que Nino al menos se enteraría, y si tenía algo más de suerte, iría a verme, solo por curiosidad, y tal vez podríamos sonreírnos un instante, hablar, o solo saludarnos. Aunque lo cierto es que para mí bastaba solo con verla, o lo que es peor, habría sido feliz solo con la certeza de que ambos escucháramos nuestros nombres, incluso si fuesen dichos por otra persona. Manu y Nino en una oración era justo lo que necesitaba para sentirme alegre, así de sencillo era amarla. De alguna forma la exposición revivía en mí la esperanza de volver a ver Nino y sus ojos fuera de mi cabeza, pues hacía ya muchos años que la imagen en mis dibujos ya no era suficiente.

Mi preparación para la galería pudo haberse convertido en un martirio para mí, considerando lo estresante que solía tornarse el enfrentarme a una situación tan ansiada como esa. Sin embargo, mi objetivo estaba claro desde que descubrí aquello que apaciguaba mi angustia mejor que cualquier terapia, y gracias a ello, a diferencia de otros artistas, no necesité pintar nada nuevo, porque mi taller estaba abarrotado de los más bellos retratos y paisajes que alguien pudiese imaginar. Y la verdad, no era solo mi técnica limpia y perfeccionada gracias a mi excesivo trabajo —y no es que no exista humildad en mis palabras—, sino por el alma y el sentimiento que impregnaba en cada una de mis obras. En mis pinturas volqué, día a día, mis recuerdos, por lo que las telas que adornaban mi espacio albergaban toda la felicidad que sentí, todo el amor que fui capaz de concebir y la hermosura de saber que perteneces a algo, a alguien, y que ese alguien es tu único hogar. ¿Puede algo así no ser perfecto y bello?

La tarde en que finalmente preparé la galería para la exposición, un curioso e incómodo silencio se expandió a medida que los cuadros comenzaron a salir entre quienes ayudaban a montar. Los funcionarios se miraban unos a otros, sorprendidos y acongojados por lo que veían. Si bien intentaban disimular, podía sentir sin mayor esfuerzo la lástima con que evitaban observarme, y sí, estaba acostumbrado a que el mundo me viera con esos ojos, pero sentía también un enorme deseo de explicarles que aquello no era triste, sino una última esperanza que reflejaba nada más que amor. Pero además, ¿cómo podía hacerles sentir mal una sonrisa como la de Nino? ¿no se iluminaba su corazón solo con verla?

Las imágenes una a una poblaron las paredes, siguiendo con cuidado las instrucciones que les brindé. Nadie hizo muchas preguntas, en gran medida porque estaban al tanto de mi naturaleza reservada, salvo los periodistas, que no fueron igual de condescendientes conmigo y mi historia, y que por supuesto, no establecieron ningún tipo de límite al momento de realizar la conferencia de prensa, el mismo día de la inauguración. Las preguntas se aglutinaban entre ellas antes de hacer eco en mis sentidos abarrotados de información, en especial al tratarse por completo de preguntas sobre Nino: "¿Es ella tu novia? ¿qué significa esa mujer para ti? ¿qué representa su presencia en las pinturas", pero la más despiadada fue sin duda la que emanó de los labios de un reportero local, experto en sacar la mejor noticia en donde fuera que estuviera, sin que importara si alguien resulta herido en el proceso:

—Manuel, cuéntanos. ¿es esa chica es real?

Me mantuve en silencio, con mis recuerdos y mi dolor agolpándose en todo mi cuerpo. Respiré profundo. Sí, sabía que era ilógico imaginar a una mujer como ella amándome. Pero lo había hecho. Nino había sido real, por supuesto que lo era, pues la soledad de vivir sin ella era un recordatorio perfecto de que había existido más allá de mi imaginación, y el dolor que seguía provocándome el haberla perdido no era más que una herida abierta con la pura intención de mantenerme vivo para sanarla. Nino me había amado, y ese no era el momento de fallar. Con la dignidad que aprendí a fingir alcé la vista y sonreí para

contestar:

—Valoro mucho a quienes son capaces de distinguir por completo la realidad de la fantasía. Yo no soy capaz de hacerlo. Si pudiera separar lo que mi mente crea de aquello que es concreto, no sería pintor.

Con eso, la conferencia acabó, y casi corrí para esconderme en el despacho de la gerencia que estaba reservado para mí. Estaba tan nervioso que necesitaba controlarme con urgencia. Mis manos temblaron levemente. Tomé un vaso de agua y cogí uno de los folletos que promocionaban mi obra, con una pintura de Nino en primera plana.

—Nadie preguntó por tu TOC —preguntó Clara.

La observé, y sonreí feliz de tenerla a mi lado. Todo sería tan distinto sin ella. Le debía tanto.

—Supongo que a nadie le importa —contesté.

Clara caminó junto a mí para arrebatarme el folleto de las manos.

—¿O tal vez no lo entienden? —agregó.

Volvimos a sonreír. La esperanza comenzaba a aflorar una vez más.

—O no lo creen —concluí.

Ella me dio un pequeño abrazo y volví la vista sobre aquella pintura. Solo un minuto más junto a los ojos de Nino y estaría listo para regresar al salón.

Salimos juntos del despacho y me alisté para mi prueba de fuego. La galería estaba llena, había gente por todas partes, y mi madre saludaba orgullosa a los periodistas, aprovechando de responder breves entrevistas para algunos medios regionales. Mi padre no apareció, aun cuando fue invitado, pero ya no era importante. Todos se veían tan contentos en aquel lugar. Mi hermano y mamá notaron que estaba allí y con rapidez tomaron ubicación a ambos lados para protegerme, impidiendo que el deseo de las personas de hablarme o saludarme, provocara que mi paciencia se saliera de control. Así, como un equipo organizado e indestructible, avanzamos entre la gente para saludar a algunas autoridades y luego reunimos con nuestro preciado grupo de amigos.

Me abrazaron mucho mientras hablaban sin respetar sus turnos, riendo

animados y recordando nuestros años de juventud, siempre tratando de ignorar la desesperada forma en que mis ojos la buscaban entre los asistentes.

Hasta que el murmullo se extendió y Clara dio con ella:

—Manu, esa mujer, es... ¿Nino? —preguntó, apuntándola con su dedo.

Mi estómago se retorció con fuerza y mi pecho dolió como hace mucho no lo hacía. La vi abriéndose paso entre la multitud para salir del lugar. Escapaba de mí, de sus rostros en las paredes y de todo aquello que deseaba expresarle. Sabía que la angustia estaba a segundos de ganar, deseé con toda el alma correr tras ella, pero me contuve mientras Clara con firmeza cogía mi brazo para comenzar a presionarlo imitando el vaivén de la respiración que lograba calmar en algo la crisis que amenazaba con salir. Esa vez, esa única vez, tenía que lograrlo. Tenía que ser capaz de responder ante más personas. Tenía que ser capaz de hacerlo bien. Tenía que demostrar que era un adulto. Uno sano.

Una sonrisa triste emergió en mis labios, y Nino solo se fue, frente a mí.

Hubo silencio entre quienes me rodeaban, y poco a poco fingimos normalidad, hasta que el primer día de exposición acabó, y aunque exhausto, me encontré bien. Todos comenzaron a volver a sus casas, mientras mamá y los muchachos se preparaban para celebrar la gran inauguración de la galería del artista de la familia. Fue ahí cuando Clara se me acercó y acarició uno de mis brazos con suavidad.

—¿Vamos? —preguntó. Y mi cuerpo se quedó petrificado—. ¿Irás?

Sabía que debía hacerlo, pero no estaba seguro de que pudiese tener la capacidad de soportarlo.

—Iré —contesté.

Clara sonrió con orgullo y se ofreció a llevarme, dejándolo con un fuerte abrazo en la entrada del edificio donde aún vivía Nino, y dónde alguna vez dejé estancada mi vida.

Frente a la puerta cerrada, en medio de la vereda, caminaba de lado a lado, nervioso. Y no era para menos, pues tras cuatro años sin ella, casi había perdido mi capacidad de encontrar consuelo en la mirada alegre y hermosa de Nino. Pero

además, ¿qué le diría? ¿De qué forma me presentaría ante ella? Podría decirle que había recordado cada día su voz perfecta y que sus canciones eran mi música predilecta y, que por todo ese tiempo, dibujar su sonrisa se volvió mi pasatiempo preferido, aunque ello fuera una mentira, pues pintaba su sonrisa desde el primer día en que la vi, luchando por zafarse de los brazos de mi hermano. Esa noche, esa caótica noche en que disfruté el silencio de mi mente por primera vez en años. Aquella noche que cambió mi vida.

Los recuerdos me hicieron temblar, y el temblor nubló mis ojos. Pero ese no era momento de hacerlo, no debía hacerlo. No podía temblar. Nino no podía verme así, porque tenía que lograr que se diera cuenta de los esfuerzos que había hecho todo ese tiempo por mejorar, con la esperanza de que jamás se sintiera atrapada de nuevo.

De pronto me quedé inmóvil, y una horrible idea cruzó por mi cabeza.

Momento. Hay algo que jamás pensé. ¿Y si ella tiene alguien? Oh, no, no, no, soy un idiota. Es tan obvio. Ella es alegre, divertida, inteligente. ¿Y si la ha escuchado cantar? Oh, no, no, no, no. Si la ha escuchado cantar él jamás la abandonará.

Mis manos comenzaban a descontrolarse, y Clara no estaba ahí para apoyarme. Estaba solo. Solo, solo, solo, de nuevo. Respiré, respiré, respiré.

Bien. Sólo tengo que volver. Ella de seguro rehízo su vida y no deseo interponerme en su felicidad. Es muy fácil, solo tengo que dar la vuelta y...

—¿Qué estás haciendo aquí?

La voz de Nino atravesó mi cuerpo como un puñal. Levanté la vista y noté la sorpresa con que ella me observaba. Quise sonreír, pero estaba congelado por el miedo. Nino, mi amada Nino, estaba ahí, frente a mis ojos, desaliñada como siempre, y hermosa. Tan hermosa, que el cansancio en su rostro podría haber pasado inadvertido para quien no la conociera. Nino, la única en mi vida capaz de hacerme sentir tan fuerte y tan vulnerable al mismo tiempo, estaba ahí, a dos metros de distancia.

Dos metros que me parecían un abismo imposible de atravesar.

Paso 25

Nino

Paseé arrastrando mis pies por los estrechos pasillos del minisúper ubicado en la esquina de enfrente a al edificio, debatiendo entre la compra de helado o algo de cerveza que me ayudara a olvidar. Me gustaba merodear entre los nuevos snacks disponibles, aunque en aquella ocasión, sobre una de las góndolas que lucían los productos, me encontré con esas leches desabridas que tanto disfrutaba Manu, y uno de esos típicos chocolates que no tenían ninguno de esos exquisitos químicos que tanto me fascinaban y a él enfurecían.

Quise sonreír ante esa graciosa imagen en mi cabeza, pero no pude, y lo más triste de ello, era que jamás podría volver a sonreír pensando en Manu, porque sabía que mientras yo estuviera recordando nuestros días de amor, él, al mismo tiempo, estaría acariciando un bebé, que de seguro sería tan hermoso como él, y besaría la frente de una mujer que lo amaría tanto o más que yo, pues era imposible no amar a un hombre como Manu. Suspiré, cogí una barra de chocolate y un litro de leche de almendras orgánicas llena de vitamina y los puse en mi canastillo.

Decidí así que ya no quería volver a estar triste. Y decidí también que dos litros de helado no serían suficientes para mí, y una sola cerveza tampoco, por lo que además de mis nuevas adquisiciones cargaba entre mis bolsas una no modesta cuota de alcohol para sobrevivir a aquella noche de despecho. Después de todo no era tan malo descubrir que había perdido a Manu para siempre, me repetí camino a casa. Ya era hora, luego de tantos años, de ser capaz de enterrar ese amor que fallecía tras una larga agonía. Ya no había nada que esperar, todas las cartas estaban tiradas y yo no estaba incluida. Era triste, pero me parecía justo. Nuestra historia de amor, estaba claro, no tendría una segunda parte.

En el fondo deseaba llorar, pero sabía también que era hora de caminar erguida, al menos para convencerme de que por ahí la vida me pudiera preparar alguna pequeña sorpresa. Volví a suspirar, y con la frente en alto y mentalizada, dispuesta y decidida a olvidar, avancé hasta toparme con una silueta conocida en la entrada de mi edificio. Una silueta que me hizo estremecer, y recordar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté con sorpresa al ver a Manu esperando junto a la puerta principal.

Él levantó su vista, me miró con sus ojos negros casi como si deseara pedir perdón mientras jugaba con sus manos que temblaban con sutileza. Él notó de inmediato como mis ojos se detuvieron en sus dedos nerviosos, y en un intento por esconder la vergonzosa evidencia, llevó sus manos a los bolsillos de la chaqueta oscura que vestía.

¿Qué podía hacer yo ante eso? Ya ni siquiera sabía si tenía la confianza suficiente como para al menos sugerirle que no se preocupara, que estaba bien ser el Manu de siempre frente a mí, y que verlo tratando de esconderse era incluso más doloroso que saber que lo había perdido para siempre. Sin embargo, guardé silencio, y fue él quien habló, aunque su voz fue apenas audible al saludar, al punto de necesitar aclarar su voz y repetir con un tono más grueso pero igual de suave un tímido "Hola", que atravesó mi piel y se gravó en mis huesos.

Su voz, que sonaba igual que siempre, pero más segura y masculina, remeció mis recuerdos haciendo latir en forma alocada mi corazón.

Esa voz que no había escuchado en cuatro años y que adoraba con todo mi ser, se colaba en mis oídos y me hacía temblar como aquella primera vez en que los pinceles de Manu recorrieron mi cuerpo.

Le sonreí, y toda la coraza que acababa de inventar, se derrumbó.

Manu

Si de algo estaba seguro, era que Nino me odiaba. Tal vez por presentar aquella exposición sin siquiera preguntarle si le agradaba la idea de ver su rostro

por todas partes, o porque jamás la contacté, o porque seguía siendo el mismo perdedor de siempre. ¿Era eso? ¿No podía ver lo mucho que me estaba esforzando por ser un hombre? Me quedé en silencio, incapaz de quitar la vista de los ojos de esa mujer que tanto había amado, tratando de esconder mis manos temblorosas para que Nino no descubriera lo nervioso que estaba. *¿Por qué no puedes solo sonreírme una última vez?*, pensé. Intenté hacerlo yo, pero la mueca que salió de mis labios no parecía reflejar lo mucho que anhelaba ese momento y, poco a poco, mi mente comenzó a traicionarme.

Sonríe, Nino, por favor sonríe, por favor sonríe, sonríe... repetía incansable en mi cabeza, porque estaba seguro de que si ella no sonreía al verme, iba a ser incapaz de hablar. No estaba ni remotamente preparado para enfrentarme a una Nino que me despreciara y que hubiese borrado todo recuerdo relacionado a mí.

¿Estaría avergonzada de nuestra historia de amor? ¿Sentiría que tal vez entregarme sus días no fue más que una pérdida de tiempo?

Te lo ruego, sonríe.

No sé cómo lo hice, pero me armé de valor y saludé con la poca voz que logré emitir, para quedarme inmóvil frente a ella, esperando su respuesta por un breve espacio de tiempo que pareció demasiado extenso para lo que yo habría deseado. Cada segundo sin respuesta era un caos en mi mente, que no hacía más que deambular entre los recuerdos de Nino y su rostro inexpresivo del momento.

Sonríe, sonríe, sonríe...

Y Nino sonrió. Y aunque fue breve, bastó para que mi mente comenzara a silenciarse.

—¿Quieres pasar? Hace un poco de frío, y es tarde —agregó ella.

Sentí de inmediato la lejanía de su voz, pero acepté. Tenía que lograr hablarle, llevaba mucho tiempo practicando mi discurso y ese era el momento indicado para hacerle saber lo triste que había sido pasar cada día sin ella, desde que nos habíamos separado.

Entramos al edificio en silencio, tratando de mantener la calma en medio de la lluvia de recuerdos que invadían todos mis sentidos. El ascensor seguía

descompuesto, la cabina del guardia continuaba vacía y Nino seguía en la lista de las personas retrasadas en el pago de los gastos comunes.

—Aún no componen el ascensor —comenté, y juro que nunca imaginé que una frase tan vacía pudiese doler tanto.

Avanzamos por las escaleras a paso lento, un poco incómodo por lo poco que parecía a Nino importarle mi presencia. Cuando estuvimos a metros de su puerta, Nino comenzó a disculparse igual que años atrás, pero sin sonreír mientras lo hacía:

—Lo siento, está un poco desordenado, ¿crees que puedas? —preguntó, con un tono desafiante que logró intimidarme.

—Sí, está bien —contesté. Sabía que con el nivel de concentración al máximo para lograr el autocontrol que venía ensayando con tanto esmero, sería capaz de soportarlo.

Atravesamos el umbral y, para mi sorpresa, me encontré con mis recuerdos intactos, pues todo lucía igual a los días en que aún no era parte por completo de la vida de Nino.

—Puedes tomar asiento —dijo ella.

Nino mantenía la misma mesa, esa que escondía mucho más que nuestros tiernos desayunos, y tuve al menos la precaución de no usar mi lugar de siempre, aun cuando estaba desesperado por hacerlo. Estaba nervioso, traté de no observar demasiado, pero mis ojos se movían sin permiso por todos los rincones: la cocina de Nino estaba sucia, había comida en las ollas y un plato a medio comer en la mesa, frente a mí. Un sudor frío comenzó a recorrer mi espalda y rápidamente junté mis manos sobre mis piernas.

Concéntrate, concéntrate, concéntrate.

Estaba incómodo, y sin saber por cuanto tiempo sería capaz de mantener mi estrés en niveles apropiados. Nino abrió una de las bolsas del súper y cogió una cerveza. La destapó, bebió un gran sorbo y habló, sin tomar asiento junto a mí.

—Ha pasado un tiempo —dijo, de forma tan indiferente, que dolía.

—Sí, mucho —contesté.

Exactamente cuatro años, tres meses, una semana y cinco días, pensé.

—Fui a tu exposición hoy. Me sorprendiste. Tal vez cobre una cuota por el uso de mi cara —agregó Nino.

Su voz ya ni siquiera era amable. Ella sonrió, pero su sonrisa no era real. Yo también lo hice, pero hacerlo me hizo sentir patético.

—¿Cómo has estado? —pregunté.

Mi corazón estaba latiendo al máximo. No sabía cuánto sería capaz de soportar. Todo en mí dolía al presenciar esa escena tan triste, con una Nino que parecía odiarme en el mismo lugar en que me había amado.

—Bien, gracias. Con mucho trabajo, pero bien —respondió.

—Me alegro.

Fue lo único que pude decir. Nuestro diálogo ya se había acabado, y eso me dañaba aún más que el recuerdo del día en que salí de esa casa. Tenía que escapar de ahí, porque sabía que no soportaría una vez más un dolor como ese, que llevaba junto a mí día a día.

—Bien, creo que es mejor que me vaya, solo pasaba a saber cómo estabas —agregué, con una sonrisa forzada y melancólica en mi rostro.

Estaba dando lástima de nuevo. Sabía que lo hacía.

—Pues estoy bien, como puedes ver. Y sí, lo mejor es que te vayas, tu familia te debe estar esperando, ¿quién sabe? Tu esposa puede tener algún antojo.

¿Esposa? La observé confundido. Nino siempre acostumbraba hacer bromas y reír, muchas veces su sarcasmo era difícil de entender, pero en ese minuto parecía hablar en serio.

—¿Mi esposa? ¿de qué hablas?

—De tu esposa. Serás padre ¿no es así? ¡Pues felicidades! Realmente pensé que venías a contarme eso. Espero que no me pidas que sea su madrina.

¿Realmente había dicho esposa? La observé boquiabierto. No entendía, pero estaba seguro de que Nino estaba discutiendo conmigo, aun cuando era incapaz de descubrir el motivo.

—Nino, ¿de qué hablas? —repliqué, pero mi inocente pregunta solo agravó el panorama.

Nino dejó la botella de cerveza sobre la mesa con un fuerte golpe, y su voz comenzó a elevarse mientras alegaba un montón de sinsentidos incoherentes para mí.

—¡Claro, ahora vas a comportarte como todos los hombres y negarlo! ¡Que decepción siento, Manuel!

¿Manuel? Ella jamás me ha llamado así. ¿Está decepcionada de mí? Eso no es bueno, no, no, no lo es, porque yo también lo estoy. Nino estaba muy molesta y yo sorprendido por lo que oía. Si Nino ya no confiaba en mí, entonces no había nada más. Todo lo había hecho por ella, por más que intentara funcionar por mí mismo, terminaba una y otra vez haciéndolo para ella, la primera persona en ver en mí a un ser normal.

No puedes dejar de confiar en mí, Nino.

—Te vi Manu, te vi con ella, ya no mientas, no seas como todos, ¡por favor! ¡No me decepciones más!

¿Ya de he decepcionado antes? ¿cuántas veces? ¿qué hice para decepcionarte? ¿alguna vez no estuviste decepcionada de mí?

—Nino, para —murmuré.

Pero Nino gritaba, y su voz me hacía daño.

—Nino, para —repetí, levantando con suavidad mis manos en un gesto de súplica porque todo acabara y me diera tiempo de explicar.

Ella me odiaba. Y yo seguía dando lástima. Sentía toda su rabia y su odio. Y no, no estaba preparado para eso.

—¡Sólo sal de aquí! ¿Qué querías? ¿Qué saltara a tus brazos y nos amáramos por siempre? Lo siento, pero mis padres me educaron para respetar a las mujeres, ¡yo no seré como tú!

¿Qué dices, Nino? No te entiendo...

—Nino, Nino, detente, Nino, Nino, Nino, escúchame y detente...

—¡Nino nada! ¡No vuelvas a decir mi nombre! ¡Vete de aquí!

Mis manos temblaban sin control y mis ojos brillaban tratando de contener las lágrimas. Ya no era capaz de moverme, o de hablar. Observé a Nino, que también comenzaba a temblar. Sus ojos brillaban con la misma tristeza. Una tristeza que sin saber cómo o por qué, había provocado yo, y eso, no iba a perdonármelo. Me había prometido jamás lastimarla, y aunque fuera incapaz de comprender lo que ocurría, iba a alejarme para siempre.

—Vete Manu, ya es suficiente —agregó ella, sentándose frente a mí en esa sucia mesa, cubierta de restos de amor y basura.

—Nino...

—No, Manu. No. Te lo pido por favor, te lo ruego, vete de aquí.

Sabía lo que venía, y no, no, no. Ese no era el momento adecuado para una crisis. No, no, no.

Pero ya no podía seguir ahí. Intenté levantarme, pero mis pies ya no se movían. Habían dejado de obedecerme. Empuñé mis manos tratando de disminuir el temblor de las mismas, pero ya todo estaba mucho más allá de mis límites conocidos. Estaba seguro de que iba a necesitar ayuda, sin embargo, era incapaz de pedirla. Cerré mis ojos con fuerza, me llevé uno de mis puños a la boca como última opción y mordí mi piel con tal ímpetu, que pequeñas gotas de sangre corrieron por mi muñeca. Hubo un silencio angustiante, invadido solo por la respiración agitada que emanaba de mi pecho, y el leve llanto de Nino.

Nino está llorando. Nino está llorando. Nino está llorando.

Y no. Yo no iba a permitir que llorara. Respiré profundo, lo más profundo que pude, y acerqué mi mano hacia ella para posarla sobre su cabello enmarañado.

Nino, no llores, no llores, no llores, no llores...

Continué acariciando su cabello, deleitándome con esa pequeña cercanía que aún lograba hacer que mi mente se silenciara y mis temblores comenzaran a desaparecer, hasta que fui capaz de volver hablar, aunque la mitad de lo que salía de mi boca no fueran más que incoherencias.

—Nino, ¿sabes?, jamás podría estar con otra mujer que no fueras tú

¿sabes?... La mujer embarazada es Clara, ¿sabes? mi terapeuta. Te amo, ¿sabes? ¿lo sabes?... Sólo a ti, para siempre... ¿lo sabes? ¿lo sabes? ¿lo sabes?

Lo siguiente fue la mano de Nino posándose sobre mi rostro, limpiando mis lágrimas con dulzura. Lágrimas que ya no podía controlar, y que aumentaban cada vez que ella volvía a acariciarme. El ahogo de su ausencia no iba a permitir jamás que Nino notara mis avances.

Tengo que parar, tengo que parar, tengo que parar...

Pero había perdido la única batalla de la que me interesaba salir victorioso.

—Ayúdame Nino... —fue lo único que pude decir, antes de dejar de recordar.

Por la mañana, desperté en su cama como hace años, mientras Nino me acariciaba el cabello con delicadeza, como si el tiempo pasado entre nosotros se hubiese esfumado.

Ese era mi lugar.

Y ningún otro.

Paso 26

Manu

Abrí los ojos sin ser capaz de dimensionar el tiempo que había pasado inconsciente, y por si fuera poco, con escasos recuerdos sobre la noche anterior: eso sí, sabía que Nino había pasado de odiarme a llorar a mi lado, tal vez como consuelo o debido al lamentable papel que una vez más me tocaba interpretar. Por el momento, la única certeza que tenía, era la sensación de sus dedos entre mi cabello, y el teléfono vibrando sobre la cama.

—Ya vuelvo —dijo Nino, al ver que mis ojos comenzaban a abrirse.

Soltó con suavidad mi cabeza, y casi de inmediato comencé a extrañarla. Había deseado tanto recuperar su toque delicado, que solo deseaba quedarme allí, para siempre. Pero el celular seguía vibrando. Desorientado me incorpore, cogí el teléfono y revisé las treinta y dos llamadas perdidas que tenía, todas ellas de Tomás y mamá. No los culpaba por ponerse tan exagerados cuando se trataba de mi historia junto a Nino, por lo que asumí que sería responsabilidad mía disculparme y mantenerlos tranquilos. Ellos ya hacían mucho por mí, no debía preocuparlos. Respiré profundo, centré un poco mis pensamientos, intenté contar hasta veinte, porque contar hasta diez ya no tenía ningún tipo de efecto en mí, y presioné el botón verde:

—¡Manu!

Lo primero que oí, fue el grito de Tomás del otro lado, quien continuó exclamando tan rápido, que no fui capaz de distinguir las palabras. Estaba molesto y angustiado.

—Tomás, Tomás, cálmate, estoy bien —alcancé a decir, antes de que volviera a interrumpirme.

—¿Qué demonios pasó?! ¿dónde estás?! ¿Nino está contigo?! ¿por qué

no llamaste?! Maldición, Manu...

—Lo siento —murmuré. La culpa comenzó a asediarme, y junto a ella siempre seguía la angustia. Volví a respirar, y en un último intento por mantener la calma, alcé la vista y me encontré con Nino de pie junto a la puerta—. Estoy bien, todo está bien, te llamaré luego —agregué.

La terminación terminó de forma brusca, y sí, tal vez fui un hermano bastante grosero al hacerlo, pero necesitaba concentrarme en lo que, al parecer la noche anterior, había sucedido.

—Era Tomás —expliqué, y me sentí avergonzado de hacerlo, pues toda intención de demostrar que era ya un hombre capaz de valerse por sí mismo comenzaba a esfumarse.

Sin embargo, Nino sonrió, apagué el teléfono celular y volví a dejarlo sobre la mesa, mientras ella avanzaba hasta la cama. Mi alma entera abandonó mi cuerpo para abalanzarse sobre la mujer que amaba, pues mi cuerpo adormilado no fue capaz de responder con la misma rapidez.

—Tu voz sigue siendo tan dulce como siempre —dijo ella.

No solo las lágrimas amenazaron con salir, pues todo en mí comenzó a enloquecer al escucharla. Elogiaba mi voz, la que de seguro solo tiene por objetivo nombrarla. Sé que suena cursi, sé que incluso decírselo a ella me posicionaría como un obsesivo incluso más enfermo de lo que ya soy. Aunque... no. No estoy enfermo. Tengo un trastorno, claro que sí, y es evidente para todo aquel que me vea. Y lo que Nino me provoca, lo que ella genera en mí, no es parte de mi obsesión. Solo estoy enamorado, y sí, encontré en ella paz, inspiración y compañía. Por eso mi voz solo quiere decir su nombre, por eso mis brazos solo quieren abrazarla, por eso mis manos solo desean tomar las suyas.

Una alegría estúpida comenzó a invadirme. De pronto comprendí todo y necesitaba traspasarle esa felicidad. Rápidamente quise ponerme de pie, pero mi cabeza me traicionó y comenzó a dar vueltas en el momento exacto en que me alejé de la cama.

Retrocedí.

Volví a sentarme.

Conocía esa sensación. Por supuesto que lo hacía, pues había vivido por años necesitando medicamentos para controlarme. Tomé mi cabeza entre mis manos con fuerza, pues sabía muy bien lo que continuaba.

No, no. Náuseas no.

La peor parte de los calmantes siempre fueron las náuseas. Y mientras sentía el líquido avanzar por mi garganta, recordé el momento en que decidí dejar de usar los medicamentos, cuando tenía apenas diecinueve años. Con la torpeza de mis piernas adormiladas, corrí al baño, cayendo rendido sobre la taza.

La taza del baño.

No lo soportaba.

No podía.

Vomitó todo lo que tenía dentro, y cada descarga se llevaba un poco más de mi energía.

La taza del baño.

Estaba tocando la taza del baño. El lugar más repugnante que pudiese existir en un hogar.

Mis manos que al mismo tiempo intentaban sostenerme, buscaban escapar de los gérmenes que sabía que subían por mis brazos. Podía verlos. Podía sentirlos. Iban a infectarme. De seguro iba a contagiarme algo, pero no acabaría así de fácil, enfermo junto a Nino, no. Iría a dar a parar a un hospital, me inyectarían sustancias en la piel y las venas, mientras los enfermos que estarían a mi alrededor y agravarían mi situación y finalmente moriría. Moriría infectado de bacterias y virus. Todo por vomitar ahí.

Lo visualicé todo. Sentí la muerte apoderarse de mi cuerpo. El futuro se alejó de mi camino. Ya no había más.

Mi cuerpo temblaba, y yo seguía vomitando. Poco a poco comencé a desvanecerme, mis ojos se cerraron incapaces de observar a través de las lágrimas que se derramaban por mi rostro, y las manos dejaron de sostener mi cuerpo.

Eso era todo.

Ya estaba contagiado, ya estaba comenzando la muerte. Y no había podido decirle a Nino lo mucho que la había extrañado.

Había perdido el control una vez más.

Me rendí, me dejé caer, pero una mano sobre mi pecho y otra sobre mi frente me retuvieron.

—Tranquilo, Manu —susurró Nino, muy despacio, todo el tiempo necesario.

Vomité con sus brazos sosteniendo mi cuerpo, hasta que no hubo nada más que pudiese eliminar. Poco a poco, las náuseas se detuvieron y mi respiración volvió a la normalidad. Nino seguía hablándome. Y yo seguía llorando.

—No pasa nada, ¿sí? Vamos a limpiar todo, puedes tomar un baño y tengo aún tu ropa deportiva anaranjada. No vas a contagiarte de nada, acababa de limpiar el baño, no hay nada peligroso aquí. Vas a estar bien. Vamos a estar bien.

Vamos a estar bien. Los dos. Vamos a estarlo. Los dos.

Una vez que las lágrimas pararon, bajé la tapa del baño y descansé mi pecho sobre él. Ya no tenía fuerzas para nada. Por fortuna, Nino acarició mi cabello sin dejar de repetirme que me mantuviera sereno, que ella estaba a mi lado, y que nada malo pasaría. No sé de tiempos. Solo sé que volví a cerrar mis ojos, pero esta vez, solo para disfrutar aquel momento de completa intimidad, y como si ella entendiera todo lo que sucede en mi interior, apoyó su cabeza sobre mi espalda débil y temblorosa.

Creo que fue ese el momento en que comprendí que ella no me había olvidado jamás.

—Te extraño tanto, Manu.

Y si existía algo que adoraba más que calmarme entre sus brazos, era la asombrosa capacidad de decirnos aquello que sabíamos que el otro necesitaba escuchar. Por ello, aun cuando estaba avergonzado de todo lo ocurrido, de mi espectáculo nocturno, de vomitar en su baño, de que ella me sirviera de soporte en algo tan grotesco como eso; un cosquilleo de felicidad volvió a brotar en mi

corazón. Mi corazón obsesivo compulsivo que se había enamorado, y que aprendió también a recibir amor.

¿Sería este nuestro momento más cursi? Es que, ¡qué maravillosa sensación era recobrar la calma junto a Nino!, y no solo por lo agradable que era sentirla cerca, sino por la fortaleza que su presencia me provocaba. Gracias a ella era capaz de levantarme, de avanzar, de conectar con el mundo, de hablar con otros, y de tocar sin la necesidad de correr a lavarme las manos. Sabía que ahora era capaz de hacerlo, incluso sin sentirla físicamente a mi lado. Sabía que era su amistad, en un comienzo, y luego su profundo amor lo que me había hecho dar esos enormes pasos. Nino había confiado en mí, como ser humano y como hombre, y en mi inocencia a la hora de enfrentar mi propia existencia. A cambio, yo le había entregado mi vida. Sabía que era esa la realidad, y sabía también que era eso en lo que había fallado. Había abrumado a Nino, y eso hoy me parecía un lujo que no me podía permitir. Pero confiaba en mis meses de terapia en los que aprender a amarla sin encadenarla a mí mismo había sido la prioridad, pero además, confiaba en que había logrado amarme lo suficiente como para aceptar que podía vivir sin su amor, por triste que aquello fuera.

Cuando por fin pude secar mis lágrimas, me levanté despacio y comencé a quitarme la ropa. Estaba avergonzado, más aún al ver como Nino se quedaba sentada en el suelo, apoyada contra la pared, observando con detalle cada uno de mis movimientos.

—Manu, verte desnudo siempre es un absoluto espectáculo de perfección.

Quise reír de la sola vergüenza que esa mujer me provocaba. ¿Por qué tenía que ser tan descarada?

Una a una doblé mis prendas de vestir, depositándolas sobre una de las repisas mientras ella sonreía ante aquel acto tan característico de mi personalidad. ¿Habría extrañado también ver mis cosas siempre ordenadas en medio de su caos constante?

—Extrañaba todo de ti.

Le sonreí. Nino me arrojó un beso y me vio entrar en la ducha fría, sin

siquiera advertírmelo.

—No has pagado el gas —gruñí.

Y ambos comenzamos a reír.

Salí temblando por el frío, pero Nino con rapidez me envolvió en una toalla. De inmediato lavé mis dientes mientras ella tomaba su turno en el baño. La esperé ahí, ansioso. Cuando estuvo lista, corrimos entre risas a la habitación donde volví a ver la ridícula ropa anaranjada que tanto le gustaba a ella. Nos vestimos tan rápido como pudimos, para luego descansar sentados en el borde de la cama, observando de frente la mirada ilusionada de aquella pintura que cambio nuestra vida. Nino suavemente entrelazó sus dedos con los míos, y volteó su frente hasta apoyarla en mi hombro.

—Lo siento tanto, Nino. Este espectáculo. Yo...tú... no me creerías si te dijera que lo tenía controlado.

Ella levantó su rostro y unió nuestras frentes acortando al mínimo la distancia entre ambos.

—Ese pequeño pajarito, en esa jaula... ¿quién era? —preguntó.

La estreché contra mi cuerpo, y ella enredó sus dedos en mi cabello empapado. Su respiración cálida volvía a estar cerca de mi piel.

—No lo sé. Nunca lo supe con exactitud. Pensaba que eras tú, luego que era yo, pero supongo que somos los dos, encerrados el uno en el otro.

—¿Te vas a quedar conmigo? —murmuró.

Y solo la besé. Primero con suavidad, y luego con desesperación. Estábamos juntos, y nos amábamos. Realmente nos amábamos. Pero esta vez, yo ya sabía lo difícil que era vivir conmigo, sobre todo para una persona que debe lidiar con la vida diaria y sus responsabilidades. Esta vez, no iba a repetir mis malas decisiones.

—Nino, Nino, Nino. Te amo, con toda mi alma, con toda mi piel, con cada pensamiento, con cada latido, con cada respiración, pero me asusta que te quedes a mi lado. No quiero hacerte daño, no quiero hacerme daño. A tu lado soy capaz de cualquier cosa. Cualquiera. Incluidas vivir y morir.

—¿Por qué dices eso? Manu, cometí errores, no sabía cómo hablar contigo, no entendía siquiera lo que me ocurría a mí misma, pero te amo. Te amé antes, y lo seguiré haciendo.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y la realidad golpeó a nuestra puerta una vez más.

—¿Tienes miedo? —pregunté.

—Sí, mucho. Me asusta quedarme, Manu, pero aun así, volver, y que estés aquí cada día es mejor que extrañarte. Quiero intentarlo, necesito hacerlo. Necesitamos hacerlo.

Nino insistió, pero no cedí a su dulce voz. Lo cierto, era que nuestro amor no estaba hecho para estos días.

Porque yo, no era para estos días.

Realmente, no es algo que deba ser triste. Solo es una realidad.

—¿Qué haremos entonces? —insistió ella.

Sabía que temía que nos apartáramos para siempre. Le sonreí, quería tranquilizarla, y con delicadeza, deslicé mis dedos por su espalda para colarlos bajo la camiseta de pijama que llevaba puesta.

—¿Sabes qué edad tengo?

Ella me miró confundida. Besé su nariz, su cuello, y su risa inundó la habitación.

—Treinta —contestó, muy segura de lo que decía, pero sin entender el rumbo de sus propias palabras.

Sonreí satisfecho y volví a besarla sin descanso, hasta que fue necesario tomar una ducha una vez más, pero ahora, junto a ella.

Paso 27

Tomás

Tenía apenas seis años cuando mis padres trataron de explicarme que mi hermano era distinto a los demás hermanos mayores que había en el barrio donde vivíamos. Era en realidad un niño pequeño aún, pero recordaba muy bien aquella conversación ocurrida tras reclamar que Manu nunca era invitado a los cumpleaños familiares, y recordaba también, por cierto, el rostro triste y decepcionado de mi madre al escuchar mi queja.

—No me gusta ir con papá, y tampoco quiero ir solo. Quiero que Manu vaya conmigo —había dicho yo, en el más teatralizado berrinche que recuerdo.

Ella contuvo sus lágrimas al oírme; mi padre se enfadó con Manu, culpándolo del caos familiar del que jamás parecíamos salir y que solo se agravaba con el correr de los días. Y yo... Bueno. Yo comprendí de inmediato que para ver a mi hermano tranquilo, jamás tenía que volver a quejarme sobre su comportamiento. Así, desde muy niño, vi cómo la distancia física entre nosotros aumentaba, a la par que mi admiración e incondicionalidad hacia la magnífica persona que es Manu. Me encantaba observarlo pintar, y más aún cuando pintaba para mí hermosos y alegres cuadros, llenos de los más extravagantes animales que la mente de un niño puede imaginar. No había límites para lo que sus manos creaban una vez que tomaba un lápiz, un pincel, un trozo de tiza, o cualquier elemento que pudiera brindarle color a una de mis locas ideas. Manu jamás me enseñó el mundo, pues junto a él, nada era como los ojos comunes y corrientes ven. Gatos azules, cielos verdes, el mar que volaba, vacas que nadaban, y montañas de viento rodeadas de estrellas. Siempre supe que era un genio, por ello, aunque no hubo fútbol o carreras en los parques porque Manu no salía a jugar fuera de casa, sabía que tenía en mi hogar la mejor compañía que podía existir.

Crecimos felices hasta cierto punto. Manu logró ser más alto pero débil, y yo, fuerte y seguro, aunque sin muchas habilidades artísticas. Sin apartarme demasiado de mi hermano, pero sin tocarlo jamás, estrechamos un vínculo que iba más allá de la comunicación verbal. Manu y yo nos entendíamos casi sin palabras, algo perfecto para la poca habilidad social que él poseía. Esa poca práctica de vida en sociedad, provocó que la sensación de angustia creciera en mí a medida que observaba a mi hermano sucumbir al estrés que le generaba responder a las exigencias de nuestro padre, terminando por apartarlo por completo del mundo exterior. Manu tenía solo trece años cuando abandonó la escuela para ser educado en casa, meses después, nuestro ejemplar padre dejó la familia, incapaz de soportar la ineptitud de su hijo menor, las extrañas conductas de su hijo mayor, y la abnegación de su esposa por mantenerlo a flote; y fue a sus catorce años cuando presencié su primera crisis, la que por desgracia, acabó en el hospital. Fue en ese minuto cuando comenzó el tratamiento médico, ya que durante su infancia mi padre se había negado a la posibilidad de que aquello ocurriera, argumentando que ninguno de sus hijos era un loco. Incluso hoy me niego a pensar si la historia de Manu habría sido distinta si hubiese recibido un tratamiento adecuado desde pequeño.

En mitad de su adolescencia, a meses de cumplir los quince años, Manu inició su vida como paciente psiquiátrico, con una terapia que incluía visitar periódicamente a su doctor y una serie de fármacos que prometían ayudarlo con sus compulsiones y crisis de ansiedad. Poco a poco se integró al mundo, intentó mezclarse y actuar como uno más, sin embargo, el poco interés y la profunda depresión que avanzaba en él, provocaron una serie de interrupciones en el tratamiento que terminó con Manu intentando colgarse en su taller, cuando apenas tenía veinte años. Mi hermano, mi fascinación más grande, la persona más importante de mi vida, consideró alguna vez que nadie aquí lo necesitaba. Recordarlo sigue provocándome el dolor más grande que he sentido hasta ahora, incluso una década más tarde, soy incapaz de decidir si me alegra el haber sido yo quien abriera la puerta aquella noche, porque esa imagen jamás se borró de

mi memoria. Y aunque entendía que era ese recuerdo el que me hacía estar tan nervioso junto al teléfono a la espera de noticias de mi hermano, igualmente no lograba mantenerme sereno, sabiendo lo frágil que eran los sentimientos de Manu y lo mucho que necesitaba de Nino. Nino, mi amiga. Estuve a tan poco de amarla, y me alegro tanto de no haberlo hecho.

Al menos de eso estaba seguro: no me arrepentía de presentarle a Nino y dar un paso al lado al ver lo que entre ellos nacía. Eso, sin duda, había sido mi mayor acto de amor filial. Nunca pude hacer algo concreto por él. Nunca pude retribuirle su paciencia, su dedicación, o sus sonrisas, incluso cuando ellas comenzaron a desaparecer.

Desde que conocí a Nino, y sus locuras, supe que me gustaba. La quise, y la había querido aún más cuando ambos comenzamos a compartir besos y caricias en las fiestas de la facultad, pero mi aprecio por esa desvergonzada mujer se elevó al infinito desde el momento en que los ojos de Manu se reflejaron en los de ella. En definitiva, que ambos se encontraran, había sido lo mejor para todos. Por desgracia las cosas no habían terminado como hubiésemos querido, pero mi hermano se había esforzado por meses en tratar su ansiedad para enfrentar la vida de forma independiente, por lo que confiaba en que todo saldría bien, y que tarde o temprano, mi ruidosa y vieja amiga volvería a colarse en nuestra casa.

—¿Aún nada?

Mamá caminaba de una esquina a otra, histérica. Intenté una vez más marcar el número de Manu, y el buzón de voz volvió a contestar. ¿No era tiempo ya de que se reportara? ¿Por qué Nino no daba señales de vida o llamaba para que estuviéramos tranquilos? Sí, era capaz de entender que mi hermano era ya todo un hombre, pero al menos podían tener algo de consideración sabiendo lo mucho que todos nos preocupábamos por él. Suspiré ofuscado, despeiné mi cabello en un gesto de preocupación, y me levanté para ir en busca de una cerveza. Desde la cocina oí la puerta abrirse y los pasos de Manu avanzar hasta donde estaba. Me volteé ansioso por verlo, venía con una gran sonrisa y su cabello recién lavado, dos días después de su exposición. Observé esa genuina

expresión de felicidad y decidí olvidar el sermón que tenía preparado para él. Los dos reímos y nos abrazamos tan fuerte, que pensé que ambos terminaríamos llorando. Mamá al escuchar nuestras risas no tardó en acercarse, y sin dudarlo se unió al abrazo cariñoso que compartíamos.

Había pasado tanto tiempo sin tocarlo. Nunca imaginé lo mucho que se puede extrañar el abrazo de un hermano.

—Todo está bien —murmuró él.

Estaba emocionado. Todo había salido bien, y eso solo podía significar una cosa: Manu volvía a casa de Nino.

—¿Cuándo te vas? —pregunté con tono cómplice.

Los tres nos sentamos junto a la mesa, ansiosos por que nos relatará lo ocurrido. Manu sonreía como un niño, jugando nervioso con sus dedos. Con la felicidad que se desbordaba de su rostro, levantó sus ojos y tomó una gran bocanada de aire para contestar:

—No me iré.

Mamá y yo nos miramos de inmediato, guardamos silencio y pretendimos disimular la sorpresa, sin embargo, Manu no borró la sonrisa de su rostro y continuó.

—Vamos a intentarlo una vez más. La idea es que Nino conozca a Clara y juntos ideemos una forma de que esto resulte. Realmente confío en que podemos lograrlo, aunque sea necesario volver al inicio y comenzar de cero. De hecho, me encantaría pasar por todo de nuevo, ahora que soy capaz de mucho más.

Mamá parecía estar de acuerdo. Sé que tenía miedo, pero no quiso decirlo pues necesitaba confiar en él por su propia tranquilidad, y la de Manu. Por mi parte, celebré la decisión y me preparé para seguir firme junto a mi hermano, acompañándolo todo lo que él necesitara, como había hecho desde que tenía memoria, y como estaba dispuesto a hacer hasta que uno de los dos dejara de existir.

Manu, entonces, continuó su tratamiento, Nino volvió a pasar algunas tardes por nuestra casa con la intención de llevarse poco a poco a su novio, hasta

hacerlo definitivo. Hubo muchos días malos, algunos terribles, en los que tuve que contener a mi hermano o simplemente darle un respiro lejos de Nino y las responsabilidades que crecían a su alrededor. Pero sin duda, los días buenos fueron muchos más.

Me sentía orgulloso y tranquilo por la forma en que Manu había logrado lidiar con sus compulsiones y de la suavidad con que Nino lo trataba. Una vez que los vi lo suficientemente sólidos, volví a concentrarme en mi vida y mis proyectos. La bandita volvió a tocar, aunque su música se relajó un poco en comparación a nuestros años universitarios. Manu no siempre podía asistir a nuestras presentaciones, pero todos éramos capaces de entenderlo, al fin y al cabo, había estado en la presentación más importante de todas: la de su boda simbólica en aquella playa perdida que años atrás no alcanzaron a visitar.

Con el correr de los meses, comencé a olvidar lo que era aguardar por noticias de Manu, pues la estabilidad de su vida se había propagado a la de todos. Salvo esa semana, en la que apenas dormía esperando por su llamado, el que llegó de madrugada un veintinueve de febrero.

—¡Tommi! —gritó Manu, del otro lado de la línea.

Y no necesité oír el resto. Jaz, mi novia, se vistió tan rápido como yo y comenzó a telefonar a mi madre. En minutos estuve junto a mi hermano y una adolorida Nino, en pleno trabajo de parto. Manu temblaba como hacía mucho no lo hacía, incapaz de ofrecer consuelo alguno a quien estaba a punto de entregarle a su primer hijo. Subieron a mi auto, y por el espejo retrovisor vi la ternura con que Manu repartía besos en el rostro y las manos de Nino. ¿Sabría él lo infantil que se veía en ese momento?

Debo decir que la velocidad nunca fue agradable para mí, pero esa madrugada, conduje a toda prisa, con las contracciones de Nino y sus amenazas de muerte si por cualquier motivo su pequeño o pequeña nacía en el auto y no en la sala del hospital. Cuando llegamos, mamá nos esperaba junto a una de sus hermanas con una silla de ruedas dispuesta para la futura madre. Manu bajó primero y luego, junto a mí, ayudamos a Nino a descender. Estaba redonda y

furiosa.

—¿Estás bien? —pregunté a Manu.

Él sonrió. O intentó sonreír. Y es que mi hermano odiaba los hospitales.

—¿Por qué no se mueven?! —gritó Nino, Manu olvidó todo, y no volvió a pisar la realidad, hasta que aquel hermoso y arrugado niño estuvo en sus brazos.

Sabía lo que pensaba: *¿Iba a ser capaz de llevarlo todo con tranquilidad? ¿Iba a ser un buen padre? ¿Se sentiría aquel pequeño avergonzado de él cuando creciera? ¿Cuántos cuadros tendría que pintar ahora para poder alimentarlo, vestirlo, educarlo? ¿Y si era como él? ¿Y si...?*

Vi a Nino sonreírle enternecida.

—Estarás bien. Estaremos bien. Vas a ser un padre genial —murmuró.

Con torpeza, Manu se acercó hasta ella y la besó. El bebé seguía en sus brazos.

—Sí, vamos a estar bien.

En ese minuto, la puerta de la habitación se abrió, mamá cubrió su boca emocionada y Manu notó que yo estaba justo detrás de él, como hice toda mi vida. Sus ojos brillaban, y cuando me entregó a mi sobrino, supe que tenía entre los brazos lo único que podría llegar a amar más que a él.

—¿Cómo pudo salir tan perfecto? —bromeé, abriendo el pequeño puño del bebé con uno de mis dedos.

Nadie había llorado aún, hasta que yo mismo decidí preguntar cuál sería, en definitiva, su nombre. Los recientes padres se observaron y Manu sonrió, agradecido.

—Es Tomás.

Hubo un silencio agradable, le entregué a Tomás a mi madre, ni siquiera intenté esconder mis lágrimas, y abracé a Manu con toda mi fuerza. En ese abrazo, volví a recordarlo todo, y noté por primera vez que jamás había llorado frente a él. Toda mi vida había acompañado a mi hermano, con el fin de alivianar de alguna forma el cansancio de mi madre y su propia angustia. Incluso aquella vez, en que todo perdió sentido al encontrarlo inconsciente entre sus cuadros, me

había permitido flaquear. Me obligué a ser a un adulto. Me obligué a ser más valiente de lo que me correspondía ser siendo solo un niño.

Esa fue la primera vez que lloré junto a él, pero no la última. Y fue también la primera vez, más no la última, que Manu se sintió un hermano mayor. Mi hermano tenía treinta y dos años, y mientras me abrazaba, me confesó que recién podía sentir que había crecido. Pero no solo él lo había hecho. Todos a su alrededor habíamos avanzado, aprendiendo que cuando el amor no es suficiente, la voluntad puede hacer su mejor jugada.

FIN



Extra

Junio 3

Los niños se acaban de ir, y el silencio de la casa me vuelve a molestar. Es difícil aún, pero menos enloquecedor que esos horribles primeros días sin ti. Tomás está como loco con Santi, y verlo me recuerda tanto a mí, que debo controlar mis ganas de disculparme por tener que heredar tantos de mis comportamientos. Sin embargo, verlo salir adelante con esa intrepidez tan propia tuya me tranquiliza. Y mira que Santi no da tregua; está convertido en un mini torbellino de risas y desastres por donde pasa. Hoy hicimos pinturas en tela en el estudio, y puedo asegurar que será un gran artista. ¡Si apenas llega a los tres años y ya es capaz de hacer sus primeras figuras humanas! Sé que piensas que exagero, pero jamás vi palotes y círculos mejor distribuidos y tan hermosamente coloreados. Es innato, te lo digo con propiedad. Karla los recogió después de la cena. Es guapa ella, ¿no? Pero me intimida un poco. No sé, cada vez que la veo siento que me odia. Bueno, seguro jamás me perdonará por confundirla con la primera novia de Tomás. Pero fue sin intención, y lo sabes.

Julieta también estuvo, pero se fue antes de comer. Que hermosa es nuestra niña, ¿cierto? Es una mezcla perfecta, y prometo que lo digo con humildad, pero el ADN hizo un gran trabajo ahí. Creo que las cosas con Leonor van mejor, porque estaba mucho más alegre y la nombró en repetidas oportunidades. No quise preguntarle, ya sabes que es igual a ti y odia que me entrometa en sus asuntos. Solo espero verlas juntas nuevamente para navidad.

Ah, falta tan poco. Y aún no puedo creer que este será el primero de tus cumpleaños en que no estarás en casa.

Pero mejor olvidemos eso, que la tristeza que me provoca solo pensarlo no me dejará dormir.

Por la mañana, antes de que los chicos llegaran, estuve revisando algunos de nuestros álbumes, y realmente no sé cómo sobrevivimos a esos dos. ¿Imaginaste que nuestra vida sería así cuando me dijiste que no usáramos protección? Yo solo lo medité un segundo, porque cada vez que me besabas perdía la cabeza. No podía pensar en nada más. Y cuando me dijiste que estabas embarazada, ¿lo recuerdas? Sé que lo he preguntado miles de veces, pero ¿realmente no me odiaste por reaccionar así? Lo siento tanto, pero en aquel minuto me resultó tan irreal la idea de un bebé en mis manos. Recuerdo la cara de Tomás cuando abrió la puerta. Pobre hermano, pensó lo peor al ver mi rostro pálido de miedo. Pero ¡cómo gritaba de alegría cuando fui capaz de hablar y le dije que sería tío! Fue una locura de principio a fin. Sé que te enojas cuando lo digo, pero te veías tan hermosa redondita. Creo que superaste todos los límites de belleza en esos nueve meses, y repetirlo durante el embarazo de Julieta fue algo maravilloso. Tan radiante, rosada y alegre. Parecías una muñeca.

Lo demás solo fue en aumento. Esa alegría inmediata que me provocó Tomás al verlo salir de tu cuerpo y que solo se hizo mayor con Juli, no ha terminado de crecer jamás. Los veo y no puedo creer que fui capaz de limpiarlos al volver de la calle cubiertos de polvo y barro, o en casa de tus padres, en el campo, cuando volvían de alimentar a los patos o de buscar huevos de gallina. ¿Recuerdas que Juli se cayó en el corral de los cerdos y que fui yo quien la sacó? Fue horrible, pero no temblé hasta que ella estuvo limpia y en tus brazos.

Aún me parece irreal.

Todo. Las tardes en el cine, los cumpleaños en la escuela, las reuniones de padres, Tomás cargando a Tomás cuando salió del kínder, Juli ayudando a Lucy a dar sus primeros pasos, mi Mamá llorando con sus tres nietos colgándose de su cuello. Es muy triste que no haya logrado conocer a los gemelos. Con lo desordenados que son, habría estado encantada. No sé cómo hizo mi hermano con tres niños. Ya Lucy era lo bastante desordenada, pero esos dos, ¡Qué locura!

Ya se está haciendo tarde, creo que dejaré el internet por hoy y me iré a

dormir. Lo evito tanto, ¿sabes? No soporto usar esa cama yo solo. No imaginas cuanto duele tener dos almohadas para mí. Paso frío, estiro mis brazos y no te encuentro. Las noches son eternas, y el día lo resisto pintándote y divagando entre nuestras fotos. Los niños saben que me cuesta estar sin ti, por eso vienen tan seguido. Pero no siento vergüenza. Me enorgullece saber que te amo de esta forma, y que los años no han provocado que mis ojos dejen de buscarte. Muy poca gente puede decirlo o puede alardear de ello. Nosotros sí. Nosotros nos amamos tanto. Y nuestro amor nunca dolió, como quieren hacernos creer en las películas. Dolió el mundo, que no nos permitió adaptarnos, no el cariño que nos teníamos. Pero logramos entendernos; aprendimos a mirarnos y darnos tiempo, o distancia, o caricias, lo que necesitáramos. Y es bonito, ¿sabes? Es bonito caminar a la biblioteca, y sacar cada día uno de los veintitrés álbumes fotográficos que hemos logrado reunir a través de nuestra vida juntos. Es bonito que Santi mire los cuadros y te nombre.

Es bonito saber que el mundo no nos ganó.

Te amo, Nino. Y te extraño como nunca.

Junio 4

Manu: ¡Eres el más dramático de los esposos! Solo llevo ocho días aquí, ¿y ya estás viviendo el duelo? Eres increíble.

Dile a tu hermanito que su esposa y yo lo estamos pasando de maravillas. Ayer cenamos con unas alemanas que también iban en el grupo de adultos mayores, ¡y nos divertimos muchísimo, incluso sin que entendiéramos del todo lo que nos decíamos!

Dale saludos a Santi, que no logro encontrarlo despierto cuando llamo. Dile que lo amo y que le llevo unos libros preciosos que hallé en una librería del centro Buenos Aires. A Juli apenas la encuentro, ¿sabes? Al menos con Tomás he podido hablar por Skype, pero con esa niña suelta, nada. Ayer me envió un mensaje rápido por Facebook, y nada más. Pero bueno, es una adulta después de todo.

Te amo Manu, y te agradezco mucho este hermoso regalo.

¡Deseaba tanto este viaje!

*Pero ya cálmate y deja de mirar los álbumes como si hubiese muerto,
¿vale?*

Dile a Tomás que te enseñe a usar la videollamada, así dejas de sufrir.

¡Te amo, te amo!

Nos vemos en siete días más.

Nino.